EL GLAUCO MAR DE LAS TINIEBLAS

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

KNOSSOS

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

EL GLAUCO MAR DE LAS TINIEBLAS: La conquista de las Islas Canarias

Finalista del premio NADAL.

Finalista del premio ATENEO DE SEVILLA.

KNOSSOS

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@wanadoo.es
Editorial KNOSSOS. Madrid, 2012
www.knossos.es
D.L. M. 8417-2012
ISBN. 978-84-940045-4-4

ÍNDICE

1.-Cómo unos peregrinos franceses que iban a Santiago, en Galicia, se encontraron en la abadía de Roncesvalles en los Pirineos.

2.- El conde de Nimes relata algunos sucesos ocurridos en Francia desde mediados del siglo catorce.

3.-Nace en Normandía el caballero Juan de Béthencourt; crece en el castillo de su abuelo y, pasando a la corte del duque de Orleans, es armado caballero. Se cuenta cómo entra al servicio del rey, llevando a cabo dudosas aventuras; conoce a Juana de Fayel y se casa con ella, pero el matrimonio dura poco, separándose sus personas y bienes. Cómo el caballero reúne hombres en la Rochela donde encuentra a Gadifer de La Salle, y ambos emprenden la conquista de las islas Canarias. Y de los amores de Juan de Béthencourt con una nativa de las islas, bautizada con el nombre de Isabel la Canaria.

4.-Se cuenta cómo nace en las islas la princesa Achinech, que con su hermana gemela es hija del rey de aquellas tierras. Se desposa muy joven y tiene un hijo, que muere, y de cómo su joven esposo muere también en lucha con un fiero tiburón. En una incursión los piratas la apresan y la llevan a España, donde en Sevilla es bautizada y aprende la lengua castellana. Unos caballeros franceses la llevan de nuevo a las islas, para que les sirva de intérprete con los de su país.

5.- El joven Gadifer de La Salle se forma en un convento, y tras años de estudio decide armarse caballero, para marchar a conquistar tierras donde bautizar infieles; y cómo da con el caballero Juan de Béthencourt y conoce a Isabel la Canaria, de la que se enamora.

6.-Viaja a Francia Juan de Béthencourt para obtener refuerzos, y trae consigo a su sobrino Maciot y a otros caballeros franceses, con artesanos de todas clases. Cinco años después decide regresar a Normandía, visitando de camino al Papa y sorprendiendo los amores de su esposa Juana de Fayel con su propio hermano Morelet de Béthencourt. Y cómo enferma gravemente y muere en su castillo.

7.- Isabel la Canaria, sin darse a conocer, acompaña en

su vuelta a Francia a Gadifer de La Salle; entra a servir en un castillo y se casa con un jorobado, dando a luz a un niño que es hijo de Juan de Béthencourt. Se inicia en las artes mágicas, por lo que es denunciada al tribunal de la Inquisición. Y de su trágico final.

8.-Cómo Gadifer de La Salle, despechado, vuelve a Francia, y tras vagar de un lado a otro decide entrar en religión, donde es muy bien acogido y encumbrado; de cómo conoce la muerte de Isabel la Canaria y recibe en el convento a un joven novicio.

9.-Se relata la historia de la dama Juana de Fayel, esposa de Juan de Béthencourt y amante de su hermano Morelet, y de las vicisitudes que en su vida hubo.

Relación de personajes de esta historia. 105
Cronología general 107
Datos cronológicos de esta historia. 108
Relación de peregrinos. 109
MAPA DE LAS ISLAS CANARIAS. 110

"Llegado Béthencourt al puerto de Cádiz, llevó tras él un batallón de gente popular apellidándolo a voces espía y corsario, pues hubo discusión con unos mercaderes de Sevilla que lo acusaban de haberse apoderado de sus barcos"

..."Y en una correría de piratas tuvo la desgracia la princesa Achinech de caer prisionera con otras mujeres de la isla. La llevaron a Cádiz en España y allí la bautizaron; tres veces fue vendida por virgen, le cambiaron su nombre y le pusieron apellido, así que ella misma no sabía si se trataba de la misma persona, o si era una persona distinta.

La bautizaron Isabel, por lo que todos la llamaron desde entonces Isabel la Canaria"

INTRODUCCIÓN

Cómo unos peregrinos franceses que iban a Santiago, en Galicia, se encontraron en la abadía de Roncesvalles en los Pirineos.

Por aquellos días se estaba llevando a cabo en Francia el proceso de Juana, la doncella de Orleans que había de morir en la hoguera. Todavía Gutemberg no había compuesto el primer libro que se imprimiría en el mundo, ni un poeta francés había cantado con tétricos versos: “Aquí estamos cinco o seis ahorcados y la carne que tanto alimentamos es devorada y se corrompe, y nuestros huesos se convertirán pronto en polvo y ceniza...” Tenía por entonces la Iglesia dos cabezas visibles, una en Roma y la otra en Aviñón; estaba Francia empeñada en una larguísima guerra que duraría más de cien años y, aunque eran muy recias las costumbres, en cuanto a los mandamientos de Dios el que no los burlaba los huía, y había caballero que gastaba una fortuna en cazar un conejo, que le hubiera salido más barato en la tienda de Judas.

Padeció Europa una gran hambre, seguida de la peste; por todas partes medraban los jueces y verdugos, de forma que Francia se había convertido en una inmensa pira ante la mirada curiosa del pueblo, el clero y la nobleza. Y, como si el puchero humano de París hubiera comenzado a hervir, hombres y mujeres se escabullían en todas direcciones, tomando muchos el camino llamado de Santiago, en España.

En Bayona hallaban los peregrinos franceses posadas y hosterías; allí se reunían en grupos para pasar los pirineos en dirección a Roncesvalles y, mientras los vendedores de imágenes piadosas y conchas marinas hacían su agosto, muchas personas morían en la nieve por los caminos de herradura, o devorados por los lobos. Otros sufrían convulsiones o caían en éxtasis, se narraban visiones celestiales y hasta se daba el caso de ajusticiar a alguien en ruta acusándolo de alguna fechoría, por lo que allí mismo terminaba su viaje.

Dormían en montones de heno hasta llegar a la abadía; y, mientras caminaban, llevaban consigo las insignias del santo que eran la escarcela y el bordón. Otros hacían penitencias y votos o entonaban himnos religiosos; y aunque todos juraban que habían sido sus mayores bautizados, muertos y enterrados en la Iglesia, eran

destiladores de todos los filtros mágicos que haya inventado la malicia humana, y a alguno sólo le faltaba quemarse a sí mismo para hallar la piedra filosofal. Por eso andaban muy atareados los inquisidores, buscando en todos los bolsillos la garra del diablo o pinchando a las gentes para ver si sangraban, ya que el que no lo hacía, estaba probado que era demoníaco. A las mujeres les cortaban el cabello, no fueran a guardar amuletos en él. Alborotaban los linajes y revolvían vivos y difuntos, acusando a algunos de embrujar un bastón y volar sobre él, untados los sobacos y otras partes pilosas con cicuta, beleño y mandrágora; luego los sacaban a la pública vergüenza, y alguno de tan roto llevaba la suya por fuera. Así, la vida cotidiana estaba llena de sobresaltos y alteraciones, y con todo se vivía hasta morir.

Iban en esta pepitoria ciegos y mancos junto con príncipes y caballeros, algunos descalzos y unos pocos cargados de hierro, jurando el nombre de Dios unos en vano y otros en vacío; no faltaban señoras que acogían con ellas a ciertos acompañantes con el achaque de que eran primos, y eran todos carnales.

Muchos peregrinos franceses y españoles llegaban a diario a Roncesvalles, entre ellos los reyes de Navarra y de Francia; y lo que empezó siendo un oratorio que alzara Carlomagno en memoria de Roldán y los suyos, se había convertido en el mayor monasterio de reino navarro. Anunciaban sus campanas en todo el contorno la hora de vísperas, la misa y los maitines; lo mismo hacían si se celebraba algún entierro o si había que huir de forajidos, del rayo o del fuego.

Estaban enterrados en la iglesia un rey de Navarra y su esposa, en una hermosa urna de jaspe con sus bustos encima. Y, mientras que el pueblo no tenía más de cien vecinos, en el hospital del monasterio se daba de comer a diario a cuatrocientos pobres y muchos peregrinos. En su claustro, elegante y sencillo, se había cobijado el Príncipe Negro cuando acudió a Castilla para librar al rey don Pedro de su hermano bastardo.

Tenía tantas rentas el abad, que en su iglesia cantaban tenores y sochantres asistidos por muchos sacristanes; él mismo tocaba a las mil maravillas la lira, la flauta pastoril y el piano. Se hablaba mucho por aquellos días de Juana la Doncella, y aseguraban que llevaba una mandrágora oculta en su seno, y que tenía la costumbre de bailar por las noches en torno al árbol de las Hadas que crecía cerca de su pueblo, colgando luego guirnaldas en él.

En las cercanías de Roncesvalles se habían encontrado varias personas que entraron en España por el puerto de Cice. Después de lavarse en una fuente junto al monasterio, estuvieron admirando la roca tajada por la espada del famoso Roldán y las señales que las herraduras de su caballo habían dejado en la peña. Compraron conchas de peregrino hechas en plomo y estaño, de las que vendían en los alrededores, y llegaron a la sacristía que era muy alta y espaciosa. Allí se conservaban cálices antiguos y unos candelabros de oro y plata donados por los primeros reyes de Navarra, junto a varios objetos pertenecientes al obispo Turpin. Entraron en la iglesia con los

pies desnudos para besar la imagen de la virgen, cantando todos los romeros himnos de alegría acompañados de flautas, violas, cítaras y tímpanos.

Iban algunos peregrinos a Roma o a Jerusalén, unos por promesa y otros por miedo a los inquisidores, para que no les alborotaran las cenizas, ya que en sus vidas no les habían dejado hueso sano; pues a alguno le habían descoyuntado los jueces los brazos o le tostaron la planta de los pies. Había en el grupo gentes de variadas procedencias; entre ellos sobresalía un noble caballero que estaba al servicio del rey de los franceses; según dijo había jubilado, bendito fuera Dios, y llevaba consumidos por entonces dos años de reposo y felicidades. Contó que procedía de Dijon, donde había donado muchos bienes a los pobres; y aunque todavía podían atraparlo en el camino muchas aventuras de todas las calañas, no pensaba volverse atrás sin antes visitar el hospital de san Isidoro de León, Astorga y Villafranca del Bierzo, siguiendo el camino ordinario de los peregrinos franceses. Llegado a Galicia, pensaba acudir a las tiendas de los muchos plateros que había, pues le gustaba tener y contemplar objetos de oro y plata con esmaltes y piedras preciosas, no para negociar con ellos, sino para que sirvieran de regalo a príncipes, abades y otras personas de merecimiento.

Diciendo esto sacó un libro, que aunque manuscrito tenía una encuadernación curiosa, y dijo destinar los pocos años que le quedaban a escribir todas sus extravagancias y aventuras. Luego daría a luz este libro de su vida y milagros, con la relación de muchos sucesos gloriosos, infelices o temerarios, pues no quería que quedaran en la sepultura del olvido. Según dijo había muchos libros buenos, otros malos e infinitos inútiles; y consideraba el auditorio que, si con aquellas historias seguía, iba a darles a cada uno un tabardillo.

Se habló del gran tesoro que había en Santiago, formado por las ofrendas de los peregrinos a lo largo de muchísimos años. Mientras, pudieron admirar en el tesoro del abad un par de canutillos de oro donde se conservaban las Sagradas Espinas, un relicario en forma de ajedrez con treinta y dos reliquias de santos guardadas en urnas de cristal, y un evangeliario con cubierta de plata donde habían jurado todos los reyes de Navarra. Les llamó la atención la biblioteca llena de libros muy antiguos y curiosos, entre ellos un compendio de la filosofía de Confucio en caracteres de la antigua China.

Estaba entre ellos un franciscano llamado **FRAY PEDRO**, a quien llamaron para predicar en una aldea cercana durante la cuaresma. Era más charlatán que docto, y no tenía cosa mejor para ocupar sus sermones que entretenerse en contar cuentos; así pensaba satisfacer a su auditorio, lo mismo que lo hacía con las damas y señores que lo acompañaban en esta expedición.

Iba también un franciscano joven a quien llamaban **FRAY FRANCISCO,** hombre sabio pese a su juventud, que había predicado en Pamplona ante el rey de Navarra, por lo que su reputación había subido mucho. Ambos se encontraron con el señor de rancio abolengo

que había estado al servicio del rey en Dijon. A ellos se unió el conde de Nimes, una de las mejores villas de Francia después de París. Había éste fundado un hospital muy rico, con una priora y quince religiosas; en un cuerpo del edificio un abad y siete monjes rezaban su oficio completo todos los días, mientras que las monjas sólo rezaban sus padrenuestros y jaculatorias, pues tenían que cuidar de los enfermos.

Desde París había llegado un famoso PRIOR, cuyo nombre omitiremos, y en el mismo grupo dos ciudadanos de condición mediana, uno **FUNCIONARIO** y el otro **MERCADER EN SEDAS**. Ambos se trataban con familiaridad desde hacía mucho tiempo; y, queriendo acudir a Santiago en Galicia, se pusieron juntos en camino con tanto orden en sus cosas que no les faltaba de nada. Pero habían caído por entonces una lluvias con tal aspecto de diluvio, que parecía que Dios había olvidado su promesa de no anegar el mundo; así, hallando el sendero cortado, un campesino les mostró el camino de Roncesvalles, asegurándoles que estarían allí mejor alojados que en ningún otro lugar. Yendo hacia allá habían encontrado a una señora de edad, que dijo ser **VIUDA** y llamarse doña Juana; era francesa como ellos, y la tomaron desde entonces como compañera de aventuras.

Aparte de dichos peregrinos, habían coincidido en un pequeño valle varias personas tanto de España como de Francia; algunos venían a Santiago y otros iban a Roma, o a la ciudad santa de Jerusalén. Los que volvían de Santiago regresaban por aquellas montañas lo mejor que podían, y por el camino que Dios les daba a entender, sin saber de fijo cuál debían tomar. Habían atravesado la zona montañosa, llegando a Roncesvalles a través de Navarra, para desde allí seguir a París; y habían pasado por lugares tan difíciles de subir y bajar, yendo a pie o a caballo, que iban muy quebrantados.

Cuando todos reunidos llegaron a la abadía de Roncesvalles, les preguntó el hermano portero cómo habían hecho el viaje. Ellos contestaron que a causa de las fuertes inundaciones habían tenido que venir por lo alto de las montañas, siguiendo los peores caminos que se pueda imaginar, pero que aún éstos estaban cortados después. Luego, todos se pusieron de rodillas pidiendo a Dios que contuviera aquellas aguas, y no les causara el contratiempo de tener que volver a sus casas sin haber visitado el sepulcro del Apóstol.

Se supo que había dos caballeros alojados en una alquería cercana; fueron a buscarlos los frailes y los llevaron consigo, jurando por su santo padre Francisco que podían tomar de sus cosas como si fueran propias. Hallaron de camino a una señora llamada **MARGARITA**, tan cansada que, según dijo, tenía más necesidad de confesar que de un médico. Cerca encontraron a otras dos, que al verla la abrazaron y le contaron lo que les había sucedido para dejarla sola. Fue que habían tenido que escapar de unos salteadores y, aunque sin mengua de su honra, tuvieron que dejarles a cambio todas sus alhajas y dinero.

Advirtieron en las inmediaciones un gran tumulto, y les dijeron que se trataba de un hombre y una mujer que también habían

sido atracados; los habían recogido unos canónigos de Roncesvalles, pues llegaban exhaustos tanto ellos como sus doncellas. Y aunque tenía la señora muchos deseos de visitar la tumba de Santiago, le dijeron que por ahora era imposible seguir ese camino, pues estaba cortado por las aguas.

Todos juntos llegaron a la abadía, donde los religiosos los estaban aguardando. Y si desean los lectores saber el nombre de todos estos personajes, se llamaba el funcionario micer **LUIS**, el mercader de sedas **MACARIO** y los dos caballeros peregrinos **LANZAROTE** y **TRISTÁN**. Las dos señoras a las que habían atracado se llamaban **MARTA** y **MARÍA**, compañeras de **MARGARITA**. En cuanto al matrimonio, eran conocidos como micer **JACOBO** y madama **SOFÍA**, hallándose ella en la treintena, que es la edad en que las mujeres acostumbran a cambiar el nombre de bellas por el de juiciosas.

Fueron todos muy bien atendidos por los monjes y el abad; éste prometió enviar unos criados para que reparasen el camino, y además de prestar algunos peones y obreros les prometió un guía para conducirlos a través de aquellas montañas, bien fueran a caballo o a pie Les ofreció muchos vinos y viandas, y hallaron los alimentos tan sabrosos que se les pasó el tiempo sin sentir. El prior venido de París estuvo alabando sobremanera el asado y, en cuanto al marido, después de haber bebido mucho vino y probado todas las especias, pareció acusar sus efectos excitantes. Así, llevando consigo a su mujer quiso remediarse con ella en una cámara, sin que pareciera conseguirlo, pues era tal el fuego interior que tenía que no sabía cómo ni de qué lado volverse.

Después de haber comido, enviaron a ver si las aguas habían bajado y les dijeron que no, que más bien estaban creciendo. Así que decidieron quedarse, y el abad que era de buena cuna se ofreció a albergarlos el tiempo que fuera necesario, hasta que desapareciera el peligro de inundaciones y derribos. Ordenó a los criados que cuidaran a los caballos y condujeran a los señores a la gran sala del monasterio. Más tarde se marchó a atender a unos viajeros que acababan de llegar con sus esposas, hermanas y sobrinas para hacer unos días de retiro.

Antes de entrar en sus cámaras, propuso una señora regresar a París sin hacer la peregrinación; pero la dama viuda, que parecía tener mucho interés en seguir, dijo que no la asustaban lo malos caminos, y que no se volvería sin haber visitado Santiago en Galicia, pues su difunto esposo se lo había ponderado mucho.

Acordaron todos pasar las montañas con ella, pero como al parecer la marcha se iba a demorar varios días, todos los allí reunidos, tanto hombres como mujeres, empezaron a temer que iban a aburrirse mucho. La señora casada, que nunca parecía estar ociosa o triste, pidiendo permiso a su marido para hablar dijo a los presentes que había leído hacía poco el libro de un italiano llamado Boccaccio, y que les proponía que hicieran ellos algo parecido a lo que se contaba en el libro. Tanto damas como caballeros tendrían que contar una historia,

aunque de forma diferente a Boccaccio, pues todas las que aquí se relataran tendrían que ser verdaderas.

Asintió muy contento el viejo franciscano llamado fray Pedro, pues era tan descarado que además de pecar solía contar sus faltas en el púlpito. “Tengo por cierto, mis gentiles damas, que en cuanto a relatos, nadie los sabrá tan picantes como yo”, dijo riendo. “No encuentro graciosas tales irreverencias -repuso el prior venido de París-, y menos en el lugar donde estamos”. “Cualquier lugar es bueno para distraer el espíritu -insistió el viejo fraile-, y que el diablo me lleve si con alegría no se alaba también al Creador”.

Llegó un criado diciendo que eran tales los daños que había sufrido el camino, que no podrían repararse en menos de tres o cuatro días. Así que indicó el mercader de sedas a la viuda: “Señora, vos que tenéis más experiencia, debíais ser la primera en proponernos una historia”. Ella se echó a reír y contestó: “Mejor lo haría la casada, aunque si bien se piensa, ella puede distraerse con ciertos pasatiempos que son tan sólo para dos”. La esposa se ruborizó, y dijo el viejo franciscano: “Yo creo, señoras y señores, que para infundir en un hombre el deseo de ver mundo no hay cosa mejor que casarlo, pues son más soportables las guerras de fuera que la que tiene dentro de casa”

Ni siquiera las damas pudieron contener la risa, y hasta los criados que habían llegado con los orinales hicieron comentarios jocosos. Añadió el fraile que a veces era más saludable reír que hacer otra clase de cosas, pues por lo avanzado de la edad se exponía alguno a un desmayo si siguiera sus gustos. “Ruego a Dios que este juego no despierte torpes deseos en ninguno de nosotros; y si son los relatos como pienso, pasaré la historia al papel y haré donación de ella en mi monasterio al regreso de mi viaje, en lugar de llevarles como otras veces medallas y rosarios. Y como parece que los trabajos para reparar los caminos van para largo, mañana a primera hora podemos comenzar”. Asintió la viuda, diciendo: “Bien está, pues si no lo hacemos nos volveremos tristes, y es ésta una enfermedad que no tiene cura. Si os parece nos reuniremos por la mañana en el claustro, y desde mediodía hasta las cuatro iremos a esa hermosa huerta que hemos visto junto a las tapias del monasterio, donde son tan sanos los aires, y así olvidaremos las molestias presentes”.

Todos opinaron que no podía hablarse mejor, y era su alegría tan grande por hallarse en tan agradable compañía que se levantaron, yendo a la iglesia para dar gracias a Dios. Oyeron devotamente las vísperas en compañía de los monjes; luego se fueron a cenar, recordando sucesos ocurridos en tiempos pasados. Hasta que la señora viuda se despidió dando las buenas noches, y rogó a todos que se retiraran para estar bien dispuestos a la jornada siguiente. Salieron las señoras seguidas de sus doncellas; en cuanto al matrimonio, cogieron cada uno un libro para leer antes de dormir, y se fueron a la cama, mientras dos criadas les sostenían los candelabros. A pesar de todo fue el esposo el primero en levantarse y lo mismo hizo

su mujer; cuando estuvieron todos juntos volvieron a la iglesia, oyendo misa muy devotamente, y salieron después al claustro para empezar aquella jornada.

El joven franciscano preguntó quién comenzaría. Hubo una larga discusión, hasta que intervino la señora Margarita, que ya se encontraba mejor, y le rogó al fraile más anciano que se encargara de dar la vez. “Está bien -asintió él-, y dejemos estos prolegómenos, porque va a resultar más larga la introducción que el propio sermón. Cedo la palabra al conde de Nimes, para que nos informe de las cosas generales ocurridas últimamente en la corte de París, por si alguno de los aquí presentes las ignoran, y así nos pondrá en antecedentes”. El conde se aclaró la garganta con un severo carraspeo, aspiró hondo y comenzó:

Cómo el conde de Nimes relata algunos sucesos ocurridos en Francia desde mediados del siglo catorce.

"Sabréis, señoras y señores, que hacia mediados del pasado siglo estaban en Francia los asuntos revueltos, "totum revolutum". Había quedado atrás el famoso proceso hecho a los templarios, cuando el rey francés Felipe el Hermoso acusó a la Orden más rica del mundo de crímenes tales como traición y sodomía; pues siendo dueña la orden de numerosas tierras y castillos, entre sus deudores se hallaba el propio rey. Según se decía, guardaban en un lugar secreto arquetas llenas de rubíes y zafiros, espadas cuajadas de esmeraldas y telas de brocado de mucho valor. Todos los reyes estaban endeudados con ellos, desde el rey de Inglaterra al de Siria; por ello el rey Felipe, que era nieto de nuestro gran san Luis, tenía gran interés por condenarlos a la hoguera. Por entonces, un papa francés se había establecido en Aviñón para complacer al soberano. Los acusó de adorar al diablo Bafomet, y de besarse entre ellos en las partes más viles; ya que, como tenían prohibido el comercio carnal con las mujeres, cuando sentían en su cuerpo el ardor de la incontinencia podían refrescarse con sus otros hermanos. Sólo se trataba de sospechas y, aún así, muchos fueron torturados y quemados. Los untaba el verdugo con grasa antes de acercarles la antorcha; a otros los ataban a un potro y apretaban las cuerdas, o los colgaban del techo con grandes pesas a los pies hasta que sus huesos crujían, dislocando sus brazos y piernas, por lo que muchos preferían morir en la hoguera y se declaraban culpables. Pero, aunque duró el proceso siete años, nadie pudo hallar el tesoro del Temple.

Era Gran Maestre de la Orden el famoso Jaques de Morlay; para él alzaron un estrado ante la iglesia de Nuestra Señora de París y, despojándolo de su túnica blanca, le pusieron la mitra infamante de la Inquisición con llamas y demonios pintados. Lo ataron a un poste sobre una pira gigantesca para que todos pudieran contemplarlo; mientras, el rey desde la ventana de palacio dio la señal a sus arqueros. Cuando las llamas se elevaron, el reo amenazó con el dedo al papa y al rey; mientras las llamas lamían su rostro él seguía amenazando y maldiciendo, por lo que el rey ordenó que le cortaran la lengua, y así enmudeció.

No tardó mucho en morir el pontífice; también el monarca falleció en un accidente de caza, por lo que todos hablaban de una venganza del diablo Bafomet. En cuanto a los tres hijos del rey, tuvieron que sufrir el adulterio de sus esposas, las tres princesas de Borgoña. A causa de ello, la mayor fue estrangulada a los veintiséis años y los amantes de las otras fueron despellejados ante sus ojos. Por si fuera poco, no tardó en aparecer en Europa la peste. De ella se acusó a los judíos, pues según se decía envenenaban los manantiales con sangre de leprosos mezclada con el veneno de ciertas culebras.

Era por entonces la ciudad de París paraíso de brujas y

hechiceros; era, además, el centro del saber. Cerca de los viejos molinos, los barcos cargaban el trigo bajo el puente de los Molineros; estudiantes y mujeres alegres recorrían las calles y estudiaban muchos el Putanismo, un libro compuesto por una famosa ramera de Roma. El pan que allí se hacía tenía fama en toda Europa; bajo la torre de Nesle se habían instalado numerosas tiendas de guarnicioneros, boticarios, barberos y fabricantes de armaduras.

Se estaba construyendo una nueva muralla alrededor del Louvre, cerca de las grandes abadías; y se engalanaban con tapices de seda las calles principales, donde se vendían toda clase de vinos de Grecia y España. En la orilla derecha del Sena se alzaban las mansiones de duques, condes, prelados y ricos burgueses; llevaban los obispos ornamentos bordados en piedras preciosas y se vestían con mantos de seda escarlata y colas de armiño, pues la Iglesia se cubría de oro aunque sus pobres estuvieran desnudos.

Usaban las damas por entonces trajes muy estrechos, que compraban en las tiendas adosadas al muro del viejo cementerio que llamaban el Osario de los Inocentes. Allí se mezclaban los finos perfumes de jazmín con los olores más pestilentes; pues, aunque no había barrio más alegre que éste, siendo el cementerio de todas las parroquias de París se amontonaban hasta los tejados las osamentas de muchos vecinos. Los ciudadanos atravesaban el río Sena por el Pequeño Puente; allí se cruzaban los enfermos que acudían al hospital con los caballeros que buscaban las tiendas de libreros, en un lugar donde hacía poco no había más que tierras plantadas de viñas. Podían comprarse muchos y muy hermosos pergaminos con bellas miniaturas y encuadernaciones, pues sabido es que los libros mejores siempre se han encontrado en París. Eran tan caros, que muchos estudiantes los alquilaban en las Facultades para copiarlos y venderlos, y así pagaban sus estudios.

Vendían por las calles espejos, cintas de colores, guantes y peines de marfil; tenían los orfebres sus tiendas frente al islote de los Judíos, donde habían quemado a los templarios. Siempre hubo en París estudiantes ricos junto a otros pobres y miserables, a quienes llamaban goliardos y que vendían galletas y otras golosinas. Muchos vivían en casas de burgueses enseñando a los niños; eran los estudiantes en artes los más jóvenes y bulliciosos, pues solían frecuentar los lupanares y tabernas para provocar algarabías. Un tal Roberto de Sorbon, capellán de nuestro llorado rey san Luis, había fundado un colegio para estudiantes de teología, y siguiendo su ejemplo fueron edificándose colegios donde se impartía la enseñanza, dando techo y comida a los estudiantes más pobres.

Por ello, a quien veía esta ciudad no le faltaba nada que ver, ni tenía más que desear. Muchos comediantes recitaban en las plazas sus farsas acompañados de instrumentos, hacían juegos de manos o amaestraban extraños animales; contrastaba el lujo de la orilla derecha con la miseria de la izquierda; así, mientras los ricos podían conseguir por cuarenta libras parisinas el libro “Espejo histórico de las costumbres

de París", los estudiantes iluminaban biblias que encuadernaban en rústica o en piel para comprarse sus lámparas de sebo, plumas y pupitres.

Lo mismo se enseñaba en cobertizos que en las plazas abarrotadas de mercantes. A dos pasos de la catedral las dueñas de los burdeles enseñaban a sus alumnos a alternar las Bellas Artes con otras menos elevadas; y eran tantas las simientes que se plantaban en sus jardincillos, que era imposible dar con el hortelano de la col que nacía. Vendían las doncellas en las callejuelas doce veces su virginidad; cuando nacían los niños era imposible saber quién fue su padre y ni siquiera si lo tuvo, pues eran hijos de lupanar.

Estaban las callejas mal pavimentadas y peor limpias, cubiertas de desperdicios que se amontonaban bajo la iglesia de Nuestra Señora, adornada con gárgolas y quimeras, dragones y tarascas de piedra. De tiempo en tiempo se hacían piras en las plazas para quemar a las brujas, que maleficiaban a los hombres y los hacían impotentes con hierbas de cicuta y mandrágora. Quemaban también a los suicidas, siendo el coste de una hoguera de dos libras por chamuscado; eso se explica, porque además de los gastos del verdugo eran precisos leños gruesos y paja abundante, así como postes, cuerdas y sarmientos secos. Iban a verlos para divertirse los estudiantes jóvenes junto con pícaros y frailes, muchos de ellos aficionados a la brujería, que decían curar la gota y el asma por medio de sortilegios. Algunos desdichados, por causa de los brebajes que les daban, ofrecían el aspecto de locos, llenos de desvaríos y de extrañas inquietudes.

Llevaban los ciudadanos ricos sus regias braguetas decoradas en blanco y dorado sobre damasco azul; eran sus vajillas de oro y plata, las telas de sus camas bordadas en hilos de oro, con varios colchones en ellas. Guardaban las espadas en vainas recubiertas de perlas; cuando moría un caballero principal lo vestían con jubón de brocado y martas cibelinas, enterrándolo en la iglesia, pues tenían allí reservado el hoyo que guardaría sus zancarrones para la eternidad.

Se hablaba de los grandes lujos que tenía el papa en Aviñón; de la peste que se extendía por Europa, y la guerra que desde hacía tanto tiempo libraba Francia y no parecía fuera a terminar. Los más cultos comentaban el libro recién aparecido de un italiano llamado Petrarca, a quien coronaron con laurel; y los soldados relataban por centésima vez la historia de nuestro rey san Luis, que habiendo partido a las cruzadas murió de la peste, sin poder visitar Jerusalén.

Iban los apestados a Nuestra Señora de París a implorar una milagrosa curación, y allí las luminarias alumbraban a los agonizantes. Se cuenta que acudió un famoso usurero atacado del grave mal; al conocerlo, lo forzaban todos a que devolviera lo robado. Como no daba su brazo a torcer lo dejaron negro y lleno de hinchazones, que se le salían los ojos de las cuencas. Cuando lo echaron de la iglesia tenía dos varas de gaznate más que cuando entró y, después de haber dado voces que pudieran romper las vidrieras celestes, empezó a pedir

confesión; ellos lo ataron de pies y manos, lo sometieron a diversos suplicios y lo tiraron al río, todo al son de trompetas y tambores.

Mientras en el pueblo ocurrían estas cosas, llevaban las damas en la corte terciopelos de Italia y, amaneciendo un día en su casa, anochecían veinte en las ajenas. Calentaban el agua en grandes cubas para que se bañaran juntas las doncellas, perfumándose con hierbas aromáticas. Los señores comían langostas adobadas con romero y jazmín, pavos rellenos de perdiz y grandes jabalíes asados que conservaban sus cabezas. Ellos se afeitaban con piedras, y aunque fueran limpios en su aspecto y vestidos, les importaba poco tener manchadas las conciencias; pues no pocos hacían la ninfa, siendo al mismo tiempo agente y paciente y dándose unos a otros por el ojo que no tiene niña.

Un señor llamado De Veiru tomaba gente presa para pedir rescate; si no le pagaban, los ataba a la cola de un caballo y los arrastraba hacia un gran olmo, donde los ahorcaba. Una vez tomaron a un siervo por equivocación. Le pidieron rescate a su esposa encinta y, como no podía pagarlo, la ataron al olmo y la azotaron hasta dejar su vientre al aire, mientras colgaban sobre su cabeza los cuerpos de los ahorcados. Como los más bajos la rozaban comenzó a gritar y estuvo gritando por la noche hasta que llegaron los dolores del parto. Entonces vinieron los lobos, le abrieron el vientre a dentelladas y se llevaron al pequeño muerto. Me consta que fue así, y que todo ocurrió en el mes de marzo, durante la cuaresma.

Por entonces había llegado a Francia el Tarot, que trajeron los gitanos de Egipto; era el compendio de la filosofía del rey Salomón y de los sabios de Alejandría. Estos gitanos eran bohemios, de piel morena y ojos muy negros; se decía que iban por el mundo expiando el pecado de sus antepasados, porque no habían acogido a Jesús y a sus padres cuando huían a Egipto. Iban sus reyes a caballo y llevaban los hombres bastones nudosos cuajados de flores; había entre ellos prostitutas, ladrones de ganado y domadores de raros animales, que bajo sus pobres andrajos ocultaban anchos cinturones cargados de oro. Decían proceder del reino de Trapisonda y ser primos de los reyes de Egipto; pronto el rey de Francia los hizo quemar por brujos y ladrones, o los expulsó con los judíos.

En cuanto a éstos, se decía que una vez al año degollaban a un niño cristiano para sus sacrificios; los pocos que quedaron en Francia llevaban picos en la gorra, y al pecho una rueda de paño amarillo. Muchos, al marchar, confiaron sus riquezas a un hombre de París llamado Nicolás Flamel; para explicar su posesión, él aseguraba que convertía los metales en oro, según la fórmula de Abraham el judío. Según decía, echaba en un estercolero mercurio con vitriolo junto con un trozo de plomo y el plomo se convertía en oro. Un monje llamado Valentín enseñaba la transmutación de los metales; todos buscaban la piedra filosofal que convertiría el hierro en oro, y hasta el Papa tenía un laboratorio de alquimista en el castillo de Aviñón, donde utilizaba el baño inventado por una tal María la Judía. A los sospechosos de

brujería, la Inquisición los arrojaba al Sena con las manos atadas a los pies; si era brujo, flotaba en el agua y lo quemaban luego; si se hundía lo declaraban inocente, salvándose el alma aunque se ahogara su cuerpo.

Hallaron por entonces en casa de un licenciado un hombre diminuto en forma de mandrágora, con el cuerpo velloso y la cabeza desmelenada. Decían que la raíz de la planta llamada mandrágora estaba hecha con esperma viril y que, tomada con vino, expulsaba la melancolía. Al parecer, al sacar la raíz de la tierra lloraba como un niño y había que bañarla enseguida y alimentarla con vino y con leche. La vestían de blanco y la guardaban en un cofrecillo, pues contenía el alma de un ajusticiado en la horca, y el que la tuviera podía hacerse invisible, hallar tesoros escondidos y multiplicar las monedas de oro.

Muchos obispos no estaban libres de estas supersticiones. Olvidaban la lectura de los libros divinos y bostezaban al predicar, pero sentados a sus mesas devoraban con desenfreno, y viendo brillar el vino en los frascos se les alegraban los ojos. Por donde andaban no había gallinero seguro, pues en cualquier sitio hallaban la forma de entrar y eran señores de todo lo que dentro había, sin tener llaves para ello, con tan viciosa inclinación que no había bolsa que pudiera guardarse de ellos. Lucían grandes riquezas en los jaeces de sus caballos, siguiendo los usos de los caballeros de la Tabla Redonda; no eran raros los escándalos con damas de la vida, y todo ello sin pagar, cuando para el común de los mortales no suelen ser de balde ni el amor de las putas ni el convite de los mesoneros. Para sus ropajes y capas se procuraban los mejores tintes de Amiens y Béthencourt-sur-Somme, que ya por entonces se exportaban al mundo desde el puerto de Harfleur.

***

Oyendo estas razones se habían adormecido algunos de los presentes, y sólo la señora casada escuchaba con los ojos bien abiertos. El viejo franciscano tosió fuertemente, diciendo. “A fe que os habéis alargado en el prólogo, y como sigamos así vamos a cenar en lugar de almorzar. Además, lo que habéis relatado es bien conocido por todos nosotros”. “No así -dijo la dama-, ya que no todos tenemos letras como vos ni conocimientos de la historia de nuestro país, y no es malo que los vayamos adquiriendo”. “A mí también me ha complacido oirlo -dijo su esposo.- Y en cuanto a un nombre que acabáis de pronunciar, me trae a la memoria unos hechos que me relataron. Pues no hace mucho estuve hospedado en casa de un tal señor de Bracamonte, embajador de Francia en España, quien me relató la conquista que un primo suyo, llamado Juan de Béthencourt, hizo de las islas Canarias. Y como el buen abad que nos da cobijo no tendrá inconveniente en retrasar un poco la comida, si los aquí presentes me dan licencia, narraré estos hechos para complacerlos, y para dar gusto a mi esposa”. “Sea -dijo la viuda-, siempre que expongáis la historia con toda

sencillez, pues temo que la mucha retórica puede dañar a la verdad”. Él asintió con la cabeza. “Yo así lo haré, pues en lo referente a la familia Béthencourt conozco muchas y muy buenas cosas, ya que el señor de Bracamonte, que pertenece a una de sus ramas más ilustres, ha tenido a bien informarme sobre su tío y primos”. “Pues empezad”, dijo el conde de Nimes.

De cómo nace en Normandía el caballero Juan de Béthencourt; crece en el castillo de su abuelo y, pasando a la corte del duque de Orleans, es armado caballero. Se cuenta cómo entra al servicio del rey, llevando a cabo dudosas aventuras; conoce a Juana de Fayel y se casa con ella, pero el matrimonio dura poco, separándose sus personas y bienes. Cómo el caballero reúne hombres en la Rochela donde encuentra a Gadifer de La Salle, y ambos emprenden la conquista de las islas Canarias. Y de los amores de Juan de Béthencourt con una nativa de las islas, Isabel la Canaria.

"Pues bien -dijo micer Jacobo-, en cuanto al conquistador de las islas Canarias, vino al mundo en Normandía y era hijo del tercer barón de Béthencourt. Quiso la mala suerte que quedara huérfano a los tres años, pues el barón murió en la batalla de Cocherel en plena juventud, ya que no había cumplido los treinta.

Era la casa y cuna de la familia el castillo de Béthencourt-sur-Somme, al este de Amiens, y siendo una importante fortaleza había servido muchas veces de solaz y descanso a los reyes de Francia. En cuanto al abuelo del pequeño, tengo entendido que era hombre gracioso, de trato agradable y conversación entretenida, de larga y blanca barba y ojos agudos y vivos. En Normandía lo conocían todos, desde el rey a los mendigos que transitaban por los caminos. Saludaba a los pajes, frailes y monjas que encontraba, y no digamos nada de las putas normandas. Pues se alababa, como Mahoma en su Corán, de tener en sus genitorios la fuerza de sesenta marineros, y de usar de ellos, ya que según los eclesiásticos, por el no uso se pierden los atributos, cosa bien penosa. Y desde que entró en el mundo hasta ahora, que estaba cercano a salir de él, vivía como el Gran Turco y comía a dos carrillos como mona.

A su lado aprendía el nieto a jugar a la taba, al palmo y al hoyuelo; hallaba la mesa puesta, la cama hecha y el zurrón bien abastecido y era si culo veo, culo quiero. Pues nunca le faltaban confituras y dulces de mil clases, que le tenían siempre el estómago inquieto y el alma desasosegada. Era el abuelo muy devoto del dios Baco como todos los de su tierra; tenía para él tanta virtud el vino, que no había acabado de beber cuando le desaparecía la melancolía que tuviese.

Dormían en la habitación del señor sus siervos y criados y era su cama de buena madera, con colchones de lana y buenos cortinajes que lo protegían en invierno, ya que eran muy frías las estancias del castillo. Pero al acostarse acostumbraba a quitarse la camisa, dejándola junto a la cabecera, y también los calzones sin faltar en nada a la decencia, pues el propio san Luis había observado esa costumbre. Al amanecer sonaba la campana del castillo y él se hacía traer a su cuarto dátiles y confites; y habiendo bebido a discreción volvía a su natural bullicioso, pues todavía era viviente y llevaba su

ancianidad por trochas y campos sin pesadez, achaques ni especial irrisión de mirones.

Criaba al nieto como a hijo de viuda, libre y regalado, impertinente y vicioso, y de cuando en cuando lo animaba con sorbos de vino y tragos de malvasía, llamándolo hideputa y diciendo a los criados: “Este libidinosuelo ataca a sus niñeras por delante y por detrás, pues ya en su bragueta se notan señales de vida”, con lo que se reían todos de tal forma que parecía se les iban a caer los bigotes. Era el niño, aunque de corta edad, de aventajada estatura, y los años le iban dando fuerza, robustez y atrevimiento. Pasó su primera niñez en el castillo de Grainville que su abuelo heredara de sus antepasados; se trataba de una fortaleza circular, con un hondo foso y un riachuelo que la rodeaba, donde vivía con su madre y su abuelo, que era ya por entonces más viejo que el palmar de la Biblia.

Alzábase el castillo sobre un escarpado altozano, no muy lejos del camino real que conducía a un pueblo rematado por una hermosa iglesia; junto con la vieja mansión poseía el anciano el feudo entero de Grainville-La-Teinturière con tres acres de pradera, un estanque y muchas tierras de cultivo, además de un molino y un bosque, a los que unía el importante feudo del apellido Béthencourt. Se santiguaba monseñor maravillado, al observar que el nieto crecía a ojos vistas, y reía diciendo que la mala hierba pronto crece. Se codeaban ambos con la gente del pueblo, aunque en sus paseos por los alrededores el anciano le aconsejaba al nieto que no se fiara de nadie. Y como solían volver tarde, a su vuelta al castillo la madre rezongaba y el viejo murmuraba: “La nuera por la suegra, ambas en mi casa se cagaron”.

Frecuentaba el pequeño a otros mozuelos de su edad; cuando cumplió los siete años todos temblaban ante él y ninguno se atrevía a hacerle frente. Al cumplir los diez, mandó el señor a su mayordomo que diera ración extra a los sirvientes y de comer a todo el pueblo. Así que el niño, que era de por sí consentido, con estas cosas tenía más antojos que una preñada. Se quejaba su madre de que le diera el abuelo tanta libertad, pero él contestaba que lo preparaba para gobernar su castillo y sus tierras, ya que lo tendría que suceder. “Este hijo mío es un burro”, se lamentaba ella, pensando que todo le venía de casta, como al rey de Francia curar lamparones. Pues en verdad era bastante loco, demasiado libre y un poco burlón, y lo temían los compañeros más que a los hechizos, las brujas y las apariciones de difuntos. El viejo hubiera preferido dormir con su peor enemigo antes que aguantar a su nuera, sobre todo cuando ella le impedía los excesos en la mesa por motivos de salud. Pero el anciano se hacía el sordo, callaba y sorbía, pensando quizá que quien engorda viejo goza dos mocedades. Un día lo llamaron para el banquete de un príncipe extranjero, y se dio tal atracón que se le atascaron las tripas, aliviándose por el trasero ante todos para curar la congestión. Tuvo tantos bostezos y escalofríos que hubo que llamar al cirujano; y como volvió a hartarse al día siguiente, con el último bocado se quedó en la

silla como muerto.

Acudieron varios galenos para espantar de su sepulcro los abejones y moscardas que sin duda llegarían a roerle los huesos. Por mandato suyo tragó en veinte días treinta y siete purgantes en bote, en albondiguillas y otros diferentes guisados; y sintiendo cada vez el dolor con más vehemencia aguantó todas las perrerías que los médicos suelen hacer con los histéricos, los hipocondríacos y los endemoniados. Lo sufría todo a ratos con paciencia, otros regañando y otros con una modorra implacable. Se daba el caso de ser comadrona la esposa del médico mayor, y mientras ella traía a los recién nacidos al mundo, el marido sacaba del mundo a los infelices pacientes; ella les daba cuna y el otro sepultura, y todas las noches se contaban lo nacido y lo muerto.

Salió por fin monseñor de la cama como un esqueleto, tan descarnado que sólo le faltaba la guadaña para parecer la muerte; poco a poco fue recuperando el juicio, avivando la memoria y despabilando la cabeza, aunque le sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro. No era eso lo peor, sino que por la falta de uso estaba su espada más herrumbrosa que los clavos de una bisagra vieja. No obstante, no era tan viejo que no tuviera sus pocos de bríos y, hablando con perdón, sentía todavía en su cuerpo los aguijones de la carne. Y aunque la memoria se le hubiera hundido un poco, las demás potencias las usaba con prontitud y deleite, y a las tantas de la madrugada se levantaba a oscuras buscando las jarras de vino y diciendo en lengua matemática mil disparates. “Mejor es -decía-, no tener corazón que no tener genitorios, porque según dice Galeno en su libro primero, se guarda en ellos como en un sagrado receptáculo el germen conservativo de la raza humana”.

Era inútil que le repitieran que el tiempo mata todas las cosas y ni el mármol deja de tener su decadencia; pues si en algún momento conseguía levantar la llama, enseguida se le apagaba, y parecía no tener más aceite que lo que dura una candelita. No lo dejaron descansar los doctores hasta no concluir con todos sus aforismos y recetas, embutiéndolo de brebajes. “¡Ah, maricas!”, les gritaba él, pues por su culpa, si intentaba mover algún brazo o pierna, no acababa de levantarlo de la cama cuando se volvía a derribar como si hubiera tenido goznes.

Le indicó la nuera que había llegado el momento de tratar su salvación, pues llegaba la intemerata, y esta poca vida que le quedaba era menester emplearla en confesar sus pecados. Así dicen que confesó y recibió a Dios sacramentado, y redactó su testamento, dejando a su nuera un anillo de oro donde estaban sus armas esculpidas. Desembuchó la talega de sus culpas y vació el almacén de los pecados, pues declaró las faltas veniales, reincidencias y pecados gordos; y es que se veía cerca de morir mártir de los médicos, sin tener cosa alguna de santidad.

Pero al recibir la extremaunción, notó que en poco tiempo se le devolvía la salud; y saliendo de esta enfermedad pudo pagar a sus

acreedores y satisfacer a las mujeres, ya que no había entre ellas fea que pudiera espantarlo. Esta dolencia le desconcertó un tanto el juicio y el reloj de la cabeza, de forma que sólo con oír el sonido de las botellas caía en éxtasis como si disfrutara las delicias del paraíso. Rogó a su nieto no permitiera que ningún médico volviera a pisar su cuarto; desde ese momento comenzó a sentir una indudable mejoría, aunque al hablar disparaba una rociada de gargajos. “Este hombre -decía su nuera-, es capaz de comer mierda con tal de llenar la barriga”. Y es que, mientras un siervo estaba subiendo los toneles de cerveza a la despensa con una garrucha, él ya lo estaba aguardando ante unas tajadas de venado regadas con vino de la tierra.

Todavía cuidaba con mucho tiento su magnífica bragueta en la que, como en ánfora sagrada, había buscado siempre su último refugio contra la adversidad. Criticaba a grandes voces a aquéllos que tenían mujeres como si no las tuvieran, aunque lo hubiera aconsejado san Pablo. Se hizo traer una esmeralda del tamaño de un gajo de naranja, porque como decía Plinio (libro último), esta piedra tenía la virtud erectiva y confortativa del miembro viril. El capellán le hacía ciertas recomendaciones pero él, que tenía más ganas de comer que de oír sermones, le gritaba: “¡Vientre sobre vientre! ¡Que me asomen dos cuernos si no os echo a patadas de aquí!”

Mientras esto ocurría, pasaba el nieto en el castillo de Grainville los días pensando en el mar y en sus misterios insondables; pues una noche, un erudito y venerable monje que llegó pidiendo cobijo, calentándose ante la gran cocina le estuvo contando historias de unas islas que llamaron los antiguos Afortunadas. Desde entonces no pudo olvidarlas; y aunque amaba la hacienda de Grainville con sus árboles y viñas, sus rebaños de cabras y ovejas, de un tiempo a esta parte permanecía pensativo. Se sentía muy solo y echaba de menos a su primo Robín de Bracamonte, a quien no veía hacía tiempo, pues ya tenía edad para servir de paje en el castillo del rey.

Su hermano, llamado Morelet, era tres años menor y había nacido póstumo, es decir, después de que su padre muriera en la guerra; era un niño de rubios cabellos a quien él ignoraba desde que se arrastraba a cuatro patas sobre la basta tarima de madera. Tampoco con su madre se comunicaba demasiado. Era una mujercita menuda que bordaba hermosas labores de tapiz; desde el amanecer se colgaba aretes y pulseras, porque el abuelo no quería que anduviera desaliñada por el castillo, ni que sus amigotes y visitas la sorprendieran de cualquier manera.

Eran las piezas del castillo oscuras y tétricas, por no tener apenas ventanas; el alcaide moraba en un torreón de la fortaleza y el muchacho jugaba con sus hijos Pierfleur y Camelot, que eran sus mejores amigos. En el patio de armas ponían ratoneras con alambres de pinchos donde colocaban un trozo de queso normando; al morder el queso el cepo se cerraba, y el ratón quedaba prendido por el cuello. Para hacer reír a los criados, el muchacho soltaba unos pedos tan largos que parecía no fueran a terminarse nunca. Cuando no estaban

poniendo ratoneras representaban comedias, o andaban zarceando tras las puertas de gruesos cuarterones, en la pieza que había sido de su abuela, donde se conservaba un clavicémbalo cubierto de polvo; o revolvían las arcas donde hallaban viejos manuscritos miniados, revueltos con trajes de seda y terciopelo que se deshacían con tocarlos. En un árbol del huerto clavaban un murciélago y le hacían cosquillas con una varilla de junco, trepaban a las almenas como gatos y observaban desde allí a los soldados, con sus pesadas lanzas y sus ricas espadas, mientras el aire susurraba entre los árboles y hacía ondularse los trigos de Normandía. A veces bajaban al pueblo y jugaban en el cementerio entre inscripciones ilegibles y flores añejas, o visitaban a los siervos en las casas oscuras que olían a orines y humedad.

Su madre había estado a punto de abortar por haber perdido a su marido, y trataba al pequeño Morelet como a un juguete, empapuzando sus cabellos con jarabe de zaragatona y vistiéndolo con ropas más propias de una niña. En el desván más alto del castillo se guardaba un arsenal de hermosos ropajes que se habían ido acumulando generación tras generación, y ella se los probaba todos, desde basquiñas bordadas en seda a calzados de raso, túnicas de todos los colores recamadas con galones de oro o turbantes de lamé con manojos de plumas ajadas.

Una mañana salía del retrete el viejo señor del castillo, cuando lo halló su nuera con un calenturón temerario. Atribuyéndolo al vino llamó de nuevo a los doctores, y el día de san Bernardo a las cinco de la tarde lo agarró una apoplejía que lo mantuvo sin conocimiento hasta las dos de la mañana del día siguiente. En todo el tiempo de esta última enfermedad mantuvo la alegría y la gracia del genio, pues la bebida le había alargado el buen humor hasta el final. “Perdida la cabeza no perece más que la persona -deliraba-, mas perdidos los atributos de la hombría, perece todo el linaje humano”. En fin, que él todo lo perdió menos el dolor de cabeza, pues iba de tal forma en aumento que parecía que los doctores trataban más de mantenerlo que de quitarlo. El mejor de ellos decía que abriendo los tumores sanaba a los vivos, pero a ninguno había sajado que no le abriera la sepultura. Y como estaba ya el anciano sin rayo de racionalidad, sin incurrir en pena alguna le despachó todos los ungüentos y porquerías que llevaba en sus cajas y redomas, mientras la nuera le hacía las preparaciones para bien morir.

Dijo él a su confesor que mirando a su conciencia se consideraba regular, pero mirando a la nuera como testigo, era más bien facineroso. Así murió de avanzada edad y con ayuda de los médicos, de unas parótidas que ellos llamaron sintomáticas, que lo dejaron para siempre libre de la enfermedad de la gota, quedando más tieso que una estaca. Había probado todos los vicios y todas las virtudes y pudo llegar al final de su vida sin especial congoja de su espíritu, yéndose a la patria común en la que caben todos. Hubo sermón y muchos epitafios; una vez hechos los funerales y ahorcados

los lutos no le faltaron contradicciones a la herencia, y si no fuera porque fue previsor, se hubieran dado sus parientes tal maña que no quedara ni para pagar el entierro.

Así fue como perdió Juan de Béthencourt a su abuelo. Dicen que la muerte suele deshacer las haciendas, y así ocurrió, pues habiendo quedado el muchacho rico en tierras y dineros, se mostraba espléndido hasta el derroche. Heredó el título de barón y, como lo guardaban para chambelán del rey de Francia, llegado el momento lo llamaron al castillo del duque de Orleans para recibir instrucción y entrar de paje; pues como estaba algo verde, tenía antes que iniciarse en las tres artes liberales de gramática, lógica y retórica. Quería ya partir, las mulas estaban a punto, se había vestido con camisa nueva y lo ayudaron los siervos a ponerse las calzas y una túnica forrada de piel, con una bolsa bien repleta que su madre le prendió del cinturón. Llevaba para el viaje un calzón de terciopelo morado forrado de tela de plata, y salió a acompañarlo un criado con una lámpara encendida, pues había que ponerse en camino.

Era en realidad gracioso, decía muchas y muy buenas cosas; a los catorce años podría pasar a la categoría de escudero recibiendo del duque una espada, calzando las espuelas de plata y sirviendo a su señor hasta que lo armaran caballero. Nunca olvidaría su llegada al nuevo castillo, la lluvia cayendo tenaz y la lustrosa muralla iluminada por la tea; detrás, una mula bien enjaezada llevaba el arcón con sus camisas, jubones y zapatos. Iba su mayordomo junto a él sobre otra mula torda, y los dos aguardaban a que sonara un crujido y los del castillo hicieran bajar el puente levadizo. La lluvia parecía un cortinaje en el amarillo resplandor de la tea que chisporroteaba, cuando por fin oyeron una voz entre el rumor sedoso de la lluvia, y vieron en una próxima garita el resplandor de una candela.

Aquella noche, el muchacho estuvo llorando en silencio. Soñó con el castillo de su abuelo y sus corredores en penumbra, las puertas de gruesos cuarterones con herrajes oscuros y estrechas ventanas aguzadas que había que cubrir con tapices. Estuvo soñando que su madre bordaba una manteleta de gala, que tenía flores de lis y margaritas blancas con los corazones amarillos. Hasta soñó con la gran cocina donde aderezaban para su abuelo las grandes langostas traídas de la costa de Normandía, cuando una sierva las zambullía en el agua ardiente y ellas se estremecían, agitando sus largas antenas y quedándose luego muy quietas, mudada la color.

Al día siguiente lo llevaron a conocer al duque; lo halló sentado en una silla con alto respaldo, ante una mesa alta, y alrededor sus huéspedes en ricos escaños. Varios pajes y trovadores ocupaban largas mesas de recia madera sobre caballetes, acomodados en toscos bancos y comiendo con cubiertos sencillos, mientras que las copas, platos y cuchillos de los señores eran de oro labrado. Le dieron de comer menudillos de ave, perdices y gallina, y un conejo adobado y mechado. Él iba más lustroso que una llave, pues había heredado un feudo, y no como otros que tenían torreoncillos viejos y edificios

arruinados. Y como además se daba buena maña, pronto lo festejaron, lo acompañaron y engrandecieron.

Le resultó extraño en un principio moverse por las amplias galerías y cruzarse con caballeros vestidos con lustrosas armaduras. En la sala del homenaje pululaban bufones y pajes; en la armería se guardaban espadas y lanzas, entre lámparas colgadas de largas cadenas y ventanas con cristales emplomados. Atravesaba la barbacana hacia el puente levadizo, y dejando atrás el foso se dirigía al cobertizo donde estaban las jaulas con los halcones del duque y sus grandes perreras, junto a los ruidosos palomares. Vigilaban los arqueros las puertas desde lo alto de las murallas y sobre los fosos del castillo, frente a la empalizada donde tenía el duque verracos para su diversión y establos para guardar la caza. Pero no podía olvidar el viejo castillo de Grainville, su torre abierta a los cuatro vientos, de día con las maderas cerradas y dando paso en sus rendijas a los finos hilos de luz, en la anochecida dejando colarse los últimos resplandores, el lucir de las antorchas y de las hogueras que el aire hacía humear, de noche bajo el brillo de las estrellas, bañado el castillo en luna entre el maullar amoroso de las gatas en celo.

Tenía Juan de Béthencourt entrada libre en las tabernas y posadas de los alrededores, donde lo tenían por travieso y bromista, huyendo algunos de sus chanzas y burlas como del pecado. Entre los pajes era el más alto y fornido, y en el andar y el vestirse envidiado por todos. Se mostraba nuestro mozo risueño, entretenido con los inferiores y un poco libre y desvergonzado con los iguales; y siendo todos sus compañeros amantes del esfuerzo físico, jugaban en el tiempo libre a la pelota o a luchas de moros y cristianos.

En cuanto al duque, era un ser hierático con unos ojos claros de un tono indefinido parecido al acero, con las mejillas sonrosadas cuajadas de venillas; lo veían pocas veces fuera de la sala de armas y exigía a sus pajes que llevaran bien lustradas sus ropas, zapatos y puñales. A cambio los mantenía bien comidos y bebidos, siendo regalados y viciosos, como criados en palmitas. Y andaban más presumidos que doncellas, pavoneándose de sus linajes y dineros.

Pasando el tiempo llegó a ser el joven barón de Béthencourt el primer convidado en los bailes, fiestas y saraos; pues los duques y condes, los marqueses y demás personas de la más alta esfera lo distinguían, honraban y buscaban. Montaba a caballo con arte y seguridad y hacía buenos versos; le había dado la piedad de Dios una estatura elevada y una carne magra y firme, extendida con igualdad y proporción.

En palacio los pajes y escuderos acarreaban la leña y el agua, servían a los huéspedes ilustres con servilletas y toallas para sus abluciones y dormían a veces en las tarimas de la sala. Administraba la casa del duque un senescal; tanto donceles como bachilleres servían a las mesas, llevando Juan de Béthencourt en las solemnidades el estandarte cortado en puntas y con banderolas. Era el castillo del duque de Orleans el más famoso de Francia y envidia del rey, pues

tenía en su interior una torre imponente y fuera parapetos almenados con numerosas lucernas y garitas. Ocupaba el centro del patio una fastuosa escalera en espiral que daba acceso a las numerosas alcobas; la gran sala alfombrada de lujosas esteras lucía en sus muros muy ricos paños y tapices, y muebles suntuosos con tallas de animales fantásticos. Había en el castillo gabinetes reservados para el rey y la reina, una valiosa biblioteca y patios de armas donde se reunían los caballeros llegados de todos los países del mundo.

Pasó el tiempo y cumplió Juan de Béthencourt los veinte años. Era por entonces de gentil disposición, hermoso rostro y condición alegre y muy cortés, lo que le granjeaba la consideración general, pues además era noble, y tenía todo un ajuar de nombres y apellidos, necesarios para calzar la espuela dorada, símbolo de la caballería. Lo recibían en la corte del rey con grandes muestras de afecto; y habiendo servido de paje lo hizo después como escudero, sin que pusiera reparos en llevar recados a las damas. Presumía de tocar el laúd, y el maestro armero lo había enseñado a bruñir el escudo, la espada y el yelmo, a lustrar la armadura y la cota de malla. Mientras se preparaba para ser armado caballero por el rey, soñaba con las hazañas de Ricardo Corazón de León y de los valientes Cruzados; no sabía que muchos de ellos habían acudido a Tierra Santa buscando riquezas, o huyendo de esposas ariscas y sucias, de acreedores perentorios y de castillos derruídos.

Llegado el momento, prepararon la ceremonia en que habían de ceñirle la espada. Se dispuso un banquete y los padrinos ocuparon la mesa; él, como era costumbre, lo hizo en un lugar retirado sin poder comer ni beber, aunque de buena gana se hubiera almorzado dos mondongos con sus morcillas. Luego le cortaron el pelo, lo vistieron con un manto rojo como señal de que estaba dispuesto a derramar su sangre por el rey y, después de velar por la noche sus armas, juró las leyes de la Caballería. Prometió proteger a mujeres y huérfanos, combatir por la Iglesia y no manchar sus labios con calumnia ni sucia mentira. Dicen que escalón a escalón se suben los peldaños a la más alta mansión; desde entonces no dejó de escalarlos y para ganarse el aprecio del rey le envió una carta, diciendo: "·Yo, Juan de Béthencourt y de San Martín-Le-Gaillard, deseando esquivar la ociosidad y pensando en ganar la hermosura de alguna dama de palacio, no cejaré hasta no hallar un caballero que quiera luchar conmigo a muerte, a honra de Vuestra Majestad". Siendo la caza el pasatiempo favorito del rey, lo ayudaba a cobrar jabalíes; y si de cetrería se trataba, tenía él un hermoso caballo y el mejor halcón de la corte.

Vestían los caballeros camisas bordadas en oro, altos sombreros, zapatos puntiagudos y guantes. Frecuentaban a los trovadores y a las malas mujeres, llegando el negocio a tales términos que a menudo volvían a casa más borrachos que pellejos de vino. Estaban exentos de impuestos y gabelas, y no podían embargarles por deudas sus caballos y armas. Si los tomaban prisioneros no podían encerrarlos con llave ni quitarles sus armaduras, siendo su mayor

penitencia y castigo el verse obligados a peregrinar a Roma o a Santiago en Galicia. Al menor indicio de peligro se encerraba el rey en sus estancias de la torre central, y ellos con sus soldados defendían almenas, fosos y puentes levadizos, lanzando desde arriba flechas y grandes piedras, o bien aceite hirviendo, aunque fuera el enemigo de su misma sangre normanda, y hablara la lengua francesa mejor que ellos mismos.

Era por entonces muy nombrado el castillo del papa en Aviñón, pues no tenía nada que envidiar a las fortalezas de los duques de Anjou y Orleans. Poseía tres enormes crujías y cocinas pontificales, alzándose los puentes levadizos sobre profundos fosos que constantemente cruzaban los caballeros del séquito papal. Para epatarlo, había mandado el rey enriquecer su propio palacio con nuevas barbacanas y cónicos tejados de pizarra. Lo adornaban grandes escudos de armas; era el pavimento de mármol, las paredes estaban cubiertas de brocados carmesíes y sus patios sembrados de margaritas.

Llegaban hasta allí de toda Francia mujeres depravadas y jorobados vagabundos, que pedían limosna adulando y haciendo reverencias, postrada la cabeza y el sombrero en la mano. Había juglares y músicos de todas las regiones, que iban de paso o servían en el castillo, todos tan diestros en la vida poltrona que podían dar papilla al más entendido gitano. Tocaban los pajes sus tamborines y trompetas vestidos de brocado de seda, a un paso de las angostas escaleras donde los prisioneros pendían de gruesas argollas de hierro. Y en la gran sala de altos techos, sostenidos por pesadas vigas de madera, se rodeaba Juan de Béthencourt de hermosas damas con vestidos de piedras preciosas, recordando la solemne noche de su vela de armas, sus partidas de caza con el rey; ellas lo escuchaban con arrobo, reclinadas en muebles caprichosos llenos de arquerías y motivos florales, y mientras la gente del pueblo se moría de hambre.

Había cerca del palacio un palenque donde se celebraban los torneos, a los que acudían caballeros de toda Normandía, y hermosas damas que presidían la fiesta acompañadas por sus pajes. Duraban las fiestas varios días; se empavesaba el campo con banderolas y estandartes y defendían las damas su castillo de amor con flores y coronas. Acudía Juan de Béthencourt con su espada de punta y de filo para mejor herir al enemigo; sostenía las riendas del caballo con su mano izquierda, y se protegía con su escudo normando de rica madera y refuerzos de oro, que lo cubría de la cabeza hasta los pies. Llevaba casco y cinturón adornados de esmalte y pedrerías, y una cota de anillos muy finamente entrelazados, poniendo admiración en las damas con sus largas espuelas de oro. Los grandes señores como él se empobrecían y empeñaban sus tierras para vestir con lujo y hacerse con las mejores armas; cada uno lucía en su escudo el nombre de su dama, mientras piafaban los caballos, deseosos de entrar en la liza. Mas, como dicen que juegos y pendencias igualan a los hombres, al final se reunían todos para recibir el premio, de manos de la señora

de sus pensamientos.

Para asistir al baile se adornaban ellos y ellas con ropas en hilo de oro y espigas de perlas, calzas y sombrero a la francesa y camisas de seda bordadas con flores de lis, tan largas las mangas que llegaban al suelo. En una ocasión vestía nuestro caballero ropas forradas en martas cibelinas, capirote de armiños y un manto de damasco con cordones de seda; se prosternó ante el rey, y él lo alzó, besándolo en la boca. Había en las fiestas canciones y rondós, motetes y comedias, y acompañaban juglares con violas y las damas con dulzainas y flautas. Mientras, los invitados daban embestidas a las carnes y a las pintas de vino; llegada la noche se acostaban todos tan juntos como herramientas en estuche, para espumar el vino que ardía en sus cascos. Y habiendo despertado, pedían de beber para acabar de echar abajo toda melancolía.

Daba el soberano hospedaje a peregrinos, vagos y otros infelices a quienes la fortuna tenía en el mundo sin la triste cobertura de una choza, remediando a todos los pobres heridos de lepra, bubas y otros achaques más o menos contagiosos. Se preciaba de interpretar al arpa los viejos cantares y de haber recorrido de incógnito los caminos de Francia en compañía de mozas y titiriteros. Cuando llegó la reina a París, fabricaron para recibirla un ciervo de oro con una corona a la cabeza, que movía los ojos y la gran cornamenta; y sobre el puente que daba a la iglesia pusieron un dosel de rico terciopelo sembrado de flores de lis, de donde salió un ángel que coronó solemnemente a la reina. Llevaba el rey en la ocasión una chaqueta de hilo de oro bordada de perlas, con su espada ceñida y a la cabeza un bonete de grana con un joyel de mucho valor. Ella traía un vestido de damasco negro con bandas de oro y una mantilla forrada de raso carmesí, y su cara parecía más angélica que humana. En el pecho llevaba un gran rubí muy resplandeciente, y sobre los dorados cabellos una tiara llena de colgantes de oro y esmaltes llenos de esplendor.

Hubo autos sacramentales y dramas religiosos acompañados de rabel y guitarra morisca. Se comentaron los nuevos inventos traídos por Marco Polo de los dominios del Gran Kan, entre ellos la brújula y la pólvora; dijeron que había traído un hermoso reloj de agua y muchos objetos de ámbar, lacas y marfiles. Hablaron de las últimas armas venidas de China, que se cargaban con pólvora negra, y de una mezcla de salitre y betún que llamaban el fuego griego y ardía incluso bajo el agua.

Llevaban las damas redecillas de perlas o lindos sombrerillos recubiertos de plata y esmaltados en oro. Vestían túnicas doradas con mantos bordados, sedas de Persia y joyas de mucho valor que traían los mercaderes de oriente; y aunque presumían de virtuosas, a los postres bebían vino con las peras hasta que las peras nadaban. En cuanto al señor de Béthencourt, acabó por jugarse a los naipes la hacienda de sus antepasados, y junto con los otros barones terminó dedicándose al robo y al pillaje. ¡Cuántas ruindades y fullerías hacían aquellos caballeros! Mandaban a sus criados desvalijar en el camino a

los viajeros, robar a los peregrinos y atracar las casas de los burgueses ricos. Saqueaban las villas y campos, llevándose de las iglesias joyas y relieves de marfil, espejos decorados y hasta tapices con leyendas del rey Carlomagno, para obsequiar a sus queridas. Y aunque siempre se dijo que había que empezar a armarse por las espuelas, era para muchos la bragueta la primera pieza del arnés militar.

Omito el referir las trazas y espantajos de que se valían ellas para lograr las presas, pues se prostituían las señoras por llevar pieles y otras bagatelas. Era tan desenfrenado su apetito que parecían en ocasiones estar difuntas, y es que estaban sepultadas en vino, pues menudeaban los brindis de forma que a veces no volvían por su pie a su casa. Tenían hijos de diferentes padres como queso de muchas leches, mientras que sus esposos tenían que vender o empeñar hasta las armas y el caballo. Narraban entre ellas la historia de la dama que dio tres vueltas al monasterio para encontrar un fraile, la famosa del maestro Pasquino, que atacaba por detrás a señoras y señores o la de aquélla tan melindrosa que no comía caracoles porque tenían cuernos.

¿Quién le enseñó a nuestro caballero a gastar tan sin prudencia, quién llenó su cabeza de tan torpes ideas? Estuvo a punto de ser condenado, si no fuera porque le dio el rey carta de perdón, en consideración a los buenos servicios que le prestara en tiempos pasados, desde que estuvo al mando del duque de Orleans. Andaba muy alcanzado de dinero porque en el juego no le iba bien, pues la costumbre de jugar, jurar y beber es difícil de echar al olvido. Un día, sin saber qué partido tomar, se fue a visitar al señor de Fayel, dueño de un castillo vecino, a quien su abuelo apreciaba mucho. Le dieron una comida fastuosa, además del propio hambre que él tenía, con servidores muy bien aderezados; se entretuvieron el huésped y su invitado entre el resplandor de los hachones, presidiendo la sala las armas y blasones de Fayel. Asistió la hija del señor, que se llamaba Juana y era de buena cara y pocos años, que son la mejor hermosura; se prendó de ella el caballero en cuanto la vio, teniéndola por la más perfecta hermosura que sus ojos habían visto. Tenía unos quince años y un rostro blanco y bien proporcionado; rubio el cabello y hermosos los ojos, perfecta nariz y pequeña boca, con menudos y blancos dientes, y la más dulce voz que en Francia había. Llevaba la doncella un manto bordado de armiño, y un hermoso cinturón de oro ceñía su cintura con destellos de perlas. Se extrañó el caballero de cómo los padres habían podido engendrar una tal maravilla, pues no eran hermosos, y en cuanto a la señora tenía las piernas como un hueso, el cuerpo como espárrago y la voz como tiple de capilla. Le pareció bien la doncella, no sólo para su deleite, sino para tapar los agujeros de su malhadada bolsa. Así que, en cuanto pudo y estuvieron a solas, tomó un cojín de brocado y se puso de rodillas, espetándole un soneto y doce redondillas hechas a las maravillas de su dama.

Al día siguiente, llevaba ella unas faldetas de damasco blanco y los cabellos esparcidos por las espaldas porque hacía mucho calor; y habiendo salido ambos a las afueras del castillo, ya que no

aparecía nadie a tan exquisita hora como era aquélla del anochecer, hubo que ver las trazas que usó el caballero suplicándole que lo dejara acariciarla, que no daría mayor picada que una mosca; pero la dama no quiso llegar a los brazos si antes no le daba palabra de ser su esposo. Aunque él quería agradar al señor de Fayel, le tiraba más la costumbre de la vida pasada; así, puesto de acuerdo con unos criados saltó por la noche las almenas y entró en la alcoba de la dama, hallándola vestida como si lo estuviera aguardando, con un brial de brocado verde; llevaba al cuello una gruesa cadena llena de rubíes y diamantes, y en la cabeza sobre los cabellos que parecían madejas de oro traía una corona de perlas muy gruesas, con piedras finas de mucho valor. Y como lo que le faltaba de prudencia le sobraba de manos, metiéndose dentro holgó a su placer, sin que más aquí se cuente, porque en semejantes actos no conformes a la virtud de la honestidad, debe el hombre pasar ligeramente.

Después de esto, hubo que tratar la boda muy aprisa; y como estaba conforme, el señor del castillo hizo que mataran cien pares de gallinas con muchos patos y diversas viandas; le dio al futuro yerno una cadena de oro que llevaba al cuello y un diamante que valía veinticinco ducados, además de un hermoso apartamiento en el castillo, ricamente ataviado con paños de oro y seda. Todos los invitados jóvenes acudieron a la boda vestidos de damasco blanco que significaba virginidad, y apareció el novio de damasco blanco con una cruz de san Jorge bordada, y encima una aljaba de grana. Llevaban los señores ropas de brocado carmesí forradas en armiños con cintos de oro y sombreros a la manera de Turquía. En cuanto a la novia, que estaba hermosísima, vestía un corpiño ajustado con mangas estrechas y falda recogida, y resplandecían sus cabellos como una cascada de oro. Mandó el señor del castillo que llamasen a los ministriles para que danzasen en la fiesta; hubo en el banquete pasteles y entremeses, muchas aves y diversas clases de asados, vinos y confituras, mientras los músicos tocaban y un bufón relataba la historia del preboste y la duquesa de Orleans, y del cabrón cornudo, como según dijo lo sería el marido con la ayuda de Dios y de su esposa, lo que hizo a todos mucha gracia. “Yo aprecio a los cornudos -dijo él-, me parecen hombres de bien y frecuento su trato, pero por la muerte que no quisiera serlo, y este es un punto que me preocupa mucho”.

Eran las sábanas y el cobertor de la cama nupcial de muy rico brocado, pero había bebido de tal manera el novio que en un cuarto de hora se vio con más ganas de dormir que de hozar. Hizo ella lo que pudo, sin conseguir con sus preparativos y remedios poner a derechas su deseo, pues era juego de pocos piques, que se le iba todo el tiempo en alzarla. De esta manera, como decía el Dante, su caballo anduvo cuatro veces hasta la mitad del camino antes de levantarse de la cama; y estando en estas pláticas no durmieron los dos, mientras los invitados se retiraban a dormir lo que quedaba de la noche. Pasaron los primeros días de su boda gustosamente, hablando de todo menos de lo oculto, que no se trataba, pues de noche el caballero se estaba

durmiendo a pierna suelta como si no fuera enamorado. Y es que se ha visto por experiencia en muchos no poder cuando querían, por haber abusado cuando podían, pues se le iba el tiempo en abrazarla. Ella, viendo el poco cuidado con que trataba el paquete y bastón común al matrimonio, al saber que sólo lo cubría de mallas para ir a la guerra, le rogó que en adelante lo cuidara bien y lo protegiera de otro modo.

En cuanto a los apuros económicos de él, no llevaban visos de resolverse, pues ese defecto difícilmente se puede enmendar; y como sus deudas eran muchas, a no ser por el suegro anduvieran él y su esposa con ganas de cenar y sin tener qué llevarse a la boca, salvo el agua fresca de la fuente que en sus dominios manaba. Apretado de deudas, tuvo que venderle al duque de Orleans una cinta guarnecida con cuarenta clavos de oro que su mujer le regaló; otra vez le ganó al juego cuarenta escudos de oro con que pagó a su acreedor, que era el propio guardia de la cámara del duque. Así andaban las cosas y, con todo, seguía encargando trompas de cuerno de bisonte con metales preciosos para sus cacerías, siendo su centro el bodegón y la taberna su punto de mira. Mas donde hay saca y nunca pon, pronto se acaba la bolsa, y él terminó enfangado, sin moneda ni forma de encontrarla.

Decidió entonces ponerse en camino a buscar fortuna: lo animaron algunos amigos y entre los más allegados juntó algún capital. Una mañana su paje lo ayudó a vestir, y oída la misa fue a visitar al suegro para decirle que partía. Dijo haber tomado la firme decisión de cambiar su vida desde ahora, pues si había vivido hasta allí con quietud, fue por los consejos que su joven esposa le daba. El anciano le respondió con mucha cordura: “Sea así, y venga lo que viniere, que a los osados favorece la fortuna”; y sacando de la faltriquera lo que llevaba, que serían como cincuenta escudos, se los entregó. A él le pareció muy bien, pues el dinero calienta y vivifica, y el que no lo tiene es como un muerto que camina entre los vivos.

Serían como las ocho del día cuando salió con ropas de abrigo y buena cabalgadura; y estando Normandía agitada por guerras entre las casas de Orleans y de Borgoña, él iba a la batalla tan neutral que no se metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de llenar la barriga. Eran las armas que llevaba una lanza de fresno de gran longitud y una maza de armas finamente trabajada, espada de hoja ancha dorada y cincelada en el pomo. Así fue como abandonó Juan de Béthencourt su morada, siguiendo las calzadas romanas junto a los peregrinos de a caballo y los burgueses que iban en viaje de negocios. Se cruzó con mensajeros y con las carretas de los campesinos; halló en su camino mozos que a nadie temían, viejos delincuentes que estaban fuera de la jurisdicción de los azotes; y mientras que él a caballo adelantaba muchas leguas, iban con trabajo los de a pie, llevando en carretas a los enfermos y lisiados y a las señoras en literas. Pasaba unas noches en posadas y hospicios mientras que otras dormía al raso, con mucho temor de los bandidos que asolaban los senderos de Francia. Atravesó ríos caudalosos, escaló montañas y vadeó riachuelos; visitó ciudades con sus tiendas y mercados, y no perdía

ocasión nuestro viajero de entrar con otros compañeros en las tabernas del camino.

"¡Es tan apuesto caballero!", decían las señoras, pues pasaban otros malolientes y groseros, y él era de buena educación y gran cortesía. Las posaderas le servían de comer, mandaban encender las antorchas y le daban mantas con qué abrigarse durante las horas de la madrugada, y alguna lo retenía hasta que volvía su marido. Una de ellas le puso un biombo para protegerlo del aire de fuera y le dio un lugar reservado donde poder hablar sin ser vistos; y habiendo comido y bebido a placer, casi olvidaba el caballero el verdadero motivo de su viaje. Tres cosas suelen matar al hombre que son las malas noches, las malas mujeres y los juegos de azar, y allí todos juraban y jugaban, robaban y sisaban. Y como él siempre fue desahogado, también lo era en el juego y en otras cosas que no son para decir, tales que hubieran sonrojado al más pintado, pues todos los vicios los padecía en el último grado de disolución. Se metió nuevamente en deudas de juego y tuvo que pagar, y así lo hizo como pudo y pasó adelante.

Por entonces oyó hablar de nuevo de aquellas felices islas que eran puente entre Europa y África, que los griegos llamaban elíseas y los fenicios tierras de júbilo. Según le dijeron, muchos navíos habían naufragado al buscarlas por las tempestades que había por allá. Le contó un marinero inglés que el lugar estaba muy al sur, y que nunca el rey de Marruecos se había aventurado tan lejos, por miedo al difícil acceso de los bajos fondos de las islas. Repuso Béthencourt que el hombre que se queda en casa a ninguna parte llega, y desde entonces tomó la decisión de viajar hacia el seno del mar Atlántico. Le hablaba el marino de otros muchos peligros, pero ello no lo atemorizó, pues aunque unos mueran en el mar, no por eso otros dejan de ir. Así, después de una penosa marcha pudo llegar a la Rochela, que era puerto de mar y depósito de las riquezas de Francia.

Anduvo por la ciudad con deseos de conocer y ser conocido y entró en una iglesia donde hizo su oración breve, y no sabemos si devota. Encontró allí a un caballero llamado Gadifer de la Salle, que aguardaba alguna famosa aventura y era hombre ingenioso y leal, honrado y noble, pero sin destino, empleo ni carrera; y dejo de referir todas sus flores, porque a decirlas todas lo tuvieran más por ramillete que por hombre. Se saludaron, preguntándose dónde iban, y estuvieron conversando cosa de media hora o algo más; él le preguntó al tal Gadifer a qué quería dedicarse, y el otro dijo que a buscar fortuna. Entonces Béthencourt le aseguró que se alegraba mucho de haberlo encontrado; le preguntó si quería ir en su compañía, contándole su empresa, y el otro se puso muy contento al oír lo que estaba proyectando. Hubo entre los dos muy buenas palabras que sería largo de contar, con lo que se hizo hora de comer y empezaron a beber a su honra, que nunca pensó Gadifer tener tanta. Dio Béthencourt nuevas instrucciones a su compañero, mandó que lo esperara por la mañana y dijo a su criado que comprase unas lenguas de vaca, cecina de jabalí, lomo en adobo, empanadas inglesas de venado, piezas de tocino de

tres dedos de grueso y otras cosas necesarias para el viaje.

Compró el criado la vianda y para ganar tiempo iba comiendo y andando, pues cada domingo devoraba un pernil de tocino entero, partiendo luego como un potro de carreras hacia la posada a por su amante. Mientras, se encargaba Béthencourt un vestido de camino, honesto pero no fanfarrón, para no dar motivo de murmuración en el barco. Con ellos se juntaron otros caballeros, entre ellos el franciscano Pedro Boutier y el clérigo Juan le Verrier, que eran paisanos de Gadifer y uña y carne con él. Amaneció, se vistieron todos y pagaron la posada, y habiendo llegado el plazo, porque viviendo todo se acerca, tomaron dos barcos con otros que los acompañaban. Todos hablaban de aquellas tierras que describe Homero en el libro cuarto de la Odisea como los Campos Elíseos, donde pasaban los hombres una vida dulce sin nieves ni lluvias, con un aire fresco nacido de las respiraciones que el océano exhala. Otros mencionaban la isla de Atlántida, que tras un horrible cataclismo se había abismado en el mar.

Pero volvamos arriba, no se nos quede olvidado decir que era Gadifer de la Salle más honrado que el dinero, pero flaco y desgarbado, y andaba por entonces hecho un espantajo, lleno de piezas y remiendos. Pero el que tiene compañía tiene señorío, y ahora los dos caballeros naturales del reino de Francia emprenderían juntos el viaje a las islas que los españoles llamaban Canarias, y que al parecer estaban habitadas por gentes de distintas razas y lenguajes.

Sabían que no eran los primeros en llegar, pues ya en tiempos de Roma unos pescadores de Cádiz llegaron a las islas para tomar esclavos. No hacía mucho tiempo que un navegante genovés llamado Lanzarote había visitado una de ellas, dándole su nombre y alzando allí una torre, donde vivió durante veinte años, hasta que los naturales le dieron muerte. Dijo Béthencourt que pensaba establecerse allí de por vida para comerciar con la orchilla, que era una púrpura muy apreciada en Normandía para teñir las telas; también deseaba hallar un árbol que nacía en las islas y que llamaban drago, pues con su jugo teñían los paños en Grainville-la-Teinturière. Alguien comentó que había en las islas unas tortugas cuya sangre curaba la lepra, y que un rey de Francia había usado este remedio; hubo en el barco malas lenguas, que nunca han de faltar, que aseguraban que el propio Béthencourt tenía necesidad de esta cura. Pero en cambio algunos marinos volvían de allá enfermos y atacados de un misterioso mal que llamaban fuego infernal, algunos tan mortales que tomaban posesión de siete pies de nuestra común madre, y otros quedaban de tal forma que a no cerrar los dientes se les saliera el alma por la boca.

Iba el caballero sin apartar la idea de tales aventuras cuando entró en su camarote un gentilhombre napolitano, quien dijo que conocía las islas, pues también Aragón y Mallorca, así como los andaluces de Sevilla habían visitado las Canarias, con lo que él quedó un poco chasqueado. Añadió el napolitano que habían quedado muy impresionados los andaluces por un volcán que en las islas había, y porque estaban éstas muy pobladas de pájaros. Al parecer, en una de

ellas que llamaban Hierro había árboles que destilaban un agua muy clara, que si se bebía de ella quedaban los alimentos digeridos, y los hombres con tanta gana de comer como si no lo hubieran hecho. Estaba compuesto el archipiélago de siete islas y seis islotes menores y sin habitar; había en ellas lapislázuli y otras extrañas cosas; y, según dijo, los españoles habían tomado cautiva a la hija del rey de una isla y a más de doscientos isleños, que luego vendieron como esclavos para instruirlos en la fe cristiana. Tanto hablaron que se les hizo la hora de cenar, y acudieron todos en torno a una tosca mesa que en el barco había. Dijo cenando el gentilhombre que había en las islas infinidad de cabras; que los vientos alisios soplaban allí vigorosos, y cuando lo hacían era preciso levar anclas y fondear en alguna bahía al abrigo de un promontorio. Era preciso defenderse y guardar las costas, pues muchos enemigos corsarios se dedicaban a robar en los piélagos de Neptuno.

Tenía Gadifer una cadena de oro puro que le diera un duque para pagarle sus servicios, y le nació a Béthencourt la codicia, porque además estaba bien labrada y con piedras de precio. Y como el que no se fía no es de fiar, en presencia de todos metió Gadifer la mano en el seno y sacó la cadena de oro, de la que estaba orgulloso. Se la entregó confiado y el otro la tomó sin rechistar, la guardó en su bolsa y prometió que le entregaría ciertas joyas a cambio, pues dijo que le eran embarazosas para un camino tan largo. En buenas manos estaba el pandero, que lo sabría bien tocar; pues en cuanto pudo buscó en el barco un comprador, y después de empeñar la cadena pensó comprar en España enseres y vituallas para el camino que faltaba.

Eran los bajeles que llevaban de dos mástiles, demasiado pequeños para aguantar la mucha carga, y necesitarían muchos días para llegar a las islas. Para soportar los fuertes vientos debían ser las naves muy agudas en proa y en popa, y aplastadas en el centro, pues podía alzarse tempestad con mucho peligro para todos. Otros habían naufragado antes, y un barco que se hizo a la vela se había ido al fondo con caballeros, soldados y cofres de oro, por ser la nave hecha con planchas ajustadas y no superpuestas.

Habían salido el primero de mayo, dejando en el puerto madres que se lamentaban por sus hijos, casadas que lloraban sus maridos y solteras sus amantes; y yendo con viento en popa y gran bonanza doblaron el cabo Finisterre, siguiendo la costa portuguesa. Más tarde replegaron el rumbo y siguieron hasta Sevilla por el puerto de Cádiz, sin haber hallado en el camino enemigos que los perturbaran ni tormenta que los inquietase. Era muy diestro el piloto que llevaban, por lo que pudiera ocurrir; viajaban como capellanes los dos clérigos mencionados, pues es necesario que la misa la diga algún cura, aunque piensen muchos que al fraile hay que mirarlo de lejos, con perdón, pues debería rezar y callar. Además, los dos religiosos se ocupaban de escribir el diario del viaje que les dictaba el caballero Gadifer. Llegado Béthencourt al puerto de Cádiz llevó tras él un batallón de gente popular apellidándolo a voces espía y corsario, pues hubo

discusión con unos mercaderes de Sevilla que lo acusaban de haberse apoderado de sus barcos. Así que lo encadenaron y faltó poco para que lo ahorcaran en caliente, abandonándolo muchos que lo habían seguido.

Mientras, su esposa Juana de Fayel se encontró sola en Francia sin que nada le hubiera dejado su marido, pues la que se casa por amores termina casada con dolor. Envió a España a un mensajero para pedirle cuentas, y el caballero no tuvo más remedio que entregarle a su media naranja la cuarta parte de las tierras que tenía. Bien pensó que las podía ceder, pues no le quedaba ninguna y mal puede dar el que no tiene, ya que un año antes de partir se las había vendido a su primo Robín de Bracamonte. Sirva de advertencia a mis oyentes esta pintura en vivo de lo que a algunos de este jaez sucede; pues la dama, apoyada por su padre el señor de Fayel, logró que la sentencia le fuera favorable y le hicieran efectiva la suma de sesenta libras que él le había prometido; que no hay mujer que cuando mea no se pea, con perdón de las damas presentes.

Con una razonable borrasca llegó por fin la flota desde Cádiz hasta la isla de Alegranza, y tocaron la isla Graciosa, habiendo durado dos meses el viaje desde que dejaron Normandía. Se les habían juntado en Sevilla soldados de diferentes partes, que pensaban hallar cosas muy grandes si Dios era servido, y daban gracias a Dios que todo lo ve y lo conoce. Bajaron a tierra en la primera gran isla que hallaron, llamada Lanzarote; y viendo los vecinos de aquellos lugares gente extraña en sus tierras, se juntaron en la playa llevando finos dardos, lanzas de madera y cuchillos hechos de pedernal, que llamaban ellos tabones. Otros tiraban piedras o usaban garrotes, espadas y escudos de madera de drago de una gran ligereza, mostrando en sus escudos y rodelas divisas pintadas en blanco y en rojo de almagra. Parecían valientes y diestros; llegaron otros por las cimas llenas de pinares, y gritando en su lengua al ganado lo revolvieron contra los franceses, que se vieron en un gran aprieto.

Hallaron en la isla aves muy raras y nidos de pardelas, mayores que las gaviotas; siguieron camino hacia el sur y llegaron a Fuerteventura, que los griegos llamaron Planaria por la poca elevación que tenía. Ocupaban los naturales torres fortificadas y cuevas; vivían otros en tubos volcánicos que habían dejado las lavas y ellos dividían con tabiques, abriendo pozos de agua salobre. Eran las piedras sus mejores armas y las lanzaban con tal habilidad que desbarataban las narices. Tanto hombres y mujeres eran robustos y adornaban su cuerpo con tatuajes y pinturas, usando ellas vendas de cuero teñidas de rojo para sujetar sus trenzas. Algunos varones llevaban la barba cortada en punta y, sobre los largos cabellos, un bonete de piel con tres plumas de adorno.

Se reunían los hombres en la cima de un monte con otros compañeros; lanzaban piedras con gran fuerza, esquivando los golpes con mucha habilidad. Medían sus fuerzas con varas hechas de acebuche, y acabados los juegos escalaban juntos las montañas,

clavando en la cima gruesos troncos de tea. Subía el príncipe real sobre una piedra con su más peligroso contrincante; llevaban ambos lajas de piedra delgadas y finas entre los dedos de las manos, y con ellas trataban de herirse. El que perdía gritaba a su adversario la palabra “gamá”, que era pedir misericordia, y la lucha acababa, quedando ambos como hermanos de sangre. Contaban que en una ocasión, un noble había retado a un compañero a que hiciese lo mismo que él; subiendo a un elevado risco se dejó caer al abismo, y el otro lo siguió sin dudar, muriendo los dos.

Saquearon los franceses un poblado vacío donde hallaron la casa del rey hecha con maderas de tea, tan bien ajustadas que no podían verse las junturas. Pudieron admirar objetos de obsidiana procedentes de los volcanes y piedras muy finas a modo de navajas, que usaban sus médicos para sangrar a los enfermos. Divisaron a dos hombres armados con gruesos garrotes y lajas del más afilado pedernal, que encima de unas rocas se lanzaban guijarros y los esquivaban sin mover los pies, peleando hasta que quedaron agotados. Luego vieron al rey, que llevaba una corona como mitra de obispo hecha de cuero de cabrón y conchas marinas. Éste, habiendo tomado confianza, cambió varias clases de frutos por objetos de metal que ellos no conocían. Supieron que era costumbre de aquellos naturales ceder el lecho de la esposa a los huéspedes; eran sus mujeres hermosas, ungidas con jugos de flores, y sus camas de helechos con sábanas de pieles. Como los ejecutaba el sueño no pudieron madrugar y se quedaron en la cama hasta las nueve del día, permaneciendo en tan buena compañía hasta la sobremesa. En su caminar por la isla hallaron cultivos de piñas y mocanes, madroños y moras de zarza; vieron laureles corpulentos, tilos espesos y pinos de madera roja, tan grandes que con la madera de uno se hubiera podido construir una iglesia. Comieron tórtolas, codornices, perdices y palomas que cazaron, y con gran placer pudieron degustar exquisitos moluscos marinos.

Llegaban por aquellos días arenas saharianas arrastradas por los vientos de África; estaban todos sobre aviso por lo que pudiera suceder, pues aunque los naturales parecían amigos, llegaban trece por docena como azote de escuela. Marchaban algunos franceses con los ojos encarnizados, dando traspiés y reverencias por causa del vino de palma; y miraban delante para no caer hacia atrás, llevando por todo equipaje zamarrones y bolsillas de cuero para guardar sus menudencias.

Habían pasado varios meses desde que mosén de Béthencourt salió de Grainville y pasó a la Rochela, y luego en un navío llegó desde las costas de España a la isla de Lanzarote. En esta isla mandó levantar un fuerte que llamó Rubicón, saliendo luego para Fuerteventura, donde vivía ahora tan bien como perro capado. Pero estaba impaciente y codicioso por mejorar su posición, y viendo que no bastaban sus fuerzas para conquistar aquellas islas determinó volver a España y obtener allí soldados y pertrechos. Decidió visitar sin tardanza al rey don Enrique de Castilla; dejó al mando de todos sus

hombres al caballero Gadifer, y del fuerte Rubicón a su amigo Bertín de Berneval; pero en esto pasaban semanas en que la bolsa menguaba, las rentas faltaban y las cosas iban en las islas de mal en peor.

Pasó Gadifer al islote de Lobos a cazar animales marinos para renovar los calzados de todos los suyos, pues andaban los franceses descalzos. Aprovechando la ocasión comenzó Bertín sus intrigas contra el compañero, mientras los naturales llevaban a cabo muchas escaramuzas y fervorosas embestidas. Había llegado una nave española llamada Tajamar, y trató Bertín con el capitán del navío para hacer prisionero al rey de la isla y venderlo a los españoles con muchos de los suyos. Líbrenos Dios cuando se juntan poder y mala voluntad, pues vendieron también a varias mujeres francesas que fueron violentadas y abandonadas en la playa. Gritaban algunas que las dejaban muertas, y estaban en vísperas de ello; otras se desmayaban, pidiendo a voces: "¡Confesión, confesión!". Saqueó Bertín el fuerte Rubicón, y abandonando a sus secuaces salió para España. En cuanto a los traidores, que temían con razón el castigo, robaron una barca a Gadifer; en ella abordaron las costas de África, muriendo algunos en la mar y otros en manos de los sarracenos. Así pagaron con creces sus culpas, y era enternecedor el arroyo de sangre que salía de la boca de algún desquijarado.

Cuando Gadifer pudo volver al fuerte Rubicón vio que Bertín se había llevado los arneses, víveres y armas; estaban los isleños furiosos por la traición que Bertín les hiciera, aunque su rey había conseguido escapar. Llegó por entonces de España una barcaza con ochenta hombres que envió Béthencourt; salieron los franceses a recorrer las islas con ella, y el que más y el que menos comenzaba a gritar que lo asesinaban; pues se agotaban atravesando bosques, zarzales y praderas, se embarraban pasando los fosos y se llagaban entre los espinos, acompañándoles doscientos cardenales sin que a ninguno llamaran señoría. Todos se empezaban a escarapelar, pues volver era imposible y pasar de allí dificultoso; y después de cada acometida de los naturales, se veía por allá una mano y por acá un pie. Disimuló mosén Gadifer tres o cuatro chichones que tenía y se detuvo un rato, pues marchaban algunos tan heridos que ni conocían lo que pasaba, y estaban otros de tres dormidas como los gusanos de seda. Y si hubieran sido tan hábiles en los alcances como en las huidas, estuvieran escabechados a puros laureles.

Mientras ellos costeaban las islas para volver al fuerte Rubicón, Béthencourt en España trataba de obtener más ayuda, por si de la próspera pasaba a la adversa. Se encontró con el rey en Sevilla, que era antigua ciudad y cabeza de Andalucía, asilo de extranjeras naciones y madre de claros ingenios. No le faltaron entretenimientos ni oficios, comisiones y otras cosas honrosas; lo recibió el rey muy contento en una pieza de palacio con una mesa ricamente ataviada, el cielo todo entoldado con paños de brocado azul, y ángeles vestidos de blanco con diademas de oro en las cabezas. Pues cubrían las salas de palacio con paños trabajados en seda y en hilo de oro de gran valor,

acompañando al rey muchas trompetas y tamboriles.

Iba el caballero pisando tieso y mirándose a los pies, de punta en blanco y con una camisa toda bordada en figuras de rueda de santa Catalina. Los españoles se vistieron de rojo con ropas de grana; pusieron tribunas y una rica silla de plata para la ocasión, y llevaba el rey ropa de terciopelo negro forrada de martas con el escudo de Castilla. Hizo el caballero Béthencourt un corto discurso, que por no gastar el tiempo no duró más, pues era tan tacaño que dormía siempre de un lado por no desgastar las sábanas.

Estuvo en un tris de salir mal por no querer casarse con una dama, que lo acusaba de haberle quitado la honra con palabra de casamiento, sin reparar el caballero en que eran obras hechas en pecado mortal. No hubiera cambiado su buena suerte por la que tuvo Alejandro Magno, pues hubo un pregón en Sevilla presentándolo como rey de las Canarias, y el rey le dio permiso para acuñar moneda. Andaba más hueco que una campana, sin acordarse de su compañero, pues cuando iba a palacio se olvidaba de todo lo demás. Estaba en cambio Gadifer disgustado, pues faltando el dinero comenzaba a desesperarse. Al fin volvió Béthencourt a las islas con la calidad de señor de todas ellas; desde ese momento no cesaron las disputas, pues había padecido mucho Gadifer, y habiendo salido de Francia como iguales, el rey de España había puesto al compañero por encima de él.

En cuanto al caballero Béthencourt, aunque seguía su esposa viviendo en Normandía, hacía muchos meses que no sabía de ella, y pensaba incluso que podía estar muerta. Una mañana, antes de amanecer, se alejó caminando entre la maleza de los álamos, a una legua del fuerte Rubicón; y llegando junto a la entrada de una cueva, vio bañándose en un arroyo a Isabel la Canaria. Y aunque las canas con que escapó de las batallas no le permitían andar como antes en peligrosas empresas mujeriles, todos saben que pueden más dos tetas que un par de carretas, y ella estaba desnuda. Estaba el caballero amartelado, pues cuando el amor se apodera de las canas es dificultoso echarlo de ellas.

Le envió recado de si quería verse con él en lugar seguro para hacer el particular; y siendo la noche algo oscura como era menester, entraron en un aposento tan bajo que andaban por él como quien recibe bendiciones, con la cabeza gacha; y viéndose solos le dio un sobado de dedos que parecía que maduraba brevas, jugando un rato a los muñequitos en las bajas regiones. El la recibió en sus brazos y ella le pagó con lo mismo, pues sin negarle favor lo dejó contentísimo. Durmieron en cueros, poniendo las manos donde tenían que estar las hojas de higuera, lo que dio lugar a que aquella misma noche ella quedara encinta.

No tardó él en abandonarla; lo que había pecado ella por carta de más lo purgó por carta de menos, pues la mujer que pierde la honra nunca podrá recuperarla, y con esto quedó licenciada de puta. Y más, porque todos sabían que era cristiana y bautizada con el nombre

de Isabel la Canaria.

Andaba el diablo entre los dos compañeros; en fin, las cosas llegaron a un punto en que ambos decidieron ir a España, porque se quejaba Gadifer de que el otro no le daba una higa por no extender la mano. “Tengamos paz y viviremos muchos años -decía Béthencourt-, y al alzar los manteles haremos cuentas”. Añadía que Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, pues de las riñas nace el odio, del odio la envidia y de la envidia la disensión. En cuanto acababa de comer y alzaban la mesa, enseguida Béthencourt volvía a sus habitaciones; le entraban ganas de orinar o se le aflojaban los cerraderos del vientre antes de entrar en la cámara, con lo que hacía lo que debía y se iba a la cama.

Podrán colegir sus mercedes que tenía la conciencia más ancha que ventero; por ello se decidió Gadifer a abandonar las islas y marcharse a Sevilla, pues en aquella gran ciudad pensaba quedar libre de aquella insufrible vida. Así que viajaron los dos, cada uno en un barco; pasó adelante Gadifer, yendo a parar en uno de los mesones de la plaza y jurando no volver en su vida a las islas. Mientras, oía el compañero en la corte palabras de alabanza, pues para los aduladores no hay rico que sea necio, ni pobre que sea discreto. Y como más aprovecha la diligencia que la ciencia, en cuanto salió Gadifer hacia Francia, él se dio prisa en volver a las islas Canarias.

***

Puso así micer Jacobo fin a su disertación, que aunque fue larga dejó a su auditorio más dispuesto a reír los despropósitos que había dicho que a llorar las desgracias; no hubo mujer en la reunión que al oirlo no hiciera la señal de la cruz, como si vieran a todos los demonios del infierno juntos. “No os asombréis por estas cosas -dijo el conde de Nimes-, porque los que hemos estado en Alemania y en Italia hemos visto cosas tan increíbles, que las que aquí se han dicho no son más que inocentes pecadillos”. “Creo -dijo la señora Margarita-, que nunca hay placer verdadero si la conciencia no está en paz”. Quiso el abad de Roncesvalles que llegaba, conocer el motivo de aquella reunión; y, cuando se lo relataron, dijo: “Bien está, pero señores, sugiero que se vayan todos a comer y, después de descansar un rato, podéis regresar a vuestro pasatiempo”. Así que después de haber comido y reposado un poco en sus habitaciones, volvieron a encontrarse en el huerto del monasterio según habían acordado la víspera; parecía que el tiempo favorecía su propósito, pues era tan fresco y agradable que hubiera sido necesario un micer Boccaccio para poderlo describir.

Cuando todos se acomodaron en el natural asiento de la verde hierba, ante la sorpresa de sus compañeros, el joven franciscano llamado fray Francisco se levantó de donde estaba reclinado, diciendo: “Ruego permitáis que yo siga, porque conozco ciertos hechos relacionados con lo que aquí se ha expuesto. Sobre todo, conozco muy bien la historia de una princesa de las islas llamada Achinech, que

luego bautizaron en España con el nombre de Isabel la Canaria”. Todos estuvieron de acuerdo, y dijo la señora María: “Debéis comenzar cuanto antes, pues ansiamos escuchar la historia de la princesa que decís”.

Se cuenta cómo nace en las islas la princesa Achinech, que con su hermana gemela es hija del rey de aquellas tierras. Se desposa muy joven y tiene un hijo, que muere, y de cómo su joven esposo muere también en lucha con un fiero tiburón. En una incursión los piratas la apresan y la llevan a España, donde en Sevilla es bautizada y aprende la lengua castellana. Unos caballeros franceses la llevan de nuevo a las islas, para que les sirva de intérprete con los de su país.

"Se acercaba al abismo con temor a caer, se inclinaba sobre la cueva que llamaban del Hielo, que en su fondo de peñascos quemados contenía vetas de cristal bajo el frío techo de carámbanos. Eran sus aguas tan puras que la niña podía distinguir claramente el lecho de pequeños guijarros. Los vientos y las lluvias habían tallado grutas en el acantilado, bajo el poblado de sus antepasados con sus cimientos sobre el abismo. Llamaban los suyos a la isla Tenerfix y tenía en su centro una alta montaña rodeada de grandes barrancos con bosques de dragos antiquísimos. Vomitaba el volcán trozos negros y brillantes de piedra de obsidiana y llegaban ríos de lava hasta el mar, dejando a su paso malpaíses donde crecían líquenes, cardos y tabaibas. Azotaban las olas el litoral y el cráter lanzaba masas de escoria y cenizas; sus bocas más bajas llenaban de lava las aguas, formando cuevas submarinas donde se movían lentamente los ciegos crustáceos.

Años antes, el volcán Echayde había vomitado lava durante cinco años por más de veinticinco bocas. Los habitantes de la isla se habían refugiado en el mar, mientras las gigantescas olas alcanzaban las casas y las explosiones submarinas acababan con miles de peces, que mostraban al aire sus vientres hinchados. En este mundo de arenas voladoras había nacido Achinech, arrullada por los vientos alisios; era su padre el rey Taoro, y el Gran Faicán su sacerdote y consejero. Había escuchado de su aya relatos de otras islas más dulces, que su padre visitaba a menudo, pero era ella demasiado pequeña para poderlo acompañar.

La princesa y su hermana gemela amaban a la mujer que las había criado, de quien mamaron la primera leche. Era el aya de la tribu menchita y tenía, como todos los suyos, una gran cabeza y las cejas muy pobladas; adoraba a las niñas, hubiera dado su vida por ellas y matado a cualquier hombre que osara mirarlas. Con ella aprendieron a hacer fuego con palitos menudos y a tejer lindos biombos de cañas y esteras de palma teñidas de colores, así como a modelar figuras de arcilla para decorar la casa del rey.

Sabía Achinech que su madre había muerto al dar a luz a las gemelas, y aprendió del aya los nombres de sus antepasados. Ella curó sus enfermedades infantiles con jugos de plantas y raíces de helecho; les mostraba los silbidos que usaban los pastores de la isla, o les fabricaba lindos sonajeros con piedrecillas encerradas en conchas de

mar mientras Tanasú, el esclavo eunuco, las distraía con una dulce música que extraía de una caracola de mar.

Era feliz Achinech con su gemela Betanguay. Sabía que al principio de los tiempos Dios había creado a los hombres y mujeres de la tierra y el agua, dando a unos los ganados y destinando a otros a servirlos; desde entonces, los villanos estaban obligados a servir a los nobles. A los privilegiados les concedía el rey desde niños la vara sagrada que llamaban magado, como distintivo de su clase; y cuando una muchacha noble se iba a casar, le entregaba ricas esteras y cobertores de pieles para los fríos del invierno.

Crecía la princesa sana y robusta, la piel blanca y los ojos vivos y grandes, glaucos como el agua del mar en un día tranquilo. Cuando llegase el momento la casarían con su hermano Achimenchía, un muchacho fuerte y moreno, de largos y abundantes cabellos, rostro alargado y unos ojos oscuros y hermosos.

Había en la isla una casa muy bien decorada en que educaban a las doncellas nobles; estaba gobernada por una anciana maestra, que ayudada por las vírgenes sagradas enseñaba a sus alumnas los conocimientos propios de su estirpe, cómo comportarse ante el rey y coser las ricas pieles que vestían. Y si alguna se portaba mal, la anciana daba azotes en el suelo con un puñado de varillas, con lo que quedaba la culpable llorosa y enmendada.

En tiempo de sequía ayunaban las vírgenes con grandes alaridos; con ellas acudían las gentes de la isla hasta el mar, golpeando las aguas con ofrendas de palmas. Guardaban ellas en una capilla la imagen del dios Alcorán, en forma de un hombre de piedra desnudo, que tenía cubiertas sus vergüenzas con hojas de palma trenzadas y sostenía una bola en la mano. En torno a él cantaban y danzaban, derramando leche y manteca. A fin de aplacar al volcán, llevaban las vírgenes vasijas de barro llenas de leche y miel, y guirnaldas de flores para complacer al espíritu malo que habitaba en su fondo. A menudo se les aparecía el diablo en forma de perro muy grande y lanudo, y en los llamados bosques de deleite hablaban con los espíritus de los arrepentidos, que andaban vivos y encantados hasta que purgaran sus culpas.

Cuando una mujer de la nobleza paría, las vírgenes lavaban al niño y lo bendecían con abluciones. En los días sagrados iban a bañarse en el mar, y si de camino encontraban a un hombre, estaba obligado a esconderse bajo pena de muerte. Si un noble infringía la ley lo castigaban a medianoche y con secreto; pero si se trataba de un plebeyo, todos acudían al juicio. Al ladrón de ganado le sacaban un ojo por el robo del primer animal y dos por el segundo; si era más grave el delito, lo tendía el verdugo en una losa plana y descargaba una gran piedra sobre su cabeza. Eran considerados los verdugos como gente soez y sus familias despreciadas como lo más bajo del pueblo; no podían comer con los otros, nadie podía mirarlos de frente y menos casarse con sus hijas.

Los siervos extraían de las profundas minas piedras de

basalto y obsidiana para tallar los ricos ajuares con que enterraban a los muertos. Los operarios fabricaban pequeños objetos y cuchillos para el uso del rey y los nobles, así como collares de maderas preciosas y pieles teñidas con sangre de drago para las señoras. En el buen tiempo, las siervas recogían flores para teñir los ropajes de las princesas y las favoritas del rey.

Tan saludables eran los aires que muchos ancianos de la isla no conocían la enfermedad; pero si alguien enfermaba, los médicos reales lo sanaban con finas agujas o con incisiones en el cráneo. Como nacían muchos y morían muy pocos, en tiempos antiguos un rey había ordenado sacrificar a todos los hijos, menos el primogénito; entonces sus dioses, irritados, habían azotado la isla con una mortífera peste.

Los más ancianos se volvían melancólicos y pedían a sus parientes que los dejaran morir. Para darles gusto, ellos los llevaban a la cueva que habían elegido, donde se reclinaban en un catre sobre unas blandas pieles, con tan sólo un cuenco de leche al alcance de la mano. Entonces los familiares sellaban la entrada, para que nada turbara las últimas horas de su vida ni el triste letargo de su alma. Para enterrar a sus muertos los secaban primero, les sacaban las vísceras y todo lo interior, dejando cabellos y partes genitales. Después de haber lavado el cuerpo lo vendaban con fuertes correas, cociendo plantas aromáticas que los conservaban durante muchos siglos con la piel flexible y de buen color.

Se ocupaban los hombres en el campo de las tareas otoñales, mientras que en el verano recolectaban las mujeres. Hacían todos rogativas para que llegaran las lluvias y, mientras ellas entonaban canciones rituales, ellos blandían en el aire zumbadores con cuerdas, haciendo mucho ruido para ahuyentar a los malos espíritus. Recogían ellas las espigas, las aplastaban con los pies y las aventaban con las manos. Araban los hombres la tierra con ganchos de palo que llevaban atado en la punta un cuerno de cabra. Los niños recogían las bellotas y dátiles, guardando las dos clases de cabras que había en la isla: unas de pelo corto y otras largo y rizado, con el que se hacían los vestidos. Apacentaban las siervas las cabras y ovejas, extraían la miel de las colmenas salvajes y recogían higos y mocanes. Mientras, los vientos de levante que llegaban de África traían suspendidas cálidas arenas, que a veces transportaban con ellas el huracán y la langosta.

Por entonces, una violenta enfermedad acabó con la vida del aya. A diferencia de otros siervos, le hicieron un túmulo tan alto como el de una dama principal y ofrecieron las princesas un rico ajuar para adornar su tumba. Prepararon el cuerpo como el de un miembro de la familia real; para secarlo, unas siervas le vaciaron el vientre, la lavaron dos veces y la untaron con manteca. Rellenaron el cuerpo con carcoma de pino y brezo, lo regaron con polvo de piedra volcánica y lo perfumaron con aromas. Luego la envolvieron en pieles de cabra, y en una tumba circular pusieron el féretro que cubrieron con lajas, rodeándolo de gruesas piedras para librarlo de los cuervos.

Crecía en la isla Achinech y amaba los vientos y las aves, la

mar que en tiempos de sus antepasados trajo a las islas las primeras semillas; en invierno, cuando finos carámbanos pendían de las ramas de pino, ella recorría las tierras vestida con pieles muy ricas, con un gorro de cuero pintado de vivos colores. En verano vestía faldellines de junco y hojas entretejidas de palmeras, hechos con tanta sutileza que no se notaban las costuras. En los días de fiesta adornaban sus ropas piedras de colores y conchas irisadas, y usaba adornos hechos con garras de animales, y un manto de tela pintado en vivos colores. Llevaba el cabello en largas trenzas, que alisaba con un hermoso peine hecho con espinas de pescado.

Cuando una doncella noble se quería casar, el rey la cataba primero y era luego padrino en la boda. Permanecía la novia en la cama durante más de treinta días tomando gofio y leche a todas horas, pues tenía que ir bien alimentada al matrimonio para concebir hijos robustos, siendo el primero engendrado por el sacerdote o el rey. Los amigos del esposo hacían juegos de torneos y guerras, y había luego recepción de muchachos que aspiraban a la nobleza. Para ello, era indispensable que nunca hubieran entrado en los corrales a ordeñar las cabras, ni los hubieran visto haciendo trabajos serviles. En la ceremonia juraban respetar las leyes, pues si no lo hacían les raparían la cabeza. Se daba el caso de que una mujer tuviera tres maridos; ellos se turnaban en la cama, y mientras uno la complacía, los otros dos los servían durante una luna.

Cuando Achinech estuvo en edad de casarse, las fiestas de esponsales fueron tan brillantes y largas como nunca se celebraran en la isla. Vestía la novia largas y hermosas pieles y recibió valiosos regalos, hechos en ébano y maderas teñidas. Su padre mandó excavar una vivienda abierta a una gran plaza, protegida con gruesas puertas labradas por los mejores carpinteros. Eran sus paredes sin un solo defecto, hechas con troncos de palmeras muy anchas y ajustadas. Sujetaban el techo grandes vigas de madera de cedro, incorruptibles a la humedad, y estaba el suelo enlosado de lajas de pizarra. Era la casa cuadrada, con amplios aposentos que formaban un complicado laberinto, y lumbreras por donde entraba a raudales la luz; trazaron los maestros albañiles una capilla para honrar a su dios, siendo la entrada a la vivienda un callejón estrecho, para mayor seguridad.

Para el convite prepararon los siervos una gran cantidad de guarapo que extrajeron al anochecer de ciertas palmeras, a fin de que el sol no agriara su jugo. Lo recogieron en vasijas y por la mañana temprano lo llevaron a la casa del rey, sin que luego pudieran sangrar las palmeras al menos en dos o tres años. Para festejar el casamiento hicieron las doncellas sonadas con manos y pies, todo muy a compás, y bebieron todos zumo fermentado de palma y mocán. Hubo en abundancia miel de abeja, higos servidos en cestos de palma, tortas de trigo y de cebada, y el dulce guarapo hecho con miel de las palmeras. Bebieron arrope de mocán que limpiaba los cuerpos y vino de cereza silvestre, y como final del refrigerio se sirvieron piñones y moras, raíces de helecho y varias semillas exquisitas, que tomaron con cubiertos de

obsidiana los muchos invitados que llegaban de las casas y cuevas, excavadas en las lomas más altas.

Pasaron los días, y Achinech quedó encinta de su esposo y hermano Achimenchía. Cuando iba a parir vinieron las matronas, y cuando llegó al mundo un varón vertieron agua sobre su cabeza en memoria de san Brandón, que había predicado en las islas en tiempos muy remotos. Con el tiempo, el hijo de Achinech se fue haciéndose alto y espigado. Bajaban ambos a las playas inmensas, se dejaban caer en las dunas riendo, mientras el mar embravecido estallaba en la arena con rugidos de cataclismo. Nadaban entre rocas, mientras bajo el agua las actinias balanceaban sus finos tentáculos de un color verde claro que se hacía rosado en las puntas. Unos rojos animales marinos parecían en las rocas heridas abiertas, y en las hendeduras se protegían los oscuros erizos, formando colonias apretadas o esparciéndose sobre las rocas sumergidas.

Un pez fosforescente cruzaba, aleteaba un momento cambiando de dirección, y aparecía una bandada de peces diminutos como escamas de plata, hundiéndose en una grieta profunda. El sol formaba una lámina de acero sobre la superficie y le parecía a Achinech estar dentro de una urna de cristal de roca donde no llegaba más ruido que el batir de las olas o el resbalar de la arena; y dejando este mundo deslumbrante se tendían ambos boca abajo en la playa, mirando muy de cerca los granos menudos que brillaban de todos los colores, pues el sol los hacía resplandecer y parecía aumentar su tamaño, igual que hacía con las motas de polvo volcánico que flotaba en el aire.

Eran arenas grises que vistas de lejos formaban una masa compacta y oscura, y observadas de cerca parecían fragmentos de piedras preciosas; algunas brillaban más que otras como pequeños soles entre sus compañeras, y había fragmentos de conchas marinas, restos diminutos de caparazones de erizos de mar y cristales verdes donde el batir de las olas había redondeado las aristas; eran blanquecinos si estaban secos, pero si se mojaban con saliva estaban salados y se transformaban en verdes esmeraldas en la palma de la mano.

Las olas no batían en los entrantes, tan sólo rozaban con un rumor de seda las arenas oscuras; ambos pasaban horas buscando entre la arena conchas de nácar blanco con irisaciones, rosadas como la aurora, o bien de un amarillo intenso, ligeras como si al agua las hubiera gastado; y si se masticaban eran blandas y se deshacían entre los dientes, dejando un polvillo de yeso.

En la playa los pescadores habían prendido fuego a un tronco grueso que humeaba; todo lo largo apoyaban sardinas ensartadas en varillas, y en el anochecer sobre el violeta del mar se alzaba la humareda crepitante, llegando hasta ellos el olor de las sardinas asadas. Mientras Tanasú, el esclavo de Achinech, se bañaba desnudo; volvía luego y retiraba del tronco las que estaban hechas, entregándolas a la madre y al hijo como si llevara a cabo un mágico

rito. Llegaban pescadores desnudos también, en las manos unos finos dardos y las piernas abrazadas de pulpos, y empezaban a despegar los tentáculos de las piernas mientras Achinech y su hijo seguían buscando piedrecillas de formas caprichosas.

A veces diluviaba, y todo el mundo se guarecía entonces en las cuevas naturales o bajo las palmeras de la playa. Pescaban los hombres con anzuelos de hueso sujetos con cuerdas hechas con tomizas de palma. Mientras, los más fuertes buceaban usando con habilidad los arpones, y las mujeres tejían las finas redes de junco cosiéndolas con agujas de hueso o espinas de pescado.

En la bajamar, niños y grandes bajaban a mariscar y a comer el marisco; dejaban a su paso valvas amontonadas y partían por igual lo pescado, dando doble ración a las lactantes y preñadas. Algunos vigías montaban guardia en las rocas para mostrar a los otros los bancos de peces; entonces tomaban con las redes numerosos chicharros, lisas y pequeñas sardinas. Rodeaban entre todos las redes por su parte externa y azotaban con varas la mar; y haciendo ruido con piedras bajo el agua, obligaban al pescado a ir hacia la orilla.

Mas no duró mucho la alegría, porque el pequeño de Achinech contrajo una extraña enfermedad que lo llevó a la muerte y ni el mencey, su abuelo, pudo hacer nada para salvar su vida. Secaron su cadáver según la costumbres de la isla; como a hijo de rey lo vaciaron, y poniéndolo en un cesto hecho con hojas de palmera lo expusieron al sol. Por ser varón le extendieron los brazos a lo largo del cuerpo, cubriendo el ataúd con ricas pieles marcadas con la insignia de la casa real; y con gran sutileza cosieron las piezas, usando correíllas de forma que no se viera la costura.

Enterraron su cuerpo junto a los infantes y los hijos de reyes, en la ladera de un profundo barranco; desde arriba lo izaron varios hombres con cuerdas, cegaron la entrada de la gruta con piedras naturales y la disimularon lo mejor que pudieron. Había en las cuevas vecinas cuerpos de otros niños con menos dignidad y algunas mujeres enterradas con ellos; en cuanto a los plebeyos, estaban fuera de las cuevas cubiertos apenas con unas pocas piedras de volcán.

Siguió la vida en el lugar; se ocuparon los hombres de las tareas otoñales y luego en el verano recolectaron las mujeres. Trataba de olvidar su desgracia Achinech apacentando con las siervas sus cabras y ovejas, y ellas le ofrecían miel de las colmenas salvajes y le llevaban de regalo higos y mocanes. Pasó un invierno y llegó la primavera. Destacaba el príncipe Achimenchía entre los buceadores de la isla, pues era astuto y hábil; saltaba entre las rocas con gran ligereza y era capaz de romper sin esfuerzo el más fuerte escudo de madera de drago. Aquel funesto día el príncipe descansaba tranquilo sobre la arena de la playa; unos pescadores llegaron nadando a unas rocas para mariscar, y estando lejos se vieron cercados por una bandada de enormes marrajos. Con sus gritos alertaron al esposo de Achinech quien, desconociendo el temor, se arrojó al agua abrazándose al más fiero de ellos. Los hombres le gritaban que se alejara de allí; huyó el

resto de la manada ante las voces de los pescadores y las sacudidas del gran pez, y mientras los suyos se pusieron a salvo, él no pudo soltarse. Quedaron las aguas teñidas de rojo; del cuerpo no pudieron hallar sino la cabeza, que guardaron en un ataúd de tea incombustible, llevándola a un risco sajado donde nunca nadie podría llegar. Dejaron a su perro junto a él; hubo banquetes funerarios a la luz de la luna y hogueras que alcanzaban el cielo, y todas las gentes lloraban, mientras sacrificaban animales para honrar al muerto y le daban a beber a Achinech jugos de plantas para hacerla dormir.

Pasando el tiempo, se dejaron ver barcos de corsarios catalanes y andaluces que asolaban aquellas tierras, y en una correría de piratas tuvo la desgracia Achinech de caer prisionera con otras mujeres de la isla. La llevaron a Cádiz en España y allí la bautizaron, y tres veces fue vendida por virgen. Le cambiaron su nombre por otro y le pusieron apellido, así que ella misma no sabía si se trataba de la misma persona o si era una persona distinta. Todos los suyos perdieron sus nombres primitivos y pasaron a llamarse Miguel, Carmen o María; a ella la bautizaron Isabel, por lo que todos la llamaron desde entonces Isabel la Canaria. La acompañaban otras cautivas guanches; a una que se había llamado Adisoda la bautizaron como Caridad, y a una niña hija de un noble de la tribu le pusieron de nombre Margarita.

Las alojaron en un convento de monjas en Sevilla donde les enseñaron la lengua castellana, y a decir algunas oraciones. Ella compartía su celda con una mujer guanche llamada Gazmira, que bautizaron Francisca de Palma. La más vieja de todas las isleñas se llamaba en su lengua Aderbán, y juntas rezaban jaculatorias, aunque no supieran muy bien lo que eran. Les habían enseñado que había que evitar el infierno, por lo que confesaban hasta los pecados veniales; y que no era digno tener pena por causa del castigo, y sí por haber ofendido al Señor, que era tan bueno y el padre de todos.

En una ocasión la llevaron al puerto de Cádiz; en una barca chirriante embocó la salida del muelle, y mientras la costa se alejaba y se engrandecía el horizonte, se acercaron al barco francés y ya no volvió jamás a tierra. En el barco viajaban soldados franceses y algunos españoles, y allí supo que la habían tomado para que les sirviera de intérprete. Viajó en la cubierta vacilante abarrotada de marinos que la miraban con ojos hambrientos; entonces, ella se ocultó tratando de dormir para olvidar su angustia, la náusea y el vértigo. El barco dejaba una estela de espuma, sentía en la cara la humedad y veía saltar a lo lejos a los tiburones, que le recordaban la horrible muerte de su esposo. La luna, encima de un sendero argentado parecía una redonda bandeja; todo era silencio, y sólo oía el rozar del agua en la panza del barco como un rasgar de seda. Mientras, el cielo estaba oscuro y el disco de plata dibujaba un reguero en el mar.

Entraron por la isla Graciosa en el país de sus mayores; tuvieron que aguardar, pues eran tan fuertes las mareas que no hubieran podido abordarlas de noche, y atracó la nave en un puerto que ellos llamaron Arrecife. Vio cómo se asombraban los franceses de

que fueran los hombres y mujeres de la isla desnudos; y comentaban que crecía en la isla una grana de mucho valor que llamaban orchilla, que era la mejor del mundo para teñir paños de lana.

Isabel todo lo observaba: pronto supo que eran aquellos caballeros Juan de Béthencourt y Gadifer de la Salle, y que habían venido de muy lejos, de tierras de Francia. Le pareció que el primero sufría algún mal, pues sabiendo escribir nunca le vio firmar. En cuanto al uso de las armas, parecía haber perdido la fuerza de sus miembros; lo disculpaba Gadifer diciendo que había salido muy tullido y lisiado de sus antiguas batallas. Oyó decir que padecía una dolencia vergonzosa parecida a la lepra, y venía a las islas para curarse con sangre de drago. Y que habiendo pedido dos nativos que le sirvieran de intérpretes, la habían enviado a ella y a un isleño que llamaban Alfonso.

Llegados a Lanzarote, supo que reinaba en la isla el rey Guardafrá, hijo de la reina Ico cuya historia conocía muy bien; pues siendo bellísima princesa, la acusaron sus enemigos de no tener sangre real y tuvo que sufrir la prueba del humo. La encerraron en una cueva con tres de sus criadas, encendieron fuego de hierba y taparon la entrada para que muriera con las otras. Pero una anciana de la corte le había aconsejado que se cubriera el rostro con una esponja empapada en agua de mar; y mientras sus criadas se ahogaban, ella quedó sana y demostró así su ascendencia real.

Cuando llegaron los franceses, acudió Guardafrá vestido con un manto de pieles y adornado con piedras y conchas marinas. Habló con Isabel, rogando lo tomaran aquellos extranjeros bajo su protección, pues eran muchos los piratas y andaban rondando las islas dos naves españolas llamadas Morella y Tajamar. Para defenderlo, levantaron los franceses el castillo que llamaron Rubicón; y aunque edificado de manera sencilla, tenía su pozo y una torre muy fuerte hecha con piedras de volcán.

Por entonces pensó Béthencourt volver a España para pedir socorros, sin sospechar que lo traicionaría Bertín de Berneval; como aquí se ha dicho, habiendo salido Gadifer en una expedición al islote de Lobos, fue Bertín a la aldea donde habitaba el rey y dijo a los isleños: “Traedme a Guardafrá, que yo lo defenderé de los piratas españoles”. Y para ganarse su aprecio les dio de cenar aquella noche con mucho miramiento.

Llevaba el traidor un puñal en funda de cuero con adornos de cobre, y sus soldados arcos y martillos de armas. Armados como estaban se presentaron en la cena, donde ordenó Bertín a los suyos que prendieran al rey y demás invitados. Los llevó a la isla Graciosa, donde estaba la nave española llamada Tajamar; los vendió a todos como esclavos y junto con ellos a Isabel, ya que Alfonso había logrado escaparse. Lo mismo hizo el rey, que con un gran esfuerzo logró romper sus ataduras.

Mientras, Bertín tomaba del castillo sacos de harina y libros de romance, así como un tonel de vino; y lo que no bebieron lo tiraron, celebrando mucho la hazaña.Se llevaron además varios cofres con

arcos y ballestas, tan fuertes que se podían atravesar con ellos tablas de roble de gran espesor. Rogaron entonces los del fuerte que devolviera a Isabel la Canaria. El ordenó que la tiraran por la borda al mar; y a no ser porque la salvaron los hombres fieles a Gadifer, hubiera acabado allí la vida de la infeliz princesa, pues casi ahogada la sacaron del agua y la metieron en un bote.

Los dos capellanes que acompañaban a Berneval le afearon su traición, pues cuando se embarcó en Normandía no llevaba nada consigo y lo que ahora tenía era robado, ya que iban marcadas en todos los objetos las divisas de Béthencourt y La Salle. Había dejado el traidor a los suyos en tierra para embarcarse con los españoles; huyeron sus cómplices en una débil barca, como aquí se ha dicho, y los que no murieron en el mar fueron tomados por los piratas berberiscos. Avanzada la primavera volvió de España Béthencourt, quien supo entonces que en su ausencia habían tomado los traidores franceses más de cien prisioneros isleños. Entre los hombres que vinieron con él había un panadero, un sastre, un herrero y algunas mujeres que ya se lamentaban de haber venido. Muchos en la isla murieron de inanición, pues tuvieron que alimentarse de ratas gigantes, lagartos y tortugas; el que pescaba un pez presumía de ser pescador, aunque nadara como piedra, y el que iba a la caza de liebres no cobraba más que cansancio y humedad.

A los pocos días del regreso, le vinieron a decir a Isabel que el señor Juan de Béthencourt, enterado de su desgracia, quería verla. Llegada a su presencia él le dio unos golpecitos en la cara, diciendo: “Me habían hablado grandes cosas de ti, y he de decir que ojos garzos como los tuyos no los había visto nunca”. No había dicho más que estas palabras cuando a ella le tocó el corazón, pues la hizo acomodar a su lado y le preguntó de dónde procedía. Luego, sentándola a su mesa, la trató con mucha cortesía.

En adelante, se levantaba ella con el sol y acudía con diligencia a las piezas del castillo donde estaba el señor de Béthencourt, sin llevar camisa ni cobija, como era costumbre entre los suyos, porque hacía calor. Pero traía el rostro alegre y el cabello adornado con plumas de aves hermosas, y a modo de vestido una piel de cabrito atada a la cintura, abrasándose el caballero sólo con verla. Tiempo vendría en que ella había de pagar tanta ventura.

Una mañana él le hizo una serie de promesas; recibió Isabel con agrado el fingido amor, sin percatarse de que también el caballero Gadifer la miraba con buenos ojos y andaba amarillo como la pajuela, por los grandes celos que tenía. Con todo no le confesó que la quería, pues se veía largo y sin gracia como caña de pescar. Y aunque luego se supo que tenía un hijo bastardo, por causa de la gran timidez que sentía ante ella, nunca le había dicho palabra de amor. Suele ser condición de las mujeres despreciar lo que les dan, así que un día en que lo halló un poco atrevido, le dijo ella que nunca podría compararse con el señor de Béthencourt; él quedó tan corrido que no supo responderle, y desde entonces se escurría como lejía en su presencia.

Aconsejaban las ancianas a Isabel que se guardara de aquellos extranjeros y no perdiera el honor, pues mujer sin honor era como fuego sin leña. Murmuraban las mujeres isleñas que no aprovecha a los pobres acompañarse de los poderosos, pues quien llega a la raya corre el peligro de pasarla. Ella se estaba enamorando y no sufría ser aconsejada; y cada día aparecía más hermosa, llevando al descuido los cabellos por la espalda. Pero aunque no fuera muy buena cristiana, ya el gusanillo de la conciencia le comenzaba a roer las entrañas.

Fueron así adelantando en la suerte; le pidió el caballero su mano y ella se la dio de buena gana, y con ella mucho más. Pues entrando los dos en el mismo lecho, desnudándose se enredaban como zarzamoras y, si uno amaba, el otro ardía. Se despedían con grandes ternezas, dejando concertado que se verían todos los días de su vida. El tiempo y los amores pasan pronto; él le había prometido su amor, pero un día lo esperó y ni siquiera le envió un recado. Así quedó Isabel en boca de todos, pues estaba deshonrada y en pecado mortal. Mandó él que le hicieran un vestido y la echaran del castillo, y un día la vio Gadifer venir al campamento turbada de vergüenza y llorando, por lo que trató de consolarla. “Aunque sé que no valgo nada, siempre podrás contar conmigo”, le dijo, y terminó Isabel contándole su pena a quien tan bien sabía la propia.

La mayor sorpresa de su vida fue cuando supo que Juan de Béthencourt tenía a su esposa en Francia, y conoció la doble vida que llevaba, pues había dejado a una concubina en Sevilla de la que tuvo un hijo a quien también abandonó. Algo se derrumbó entonces, vio cuán distintas son algunas personas de lo que aparentan; lo esperó una semana, un mes, pues generosamente lo había servido y él ahora no le pagaba. Hasta que, transcurridos dos meses, advirtió Isabel que había quedado preñada de él.

No pasó mucho tiempo sin que ambos caballeros se dijeran palabras muy fuertes, y los infieles y paganos les mandaron decir: “¿Cómo vais a guardarnos a nosotros, si vosotros mismos os traicionáis?”. Desde entonces fueron los cristianos mal vistos y su fe despreciada, pues antes la tenían los isleños por buena y ahora pensaban lo contrario.

Se halló desconsolada Isabel y no cerraba los ojos en toda la noche considerando su desgracia; le temblaban los brazos y se le azogaban las piernas, y todo acabó en una melancolía tan honda y tan desesperada que no se le ponía idea en el alma que no le aumentara el horror, la tristeza y la fatiga.

Las cosas llegaron a un extremo en la isla que decidieron ambos caballeros hacer valer sus derechos ante el rey de Castilla, como se ha dicho aquí. Con el mismo sentimiento con que se despide el alma del cuerpo se despidió Isabel de los suyos, sin acertar con las palabras, pues había decidido marcharse para siempre de aquellos lugares, sin saber tampoco dónde ir; que cuando empiezan las desgracias en uno, parece que nunca fueran a acabar.

Iban en el barco barajados hombres y mujeres y ella aprovechó la coyuntura para ocultarse en la bodega; así que nadie se percató de su presencia, y si lo hizo lo disimuló. Luego no se dejó ver por ninguno, y menos hizo saber nada a Gadifer. Llegó tan al cabo de la pena que por poco se muere, y es que unos nacen para moler y otros para ser molidos.

Llegados a España, es sabido que venció la causa de Béthencourt, pues tenía amigos poderosos y el propio rey lo tomó bajo su protección. Les preguntaron los desembolsos que habían hecho, cuántos hombres llevó cada uno, y en qué condiciones; las razones que daba Gadifer parecieron cosa de locos, por lo que tan gentil caballero tomó el partido de volverse a Francia con las manos vacías. Si su enemigo fuera más joven lo hubiera matado, pero no lo era, y él abandonó las islas para siempre, aunque nunca olvidó a sus amigos.

Sin él saberlo, enrolada en la servidumbre de la nao como lavandera iba Isabel la Canaria, que lo tuvo hasta la muerte por un hombre honrado, valiente y amante de las leyes de caballería. Años después, alguien dijo que lo habían visto en las guerras de Francia contra la república de Génova, asegurando otros mejor encaminados que había ingresado en religión. La memoria del caballero Gadifer quedó desde entonces en las islas Canarias, donde todos lo tenían como a un héroe y no había nadie que no hiciera su elogio, desde los reyes de las islas a los soldados y artesanos. Por si fuera poco, dejó allí una obra suya, un templo que mandó levantar y al que llamó santa María de Betancuria."

***

"He aquí, señoras mías -dijo fray Pedro-, una historia que muestra cómo un amor excesivo puede conducir a una mujer a la mayor desgracia". A todas las señoras les habían asomado las lágrimas oyendo esta narración, y dijo la viuda: "Veamos, ¿dónde podéis encontrar a una mujer que, pese a su pecado, fuera tan paciente y fiel como ella?" "Parece -intervino la señora Marta-, que fue una mujer de bien, pues el caballero se valió del engaño para abusar de ella". La señora casada asintió, diciendo: "Por mi fe, que la jornada ha pasado felizmente, y si seguimos así acortaremos estos días valiéndonos de honestos pasatiempos. Pero ved dónde está el sol, y escuchad la campana que desde hace rato nos llama a vísperas". Con esto se levantó la reunión y fueron todos a la iglesia donde los estaban esperando. Después de cenar marcharon a jugar un poco al ajedrez en la sala, y luego se fueron a acostar, dando por terminado el día con mucha alegría y contento.

Al día siguiente se levantaron con un gran deseo de regresar al claustro donde la víspera habían disfrutado tanto, pues cada cual llevaba preparada su historia. Como estaba sonando la última campanada de misa fueron a la iglesia, y después de haberla oído devotamente volvieron al claustro. Cedieron la palabra a fray Pedro,

quien dio las gracias por la estima en que tenían su sentido común, y empezó diciendo: “Conozco la historia de mosén Gadifer, porque hace poco me hablaron de este caballero cuya paciencia, firmeza y valor son tan dignos de admiración que no quiero queden en el olvido”

Cómo el joven Gadifer de La Salle se forma en un convento, y tras años de estudio decide armarse caballero, para marchar a conquistar tierras donde bautizar infieles; y cómo da con el caballero Juan de Béthencourt y conoce a Isabel la Canaria, de la que se enamora.

"Tanto el nombre de Gadifer de La Salle como el de su amigo Brandelis estaban tomados de las historias y libros de caballerías, pues eran sus padres muy amantes de la literatura. Tenía la familia La Salle en su escudo de plata tres rodales de azul. Ya desde la niñez tuvo Gadifer fama de escribir hermosas letras de canciones, cuya música solía componer Brandelis. Siempre recordaría ambos la primera vez que se vieron cuando apenas tenían diez años y ya Gadifer estaba destinado a la iglesia, pues había crecido entre plegarias, rollos de pergamino y torres de papel, de un padre que sostenía con limpieza la numerosa porción de hijos que Dios le había dado. En los libros de bautizados, muertos y casados se hallaban sus antepasados con nombres y apellidos; los que murieron nada habían dejado, a los que vivían no les pedía el padre nada, y en su fortuna o su desgracia no tenían parte los unos ni los otros.

Con esta ayuda escasa vivía estrecho, pero sin trampas ni miseria, pues lo que aprovecha es tener buenas costumbres, que valen más que los parientes ricos. Para los bien hablados era el padre bien parecido, de humor apacible y ánimo continuamente alegre. Fue verdadero en sus tratos y humilde en obras y palabras, pacífico y conforme en las adversidades; era tan alto de pensamientos como humilde en bienes de fortuna. En cuanto a su esposa, se pasó la vida pariendo y haciendo cuentas. La buena mujer administraba bien, pues de lo poco que el esposo le daba sacaba para vestirse y alimentarse ella, el marido y los hijos, además de sus pocos criados.

Había crecido el niño, como digo, entre crónicas y relatos de caballerías, libros de devoción y cancioneros, y ahora lo enviaban a aquel monasterio situado sobre una colina, donde conoció a Brandelis. Tenía éste el cabello trigueño, el porte erguido y los ojos hermosos, del color de las uvas; en cambio Gadifer era poco agraciado, magro de carnes, y andaba siempre con el jubón desabrochado y las calzas caídas. Los caballeros andantes le inspiraban terror por sus muchos defectos, aunque admiraba su valor. Ambos acudían por vez primera a aquel monasterio donde enviaban a los segundones y a los nobles de poca fortuna, pero eran saludables los aires y buena la instrucción que los novicios recibían.

Estaba la escritura poco difundida entre los caballeros franceses; pocos sabían leer y escribir, siendo la caligrafía casi exclusiva de los monjes, que usaban el pergamino y despreciaban el papel. Estaban por entonces levantando una iglesia según el nuevo estilo, y eran sus constructores gente sencilla que trabajaba por el amor de Dios. Llevaban los grandes ventanales vidrieras de colores con

escenas de la historia de Francia y las Sagradas Escrituras; y cuando la iglesia estuvo terminada, parecían caer desde lo alto chorros de luz con los colores de las piedras preciosas, pues es sabido que pulverizaban zafiros y granates para obtener aquel efecto.

Miraba Gadifer la hermosa custodia en el altar, como un círculo blanco circundado de gruesas perlas y rayos dorados; las luces de los cirios se reflejaban en mil puntos brillantes, haciendo desaparecer todo en derredor. Se oía el crujir de los bancos y el arrastrar de las pisadas; los novicios prendían un brasero del lado de la epístola, y había escrito sus votos en trozos de papel, quemándolos junto al incienso.

Les dieron un tratado que explicaba la fabricación del pergamino; aprendieron a estucar la parte que querían dorar, y a pulir la miniatura. Siempre cantó Gadifer la voz alta en el coro; ensayaban los motetes hasta que los entonaban dormidos, conociendo a fondo los cantos gregorianos y el discanto. Era por entonces novedad en Francia la música profana que tocaban los trovadores, contraria al canto llano de los religiosos, pues se fundían el coro y los solistas y se contraponían las voces paralelas.

Les hablaban del pecado mortal, sin que supieran muy bien lo que era; quizá lo cometieran cuando a escondidas de los monjes se tocaban íntimamente, ahí estaría el pecado mortal. Había que examinarlo todo para la confesión, las mentiras y el hablar en la iglesia; había largos rezos del rosario, como recomendara santo Domingo de Guzmán, guiándolo el abad que sufría de ahogos. Luego estaban las letanías en latín, el paternóster por los difuntos y por las intenciones del papa de Aviñón, hasta que las bocas se abrían y se ahogaban los bostezos, aunque quedaban las jaculatorias.

Era el abad un clérigo de vida intachable, pero ya de edad, enfermo y aburrido de lidiar con los jóvenes; era hombre serio, estirado, docto y lleno de juicio, y nunca se oyeron en el monasterio bufonadas, gritos ni faltas al respeto. Leía en alto los últimos descubrimientos de la ciencia y alentó las cualidades del joven Gadifer, que ya sabía por su padre que un libro cerrado no hace hombre de letras. Fue Brandelis quien lo enseñó a componer música, y a tocar canciones acompañándose del arpa que estaba arrumbada en un viejo torreón.

Con el tiempo, se fue convirtiendo en un joven desmedrado de cabellos con aspecto de lino, que llevaba gruesos anteojos y deseaba predicar desde el púlpito contra los caballeros pecadores, aficionados a los naipes y a los juegos de azar, que juraban por su carne y su vientre. Dormía en una fría pieza sobre un colchón de paja, aunque fuera hijo de nobles padres y de buena familia de Poitou. Pintaba grandes biblias con hermosas miniaturas, y libros de horas que comenzaban con escenas de los doce meses del año. Estaba decorando por entonces uno muy rico para el duque de Berry, hermano del rey; pues aunque éste reinara en Francia, en realidad mandaban sus hermanos, los duques de Orleans y de Berry. Era el castillo de este caballero lleno de matacanes almendrados, con rejas de hierro en

todas las ventanas; tenía hermosas torres, muchas arpilleras y una soberbia barbacana, y era tan refinado el duque que cuando iba a orinar hacía que un paje le abriera la bragueta y otro le sacara el ruiseñor.

Llevaban los novicios el cabello corto, usaban cilicios para dominar las inclinaciones de la carne y, además de no comer muy bien de ordinario, estaban obligados a ayunar durante la cuaresma, sin consumir otra cosa más que un cuenco de leche y un mendrugo de pan. Muchos acudían a estudiar a París, alojándose en guardillas sobre los tejados de los gatos; en los balconcillos discutían de filosofía o regañaban por un trozo de tortilla de habas. Y aunque llevaran en los ojos un aleteo de jaculatorias, buscaban las novelas caballerescas prohibidas por sus superiores; soñaban con los amores del caballero Lanzarote y la reina Ginebra, leían a escondidas las novelas de Merlín y Morgana y eran las damas de sus pensamientos Isolda y Brunelinda.

Solía visitar Gadifer la pieza misteriosa en lo más alto de la torre. Tomaba la llave del cajón del monje cillerero y subía de puntillas la escalera del torreón, mientras un gato negro se escurría en el sobrado. Metía la llave en un candado herrumbroso, la hacía girar, y en la penumbra del anochecer se hallaba en la pieza cuadrada donde estaba la vieja sillería de coro que antaño presidieran obispos y abades. Dejando a un lado los instrumentos conocidos, la vieja arpa y la zampoña, buscaba los libros prohibidos de la Tabla Redonda entre redomas polvorientas y una caja con viejas piezas de ajedrez, con el marfil cuarteado y oscuro.

De la noche a la mañana Brandelis y él dejaron de hablarse, y ni siquiera se miraban. Acudían a los estudios separados, ellos que habían sido uña y carne, evitándose en la iglesia y en la biblioteca y teniendo cada cual sus propios amigos. Pasaba el verano y llegaba el otoño, y con él la lluvia pertinaz. Se encerraba Gadifer a rotular códices y manuscritos; seguía con la aritmética y la astrología, y era considerado buen estudiante a la vez que poeta. Después de varios años de estudio y devoción salió haciendo almanaque y pronósticos, siendo tan buen gramático como los mejores en esta materia. En los pocos pedazos de tiempo que le dejaban libre estas aficiones leía las aventuras por Europa de Pedro el Ermitaño, que cabalgaba cubierto de harapos para vengarse de los judíos por haber malvendido Jerusalén a los turcos; mientras, se le unían honrados artesanos con sus esposas y sus hijos. Se procuraba Gadifer hachones de tea para alumbrarse por la noche y leer en sus largas vigilias; así supo que había entregado su familia todas sus riquezas para ayudar a las Cruzadas, donando alhajas y relicarios de oro, cálices con esmaltes y una arqueta de plata con piedras de mucho valor. De esa forma su abuelo y su padre habían ido trampeando como Dios les dio a entender, mas sin vender la honra, que era lo único que tenían.

Puesto que eran hermanas las armas y las letras, un día decidió dejar la vida religiosa y marchar por su cuenta a París. Se hallaba con muy poco dinero y muy pobremente vestido; fue a

despedirse de su abad y quedó hijo de sus acciones, sin árbol que le hiciera sombra y con sus trabajos a cuestas. Cargó con su maleta de pliegos y salió en un caballo, que por ser manco iba por todas partes haciendo reverencias. Pensaba que otros con peores abuelos vivían triunfantes, poderosos y temidos, por lo que decidió instruirse en el ejercicio de las armas para llevar a cabo alguna hazaña que lo hiciera famoso. Así llegó a París, entrando por una calleja por donde transitaban viajeros y mercaderes hacia el mercado o la catedral. Aunque procuraba gastar el dinero con alguna dieta, llegó a aniquilarse su caudal y su cuarto más parecía garita de ladrón que aposento de estudiante. Leía por engañar el tiempo y entretener el hambre; anduvo desocupado sin destino seguro, lleno de ideas y arrepentimientos, crueles dudas y propósitos. Leía las materias que le proporcionaban, sin otra ocupación que la de redactar inutilidades, pues también escribía el relato de sus miserias. Se alimentaba del aire, pues tomaba un caldo tan claro que hubiera peligrado Narciso al beberlo más que en la fuente, y los ratos que le sobraban después de buscar el alimento los gastaba rezando, leyendo y meditando. Para aliviar las tripas decidió acogerse a la corte de algún duque, y allí armarse caballero como aquellos cruzados que en días no lejanos fueron a luchar contra el infiel.

Guardó sus libros y devocionarios, tomó una capa impermeable para el viaje y contra la lluvia, y marchaba tan a la ligera que no llevaba consigo ningún equipaje. Pero andaba contento, pensando que eran muchos los que iban como él, infames, pobres y despreciados, aunque tuvieran sus raíces en los tronos. Dio principio a la romería con mucho fervor, pero perdió el camino, y al anochecer pidió a un pastor que lo pusiera en la calzada real; con esto caminó más de diez leguas donde no halló persona, pues era lugar muy escabroso. Preguntó a un campesino si iba a la corte del duque de Borgoña en línea recta, o por camino equivocado y él le dijo que había tomado la dirección contraria. Ayunó sin cuaresmas ni vigilias, haciendo dieta aunque se había salido de fraile; y no hay que decir lo que comía, sino que todas eran cosas de beber. Escribía en las posadas por entretener el hambre, pues entre lo que se pegaba a las uñas y se quedaba entre los dientes, se consumía todo.

Con la escasez de la comida se transformó de hombre en espárrago, pues esto del hambre es duro noviciado, que deja al hombre sin dormir de puro desvelado. Tuvo que conseguir comida haciéndose pasar por peregrino o ermitaño; pasaba muchos días con tan rabiosas desazones que se vio cerca de los brazos de la desesperación, dando sombreradas a los pasantes y haciendo reverencias. Por fin llegó a la corte del duque de Borgoña, que preparaba por entonces un famoso torneo. Tomó posada en las gavillas de una era y, tumbado entre las pajas, empezó a sacar pellizcos de la provisión que le dieron. Y como había comido a tercianas, de tres en tres días, con el pan en la boca lo agarró un sueño apacible y dilatado.

Soñó que llegaba el momento en que, habiendo ayunado y

confesado, hacía su vigilia de armas; luego, vestido de blanco se sentaba ante una mesa sin reír ni tomar alimento mientras sus padrinos con las damas comían y reían. Después de recibir el golpe en el cuello con la espada bendita, juró ante una hermosa dama las leyes de la Caballería; eran primero sus armas sin divisa ni escudo, que tendría que ganar con su esfuerzo. No obstante, podría tomar parte en el juego de la Tabla Redonda, y si no lo llamaban a la guerra saldría a correr mundo en busca de aventuras.

Desde un principio el duque de Borgoña lo acogió en sus juegos, aunque era desconocido para él; tuvo que empezar a entrenarse en la corte en luchas y torneos, y a practicar la esgrima con algunos soldados. Estaban estos pasatiempos abiertos a todo el mundo, y ni los religiosos los tenían prohibidos; como era Gadifer discreto tuvo buen cuidado de evitar accidentes, pues salían unos descalabrados, otros heridos de gravedad y hasta difuntos. El hijo del rey de Inglaterra había muerto en un torneo en París; un rey de Francia pereció cuando una lanza le entró por un ojo, y las bodas de doña Blanca de Navarra con el rey Enrique de Castilla habían estado también bañadas en sangre.

Acababa de correr el estafermo, cabalgando a galope contra un muñeco de madera, cuando oyó que hablaban varios de unas islas que estaban situadas en el glauco mar de las tinieblas. Comentaban los peligros de tal navegación, por la gran altura de las olas y las muchas tempestades que había, los animales monstruosos y la gran violencia de los vientos del mar. Supo que ningún navegante francés lo había atravesado nunca, pues pensaban algunos que vivían por allá los atlantes que descendían de Neptuno, sufriendo aquellas islas grandes cataclismos.

Llegó a ser muy conocido en la corte, donde guardaba continencia en comer, dormir y beber; sabía que ciertas mujeres mataban a los hombres, pues pasaban ellos más tiempo en las casas de diversión que en la iglesia o en las batallas. Entretenía el ocio con novelas, comedias y autores de romances; al mismo tiempo trataba de hacer acopio de doblones, que son enemigos del alma pero amigos del cuerpo. Así, una noche le ganó al duque jugando al ajedrez más de setenta sueldos, y otra vez treinta escudos de oro, por lo que el duque tuvo que pagarle con uno de sus mejores caballos. Con todo, estaba tan a gusto con él como si fueran hermanos; con esta amistad se remediaba el caballero hasta salir a tierra de promisión, y compartían el plato y la copa con otros semejantes, pareciendo haberse conocido desde que sus madres los parieron.

Se dijo que en una corte de amor se había metido Gadifer a poeta para honrar a una dama, la cual salió preñada y dio a luz a un hijo que llamaron Aníbal. En ratos libres seguía enfrascado en sus libros de viajes, ya que estaba dispuesto a ver mundo y había decidido embarcarse. Pasaba sus días con esperanzas y desesperaciones, placeres y pesares, gustos y disgustos; y aunque ahora tenía ciertas joyas que vender, se adornaba con ellas, con la voluntad de no permitir

que la miseria y los desconsuelos se apoderasen de su cansada vida. Después de algún tiempo perdió el duque su pista, y llegó a sus oídos que estaba como capitán a las órdenes del duque de Anjou, rey de Jerusalén.

Pero no fue así, sino que decidió marchar a La Rochela. Lo primero que hizo fue proveerse de jubón, zapatos y sombrero, porque las cosas una vez comenzadas no se han de dejar hasta no acabarse; y ya que no había podido partir en cruzada a Bulgaria ni a Prusia, como era su deseo, soñaba con navegar y bautizar infieles. De camino procuró distraerse y pasó el tiempo en novedades, burlas y conversaciones inútiles; y sabiendo que estaba en aquella región un barón normando llamado Juan de Béthencourt quiso hallarse con él, pues le dijeron que quería intentar la conquista de las islas que llamaban Canarias.

Supo por mediación de un primo suyo llamado Juan de Bracamonte, que era Almirante de Francia y amigo del rey de Castilla, que pertenecía Béthencourt a una de las más antiguas familias de Normandía, contando con los bienes de sus antepasados y con la dote de su esposa, Juana de Fayel. Oyó que era humanísimo caballero, que estimaba a sus amigos y criados y era muy conocido en la corte de París. Pero al parecer tampoco le faltaban pleitos: últimamente habían prendido sus criados a tres cazadores furtivos, y a uno le cortaron un pie y lo llevaron prisionero. También decían que quería salir del país por lo que aquí se ha mencionado, que padecía lepra; y habiéndolo sabido en la corte no podía circular libremente ni sentarse a la mesa con otros señores, ya que a todos inspiraba horror. Supo que era natural de Grainville, y había en esas tierras una leprosería muy conocida en Francia; y quien habló del caso parecía conocerlo muy bien, pues lo afirmaba con mucha seguridad y sin temor a equivocarse.

Por fín pudo llegar a La Rochela, donde sin limpiarse las salpicaduras del camino se apeó en una calle estrecha buscando una posada. Entró en una taberna y de un sorbito en otro se emborrachó por la poca costumbre, quedándose dormido. Había allí un hombre que chupaba más que una sanguijuela y que lo despertó, diciendo: “Pues ya habéis cenado, veníos a dormir a mi casa, que no es hora de otra cosa”. Era el aposento como un calcetín y él, que se creía bien comido, si fuera a fuerza de piojos no se equivocara. Pues se entretuvo rascando y dando vuelcos, y quitándose la manta maldecía su mala fortuna deshaciéndose a puras uñadas; que había piojo con hambre canina y otro de un bocado rompía el ayuno de ocho días. Era tan desgraciado, que al despertar no halló al huésped y tampoco su bolsa ni rastro de ella. Se vio en una gran necesidad, y como pudo encontró una posada y alquiló media cama. Compró un candelabro de barro y una vela de sebo que le duró dos meses; la mayoría de las noches se acostaba a oscuras, y cuando la encendía lo alumbraba tan brevemente que más parecía luz de relámpago que iluminación de artificial candela.

Pasando el tiempo, cruzaba de una acera a otra por no

toparse con los acreedores. Por la parte de atrás llevaba las calzas con entretela de nalga pura; hubiera vendido hasta su sepultura por no tener donde caerse muerto, y sólo una cadena de oro le faltaba por vender. Volvía a la posada y aguardaba con mucha pena el día siguiente, desnudándose lo mejor que podía a la luz de la pálida luna. En cuanto a sus necesidades las hacía de pie, y en el primer rincón que podía encontrar.

Por fin le llegaron las voces de que había llegado a la ciudad el caballero Juan de Béthencourt. Se mudó de camisa y tomó el equipaje que pudo reunir, más doce reales en calderilla que estaban destinados para las provisiones del día siguiente y constituían toda su fortuna. Lo encontró en una iglesia y le hizo saber que quería aliarse con él para tan azarosa y larga aventura, por lo que el otro vio los cielos abiertos, pues le venía el refuerzo como pedrada en ojo de tuerto. Lo convidó a cenar con él, y no se hizo de rogar. Así, estando servidos, él tomó el cuchillo y partía bocaditos, diciendo: "¡Oh, qué bien huele!" Después, cerrando los ojos, embistió los platos diversos y diferentes vinos.

Le preguntó Béthencourt cuántos hermanos tuvo y en qué ciudad había nacido; él le hizo una larga relación de su persona, diciendo que era hombre culto y medianamente sabio en gramática latina, griega y francesa, y relató la forma en que había llegado a la ciudad. Después de haber sacado el vientre del mal año, cuando había dicho de dónde venía, empezó a decir lo que había proyectado. Aquella noche la pasó bien de cena, pero no de cama; pronto se acabó de desnudar, se acostó y apagó la luz, y de tal manera lo rindió el sueño que de un tirón alcanzó la mañana, durmiendo hasta que el sol le calentó los hocicos con alguna aspereza. Se levantó con molimiento de cuerpo, dolor de cabeza y boca de beber vinagre, por la poca costumbre de cenar.

Confiaba Béthencourt en la influencia de su primo con el rey de Castilla y le dio buenas esperanzas. Le prometió su ayuda, que sería importante y preciosa, por lo que Gadifer soñaba en voz alta deseando llegar a las islas. No le pidió a Béthencourt ninguna garantía; así, no habiendo compromiso escrito fueron todas promesas, ya que no tenía intención el caballero de partir beneficios con nadie. Pero era honrado Gadifer y nunca desconfió de él; así quedó unido a Béthencourt, sin saber que antes de salir de Normandía había cedido sus tierras a su primo Robín.

Abandonaron La Rochela el primero de mayo. Hablaban unos de aquel navegante italiano llamado Lanzarote, que había dado su nombre a una de las islas; otros lo hacían de unos peces que los marineros llamaban sirenas, que se erguían cuando avistaban un navío, cayendo luego al mar con gran estruendo. Eran los barcos que llevaban mercantes, hechos a la navegación costera. Viajaba Juan de Béthencourt vestido con malla y escamas de acero, con casco dorado; en cambio, iba muy discreto Gadifer, para no levantar envidias ni malos humores. Y mientras Béthencourt andaba con callos en las nalgas de

estar sentado y mascando a dos carrillos como mona, comía el compañero menos de lo que era necesario, pues nunca fue su dios el vientre, ya que no se puede al mismo tiempo hincharse y trabajar.

Llegaron por fin a Sevilla, donde quiso su desgracia para rebajarles el gusto que los acusaran unos mercaderes de haber saqueado y hundido sus naves. Temieron verse esposados y condenados a galeras; y mientras Béthencourt pretendía que pagaran otros los gastos, ya que tenía el rostro como mármol de Carrara, estaba el compañero mordiéndose los labios, torciéndose las manos y durmiendo a media asta, pues por enderezar el rumbo de su vida lo había hecho mucho peor. Volvieron finalmente a las naves, llevando consigo a los intérpretes como aquí se ha dicho, pues tanto él como ella entendían el lenguaje silbado que usaban en las islas.

Pasaron una hermosa borrasca y les parecía a todos que estaban perdidos, yendo tan apretados que parecían liendres en cabello o chinches en la cama. Más tarde, después de cuatro días de calma y cinco de buen viento llegaron a la isla de Alegranza. Bautizaron a otra isla como Montaña Clara porque estaba despejada de nubes, y pasando a la isla Graciosa llegaron a Lanzarote, como ya sabemos.

Hallaron dos razas entre los naturales: eran los del norte de ojos claros, altos y de fino rostro; sus mujeres hermosas y rubias hablaban una lengua tan dulce como la italiana. En cambio, los del sur eran robustos y de cara ancha, con pómulos salientes y color más oscuro; para comunicarse se valían del lejos con unos silbidos tan penetrantes como nunca oyeran los franceses. Andaban las doncellas desnudas sin avergonzarse y mostraban los hombres sus cuerpos llenos de tatuajes. Todos nadaban a las mil maravillas, a diferencia de los franceses que lo hacían como peces de plomo.

Vieron acantilados, barrancos profundos y peligrosos arrecifes formados por la lava en el mar. Hallaron palmeras y bosques de pinos, dragos y laureles muy altos, y unas plantas como candelabros que llamaban los isleños cardón y usaban como medicina. Había infinidad de flores rojas y violeta, muy bien perfumadas; cazaron codornices y alondras, halcones y muchos gavilanes, llamado su atención unas aves extrañas con tamaño de loro y plumas de faisán, con una cresta a la cabeza al modo de los pavos reales. Vieron que en una isla mandaban las mujeres, que se daban color en las mejillas con jugos de flores y raíces, y para guardar sus cerdos y ovejas tenían perros salvajes con cabezas de formas distintas, llevando los hombres lanzas sin hierro, pues no conocían el metal.

Ya se ha contado aquí lo que ocurrió en el fuerte Rubicón. Mientras esto sucedía, estaba Juan de Béthencourt en Castilla; y como era peor que los gitanos en cuanto a palabra, y más redomado que un gato para la hipocresía, se disculpaba con mil mentiras para no enviar pertrechos a los suyos. Lo confirmó el monarca como rey y señor de las islas Canarias, sin acordarse de su socio, y le entregó en Sevilla la cantidad de veinte mil maravedíes. Decían las malas lenguas que entregó ese dinero a un caballero francés llamado Enguerrand, con el

collar de oro que pertenecía a Gadifer, que pesaba dos marcos de oro. Aseguraban que el emisario marchó a Francia al encuentro de la señora Béthencourt, y dándole el collar se guardó el dinero para él.

Mientras, sufría Gadifer escasez y falta de víveres, pues desde Navidad hasta san Juan no habían comido sus hombres una miga de pan ni bebido una gota de vino; y, como la necesidad no tiene ley, vivieron de carne en cuaresma y en los carnavales. Cada noche ponía el caballero un lienzo de tela al rocío que caía del cielo, lo exprimía y bebían los suyos para calmar la sed. Se quejaba de que había trabajado de balde para otro, por lo que creyendo hallar un buen remedio había perdido el único que tenía. Vivía disgustado y rabioso por esta inútil expedición, él que era normalmente apacible y de trato agradable, humilde con los superiores y afable con los de abajo. Pero después de haberle vuelto las espaldas, lo había dejado Béthencourt disgustado, inquieto, sin sosiego y perturbada su persona, pues sus aventuras y melancolías no le permitían el menor descanso.

Perdía con esto el juicio, porque además se había enamorado de Isabel la Canaria; y meditando en los desprecios de la dama andaba imaginativo, desvelado y melancólico, poseído de un enorme rubor, sin apetito por el día y sin pegar ojo por las noches. De madrugada discurría cómo podría declarar su amor a Isabel, y así le llegaba la aurora que da consuelo a los mortales, alegría a los campos y alimento a las aves. ¡Oh, amor, notables son tus secretos! ¿Quién los puede penetrar? Le dijeron que tomara un poco de eléboro para purgarse de aquel humor pecaminoso y volver a sus costumbres anteriores, pero él decidió dirigirse al islote de Lobos como aquí se ha mencionado, para obtener pieles con qué aderezar sus rotos calzados. Pues si del mundo se quitara la ociosidad, pronto se acabarían las artes de Cupido.

Andaban los hombres de Gadifer desnudos, y con una enramada de hojas se tapaban las pertenencias y los bosques de la baja Alemania; marchaban descalzos entre rocas y pitones, por un litoral como muralla, lleno de valles y barrancos. ¡Qué sobresaltado andaba el caballero por los peligros que lo amenazaban! Se levantaba, aunque tarde, hambriento y soñoliento, que aún le parecía cosa de sueño, sin saber dónde iba, desbaratado y desnudo, sin blanca y aporreado. Y aunque todos los trabajos se pasan comiendo, él tenía el estómago como cañón de bombarda, pues con una gota pasaba como podía hasta el final de la comida, y por si fuera poco les hizo mal tiempo. ¡Ay, de los que caminan cuando los guía un ciego!

Estaban en la isla de Lobos en peligro mortal, pues habían pasado en una lancha muy pequeña y fue la más horrenda travesía que pudo conocerse, aunque no duró más de cuatro leguas. Muchos trabajos y desdichas sufrió en esta temporada, aunque los suavizara un poco su conformidad; pues cenaban todos y ninguno cenaba, y pasaban el tiempo deseando volverse. Iba el caballero tosiendo y escarbando por disimular su flaqueza y la angustia de su alma, que estaba hecho a comer poco, pero sin tanta limitación. Eso y querer

anochecer no le dejaban ver cielo ni palmo de la tierra por donde iba, pues con el hambre le rugían las tripas como si hubiera tenido atabales. Dormía por las noches algo desabrigado, y cuando amanecía el Señor seguían las incomodidades. Llegaron sus hombres a las manos y se dijeron palabras mayores, tan grandes que uno de ellos, tomando una piedra se la tiró a otro con tanta suavidad que a no retirar la cabeza se la hiciera pedazos, quedando con las narices deshechas y la cabeza estropajada.

Llegó entonces la nave que había enviado de España Béthencourt, recogiendo de la isla a Gadifer y a los suyos. Tuvieron una tormenta espantosa en la mar y navegaron al papahígo, pero no osaron tomar tierra por ser el viento demasiado fuerte. Supo entonces Gadifer que se había alzado contra él Bertín de Berneval; y siendo francés había sacado del fuerte a las damas francesas, ofreciéndolas a los españoles que habían venido en dos barcos, para que se acostaran con ellas y las violentaran de una forma atroz, sin dolerse por sus gritos y lágrimas. Supo además que había tomado a cuarenta isleños de los más sanos y robustos y los vendió por dos mil francos a los españoles. Entre ellos estaba su rey, que consiguió huir rompiendo sus cadenas; y arrojándose sobre los tres soldados que lo custodiaban hizo un buen escarmiento, huyendo luego de aquella pepitoria humana de pies, manos y cabezas, abrazados unos a otros y creyendo que les llegaba la hora de la muerte.

Pocos días después llegó Bertín de Berneval a la bahía de Cádiz con su cargamento, pues había saqueado como aquí se ha dicho las alacenas del castillo Rubicón, llevando prisioneros a los isleños y al trompeta de Gadifer. Había menguado mucho en ese tiempo la población de los naturales, pues no son buenos compañeros el hambre, las enfermedades ni la guerra. Cuando lo supo Béthencourt se disgustó mucho, pero no por ello abandonó la corte de Sevilla. Eran los traidores que regresaron con Bertín el sastre y el panadero de Juan de Béthencourt, además de un herrero al que llamaban Perrinet. Para que lo dejaran libre, habló Bertín con personas influyentes, a las que sobornó con dineros y refirió el caso a su manera sin faltar una sílaba. ¡Oh hideputa, traidor, y qué redomado era! Pues todo en él era mentira, embuste y bellaquería.

Volvió finalmente Béthencourt, hallando a Gadifer más encendido que un pavo, pues daba voces y sólo le respondía el eco. Andaba mirando al cielo y dando pisadas en la tierra como un loco, pues había tenido esperanzas en la vuelta de su compañero, hasta que supo el malicioso engaño que él le había preparado en la corte de España. Disimuló como pudo toda aquella caca hasta hallarse fuera de allí, prometiéndose que en otra ocasión tendría más cuidado; pues veía claramente que era su compañero más falso que la tumbaga, que es anillo de todos los metales, y era tan seguro meterse en negocios con él como dejar un ochavo a la puerta de una escuela.

Por entonces quiso Béthencourt que se alejara el otro de Lanzarote con ochenta hombres, y visitara detenidamente la isla de

Fuerteventura. Era el litoral de estas islas como erizo para los navegantes, por las muchas lavas que llegaban al mar desde los volcanes. Llegaron a un lugar que llamaron Puerto de los Jardines, donde hizo levantar Gadifer una hermosa torre y la llamó Valtarajal, cerca de un bosque y un caudaloso río. Pasó arboledas tan frondosas que le ocultaban la vista del cielo, con muchas fuentes y hierbas olorosas; halló arbustos y helechos desconocidos para él, así como musgos, líquenes y ciertas ramas espinosas que servían de alimento a las cabras. Vio sabinas de troncos corcovados por causa de los vientos alisios, y tarajales y acebuches bajo los dragos y palmeras; era el drago un árbol de hojas alargadas, el más antiguo de las islas, con el tronco y los tallos de un color rojo como sangre. Notaban la atmósfera muy densa, y los árboles cubrían el cielo mientras los líquenes se abrazaban a sus troncos y ramas.

Halló en las playas fósiles marinos y columnas de piedra que subían del mar como órganos. Pudo ver cómo pescaban los isleños entrando en el mar por la noche con teas encendidas y garrotes; perseguían a un tiburón que llamaban los marinos franceses gallocerdo, y al acudir los peces a la luz los mataban a palos, dividiendo entre todos lo pescado. Oyó muchas y muy hermosas lenguas de aquellos isleños y supo por un anciano que el primer pino de la isla lo había plantado un cuervo que llevaba la semilla en el pico. A todo esto iba sumido en una gran melancolía sin conocer la causa, quizá porque siendo francés echaba de menos su tierra, o porque habiendo llegado a explorar las islas al tiempo que Juan de Béthencourt, nadie se lo reconocía. Halló entre los nativos a un zahorí que profetizaba las cosas futuras; él le dijo que alcanzaría una posición como nunca había imaginado, y que sería venerado por muchos en su país, aunque primero había de sufrir muchas penalidades. Y aunque trató de sonsacarle, no logró arrancar una sola palabra más de su boca. Vio bailar a los isleños en rueda con las manos unidas y dando grandes saltos, y al oír el canto de las mozas se acordaba de Isabel la Canaria. No se permitía entre ellos hombre sin mujer, y como todos tenían su pareja, aumentaba el platónico de mosén Gadifer; pues era su amor rayano en la locura, ya que el desprecio de la dama y otras adversas circunstancias hacían imposible su consecución.

Recordaba su rubio cabello, y cómo caminaba y hablaba en una graciosa lengua que él no conocía; y la hermosa sonada que hacía con la boca, las manos y los pies, tan a compás y tan a tiempo. Estaba enmedio del río y moría de sed el mezquino caballero, y andaba desvelado hasta el amanecer, siempre de pie como las grullas; para colmo no podía comer, que quien tiene hambre con pan sueña. Topó con una compañía femenina que guardaba castidad y hacía vida de convento; siendo tiempo de sequía iban en procesión a la orilla del mar clamando a grandes voces, y llegadas al agua daban en ella golpes con ramos y varas. Vio que era su casa a modo de seminario de doncellas, donde una anciana le ofreció unos higos ensartados en juncos, y otros prensados en espuertas de palmera para bien llevar el camino. Se

refugió en una cueva junto al mar y halló en unas tumbas cayados y lanzas de pastores, junto a figurillas pequeñas talladas en piedra de volcán.

Ignoraba Isabel la Canaria su amor, y andaba él con sobresalto y sin sosiego pensando si llegaría a horadar la roca de su pecho. Buscando medios para su remedio, empezó a salirle mucha sangre por la boca y narices; tenía la lengua como zapato y deseaba una cama caliente, pero no tenían aquellos naturales otra medicina que la miel del mocán para las diarreas, o sajarse con navaja de pedernal y cauterizarse las heridas con raíces de junco humedecidas en manteca de cabra caliente. Su mal no se curaba con hierbas ni sajando las heridas cerradas, ni sudando la enfermedad, pero le dieron algunos consejos que nunca olvidaría, y el principal fue que de las mujeres nunca se tenía que fiar. Apenas había convalecido cuando vio que llevaba el verdugo un delincuente a la orilla del mar, y tendiéndolo en una piedra larga le dio con otra en la cabeza hasta que los sesos le saltaron. Por lo que salió huyendo el caballero, que no huía en cambio de las fuerzas del amor, aunque fuese loco como el suyo.

Llegó al cuartel de vuelta con un soplo de vida y menos de aliento, y allí fue recibido por unos con admiración, por otros con agasajo y por los más con susto, porque unos lo miraban como aparecido y otros como muerto. Vino la olla y todos comieron; él tomó un pastel, y de dos bocados lo hizo invisible, con prisa tan fiera que parecía que ni entre los dientes lo tenía seguro. Supo que había venido al campamento Isabel la Canaria; llegó por fin a ella, y a pesar de la gravedad con que le declaró su amor, ella estuvo sorda a su requiebro y le contestó que la dejara reposar, porque la noche antes no lo había hecho ni había podido dormir. Tenía para él las piernas de diamante, el cuerpo de zafiro y el rostro de carbunclo; y como a veces era él locuaz y gracioso, le hizo algunos versos que ella despreció, pues quien dice versos suele dar el tostón.

Quedó el caballero como el escarabajo con la casa a cuestas; se encendió tanto que casi se descompuso, bajó la cabeza y sin decir palabra se fue avergonzado, pensando que alejándola de los ojos la alejaría del corazón. Hasta pensó tomar esposa en las islas, pero no lo hizo, porque allí casaban hermana con hermano y padres con mujeres de su propia familia, catando el rey a todas las muchachas casaderas. Aunque le era preciso, no quiso buscar otro árbol a qué arrimarse, y hubiera dado muchas gracias a Dios si no lo hiciera enamorado. Eso y las negras aflicciones, las tristes congojas que dejó en su espíritu el último porrazo plantaron en su cuerpo una debilidad tan profunda, lo dejaron tan lánguido y pajizo, tan arruinado que sólo se diferenciaba de los difuntos en que respiraba a empujones y hacía otros ademanes de vivo, pero tan perezosos que era preciso observarlo con mucha atención.

Poco a poco alivió su tristeza y se halló algo convaleciente de ella. Si se hubiera quedado en Francia, se vería libre de estas cosas y a ninguna sujeto excepto a la enfermedad. Pero estaba dispuesto a

dedicarle por siempre su amor y a adorarla en silencio, sin que nunca pudiera cambiar de enamorada, cosa indigna de un caballero como él. En prenda de amor tomó Gadifer una cintilla de cuero que había pertenecido a Isabel y la guardó como recuerdo, metiéndola en el pecho en una bolsilla bien atada a un ojal del jubón.

Le mandó por entonces recado Béthencourt de que lo fuera a ver. Andaba éste desde que volvió de Castilla más desvergonzado que una mujer libre, rascando y guardando para sí. Aún no había asado y ya estaba pringando, pues el que no tiene vergüenza la calle es suya. Estuvieron de conversación un buen rato sin que nada adelantara Gadifer; quedó asombrado y corrido por haber sido de tal forma burlado, y salió echando maldiciones a diestro y siniestro. "¡Ah, hideputa, bellaco, viejo maldito!¡Y cómo me engañó, diciendo que seríamos pares, siendo luego nones! Nunca me dio alfiler chico que no me costara uno grande, pues he comido en invierno frío y en verano caliente, y además poco, malo y tarde. ¿Cómo demonios me engañó y me sacó de mi vida ordinaria, diciendo que me haría un gran favor?" Quiso convencer a Béthencourt de que era suya una buena parte del dinero, a lo que el otro contestó: "La vida es breve, la experiencia engañosa, y antes de cien años todos seremos calvos. ¿Qué te aprovecha ganar mucho para gastarlo mal?"

Con esto se halló Gadifer arrojado a la calle y perseguido sobre despedido; su vida no valía nada, parecía necedad su ciencia y locura su discreción, pues era su hacienda del otro. ¡Cuánto sintió entonces su imprudencia, cuánto se riñó a sí mismo! Al final decidió marcharse, pues con mala persona el mejor remedio es poner tierra por medio; más quería morir que vivir esclavo, pues donde fuiste señor no has de ser escudero, como dicen. Se vistió una túnica con medias mangas y de esta guisa visitó la capilla de nuestra señora de Betancuria, donde colocó una segunda imagen; dejó algunos ornamentos de sacristía, una colgadura y dos campanas que cada una pesaba un quintal, y un misal de los mejores, nombrando como cura de la iglesia de Fuerteventura al señor Juan le Verrier. Sacó de la pila a una niña a quien puso por nombre Isabel y terminó haciendo una promesa bien extravagante: prometió no comer en manteles ni dormir más que en el suelo, llevar una cadena al cuello y no mirar sino con el ojo izquierdo, hasta no dar cima a algún hecho glorioso y tomar venganza de su ofensa, proclamando que Isabel la Canaria era la más bella y virtuosa mujer de todo el orbe.

Aquel día comió mal por estar un poco enojado y ser a su costa, porque temblaba de gastar, pues no hay tienda peor que la que está vacía y él se había quedado pobre y arrinconado, afligido y necesitado de ventura. Unos crían las gallinas y otros se comen los pollos; él entró en la nave como un gentil galeote en calzas y en camisa, llevando consigo la suerte del enano, que fue a cagar y se cagó en la mano. Iba tan disgustado Gadifer que el primer paso que en el barco puso fue la boca, besando aquel suelo que lo llevaría. "Echada está la suerte, vaya Dios conmigo", se dijo. Y como quien no tiene

dineros no tiene compañía, los mantenimientos faltaban y el camino se trajinaba mal; había que tener cada uno buena cuenta de su hatillo, pues si un momento se descuidaban, ojos que lo vieron partir nunca lo verían retornar.

Viajaba en otro barco como aquí se ha dicho Juan de Béthencourt, que llevaba consigo un carpintero y varios oficiales, pero no quiso frailes. Iba con él un guanche primo de Isabel, que luego subastó en Sevilla con varias mujeres y niños. Había niño de seis meses y niñas de doce o trece años entre los que vendió Béthencourt, que de poco sirven los buenos principios si son malos los fines."

***

Así dijo fray Pedro, y el mercader en sedas que lo había escuchado pensativo, comentó: "A fe, que nos habéis relatado la historia de un honesto y gran corazón". "Es cierto -intervino la señora Sofía-, y ya quisiera yo que todos los hombres tomaran ejemplo de él". "Yo aseguro -dijo el funcionario-, que lo mejor es no amar a nada ni a nadie". "Si todos los hombres fueran así de honrados -dijo la viuda-, ya podríamos las mujeres fiarnos de ellos". Con estas palabras se fueron todos a comer, y después se retiró cada uno a su habitación; y como llovía mucho aquella tarde no pudieron salir a la huerta, así que no pudieron contar ninguna historia. Pasaron la tarde a cubierto, y después de haber jugado al ajedrez, dados y tablas, y haber oído devotamente las vísperas, cenaron y se retiraron a sus habitaciones. Fray Francisco, según su costumbre, se levantó al día siguiente mucho más temprano que el resto, y meditando sobre las Sagradas Escrituras esperó a que se completara la reunión. El marido, que llegó el último con su esposa, se disculpó: "Ya veis, no he podido llegar antes por lo mucho que se demoran las mujeres en su arreglo". Y habiendo discutido sobre quién tomaría la palabra, dijo el conde de Nimes: "Ruego me la otorguéis, aunque sea por segunda vez, pues quiero contaros unos hechos verídicos. Si no me equivoco, pienso que ha de interesar a todos lo ocurrido en Normandía a la vuelta del señor de Béthencourt. Y espero mostraros la causa de que este caballero tuviera que poner presa a su esposa por algún tiempo". Todos estuvieron de acuerdo, y él comenzó a relatar la vuelta a Francia de Juan de Béthencourt, con otros hechos ocurridos por entonces.

Viaja a Francia Juan de Béthencourt para obtener refuerzos, y trae consigo a su sobrino Maciot y a otros caballeros franceses, con artesanos de todas clases. Cinco años después decide regresar a Normandía, visitando de camino al Papa y sorprendiendo los amores de su esposa Juana de Fayel con su propio hermano Morelet de Béthencourt, y las medidas que toma contra ellos. Y cómo enferma gravemente y muere en su castillo.

"Cuando volvió solo de España a las islas, tuvo Juan de Béthencourt que apaciguar a los amigos de mosén Gadifer, y al mismo tiempo repeler las escaramuzas de los naturales, que se sacaban los dos ojos con tal de sacarles uno a los franceses. Viendo los pocos soldados que tenía decidió marchar por algún tiempo a Francia, dejando al mando de las islas a Juan Le Courtois, un caballero de su completa confianza.

Salió desde Lanzarote a sus estados de Normandía; después de veinte días arribó a Harfleur donde no estuvo mucho tiempo, pues el que se detiene no suele comer ni cenar. Después de cargar las naves con gran cantidad de víveres volvió a las islas con su cortejo de artesanos, numerosos soldados y nobles caballeros; embarcó con él el joven hijo de su hermano Morelet, llamado Maciot de Béthencourt, y otro muchacho llamado Aníbal que dijo ser hijo natural de Gadifer de La Salle.

Los recibieron en la isla con mucha alegría, tanto en el fuerte Rubicón como en la isla de Fuerteventura, recorriéndolas todas. Decidieron los reyes de ellas hacerse cristianos, pues ruego de señor es fuerza que te hace, ya que a los que no querían convertirse los atacaba y destruía sus cosechas y aldeas. Mandó que les enseñaran los mandamientos de Dios y los sacramentos de la iglesia, la historia de nuestros primeros padres y la del arca de Noé. Por ellos se informó acerca de los países sarracenos de África y supo que existía en ellos un río que llamaban del Oro; así que, dejando a Maciot en las islas, embarcó hacia África, donde tomó prisioneros a algunos africanos junto con sus camellos.

"Señor -le dijo Aníbal-, ¿Qué ha sido de mi padre?" Y le contestó Béthencourt: "Se fue a Francia, a su país. Yo os llevaré con él si Dios quiere, después de terminar mi empresa". Se sorprendió Aníbal de que hubiera dejado su padre las islas sin enviarle ninguna noticia; en realidad le había escrito a Francia, pero Béthencourt no le entregó su carta.

Cuando volvían a las islas, quiso su mala suerte que el viento dispersara las naves; pero él con la suya logró llegar a la que llamaron Gran Canaria, donde en una batalla con los naturales perecieron muchos franceses. Quedaron algunos tan descoyuntados que no sabían si estaban en el cielo o en la tierra, y hubo soldado que comenzó a gritar, diciendo a voces que lo habían muerto. Parecía que

a otros les arrancaban el alma, pues dieron de hocicos en la sierra, desgarrándose las espinillas y deshaciéndose las narices; y viniendo una gran piedra dejó a uno sin habla, y si no le hizo más fue por alcanzarlo de lejos y en los corvejones. El joven Aníbal murió honrosamente junto a Juan Le Courtois, pues mientras sus compañeros se alejaban en un bote él trataba de ahuyentar al enemigo con un remo en la mano, adentrándose muy lejos en la mar.

Los naturales se escondían sin que los pudieran alcanzar, ocultos entre las cañas que llamaban cardones, de donde brotaba una leche tan peligrosa que algunos extranjeros se atosigaron con ella. Eran los hombres y mujeres de aquella isla de mucha talla, y tan celosos de su libertad que era imposible atraparlos vivos; y si los extranjeros capturaban a alguno y luego lo soltaban, eran los suyos los que le daban muerte. Iban desnudas las mujeres como su madre las parió, con los cabellos largos y rizosos, cortados con gracia en el frente; trataban los franceses de colarse entre ellas como perro por viña, pero huían ante los guerreros pintados de color azafrán; y contaban después que eran más de cien mil los enemigos, aunque no pasaran de mil.

Vieron que era esta isla redonda, con tales barrancos y calderas que daban terror, con alturas grandísimas que llamaron roques los franceses. Hallaron un árbol sagrado que llamaban los nativos garoé, que aun siendo muy viejo, destilaban sus hojas tanta agua que hombres y ganados bebían de él. Tenía su tronco más de doce palmos en redondo y había a su lado dos pilas de piedra; subía todas las mañanas una gran niebla desde el mar, que al dar en el árbol se deshacía y destilaba el agua suficiente para toda la isla. Hallaron un pequeño castillo donde los malhechores solían acogerse, mas si los capturaban los suyos los ahogaban en una letrina, hallándose además de muertos con muy mal olor y el cuerpo pegajoso y embarrado.

Pasó el tiempo y Juan de Béthencourt tuvo otras batallas, haciendo muchos prisioneros. Repartió las tierras entre franceses y españoles y dictó leyes para todos; pero no estaba bueno de salud, deshechas las muelas y los dientes, y comenzó a pensar en volver para siempre a Normandía, dejando a su sobrino como gobernador de Lanzarote. Después de muchas dudas invitó una noche a sus amigos para despedirse de ellos, y nombrando públicamente a Maciot le mandó que hiciera justicia en las islas a la manera de Francia y Normandía. Así, un día de diciembre se dispuso a dejar las islas Canarias para siempre, y volver a morir a su país.

Había que ver a todos gritar y lamentarse, más a los isleños que a los propios franceses, pues estaban seguros de no volverlo a ver. Hubo algunos que al verlo partir se lanzaron al mar, rogando no los abandonara, con lo que el caballero tenía el corazón tan apretado que no podía hablar. Había hecho dorar los mástiles con panes de oro, llevaba velas rojas y en ellas sus armas pintadas; todas las cuerdas de la nao eran de seda y el castillo de popa de brocado, y estaban los gallardetes ricamente adornados con escudos de armas flameando en el extremo de los mástiles, tan largos que rozaban el agua. Iba

Béthencourt muy bien vestido a la francesa y resonaron vítores, alabanzas y amorosos gritos, durando las aclamaciones y aplausos casi un cuarto de hora.

Había decidido visitar España de camino hacia Francia y al llegar lo besó el rey de Castilla como solía, mostrándole infinito amor. Lo alojó en una rica cámara muy bien ataviada con paños de seda y raso, enviándole una pelliza de armiño; además le dio dos caballos hermosos y una mula muy buena, para que viajara a Roma a ver al papa, pues quería pedirle que enviara un obispo a las islas. Ya pesaban sobre los lomos del caballero los sesenta y pico y la piel de su rostro estaba llena, aunque le iban asomando hacia los lagrimales de los ojos ciertas patas de gallo. Llegado a Roma le besó al papa los pies, pidiéndole el obispo; el papa lo recibió en su casa, regalándole bienes suyos, pues siempre había concedido indulgencias a los que bautizaban infieles. Cabalgó luego hacia Florencia, donde se hospedó en la hostería del Ciervo en la calle Mayor; cuando lo supo el alcalde de aquella ciudad le envió viandas y vino, y un hermoso regalo, además de pagarle los gastos. Él siguió cabalgando con buena suerte hacia París, donde se detuvo una semana para saludar a sus conocidos; y después de un corto descanso salió hacia Normandía, tomando el camino de Béthencourt-Sur-Somme.

Allí estaba su esposa, con quien pasó una temporada, y a los pocos días era ya la celebridad y conversación de melancólicos, desocupados y noveleros. Los parientes de los que fueron con él a Canarias le preguntaban por sus hermanos y primos; aunque de mala gana salía a recibirlos, sin saber todavía que era ya más cabrón que un marido consentido, pues su esposa tenía amores con su propio hermano Morelet. Más tarde se fue a su morada de Grainville, donde se había criado con su madre y su abuelo; las damas que dejó maduras estaban jubiladas y las que había dejado en los amagos de la senectud las halló con aspecto de hechiceras y brujas. Cuando estuvo alojado en el castillo, llegaban gentes con regalos, y recibió allí muchas cartas llevadas a mano por los más rápidos mensajeros de Francia.

Por entonces empezó a sospechar que su esposa se estaba dejando tamborilear las nalgas por alguno, así que decidió hacerla venir. Llegó más tarde Morelet, que era hermano suyo de padre y madre, y se reunieron muy cariñosamente. Era todavía Juana de Fayel joven y de gran hermosura, y él era un hombre casi viejo; y por mi sed, que cuando hay nieve en las montañas que son cabeza y barbas, no debe quedar mucho calor en la bragueta.

Nunca ha habido dinero de mujer que no tuviera pleito; cuando liquidaron sus bienes, fueron sus relaciones de mal en peor, pues ya no quedaba nada que él pudiera vender. Él ingresaba poco, y ni lo que llegaba de las islas lo tenía seguro; pasó algún tiempo endeudado, y aunque parecía que nadaban en la abundancia, no les llegaban los ingresos ni para pagar a los criados. Vendieron las últimas tierras que tenían para pagar varios meses de impuestos; la vida no era fácil por entonces en Normandía, y donde no hay olla mora el diablo.

Cuando más falta hacía dejaron de llegar los envíos de las islas Canarias; tuvieron que pedir un empréstito a los usureros judíos, sin que pudieran pagar ni los réditos. Era él hombre mayor, tosía y escupía, quejándose de piedra, orina y riñón; y como la señora además de joven era alegre, se divertía a sus anchas con su cuñado Morelet, que era doble cuñado, pues estaba casado con la hermana mayor de Juana, llamada María.

Ella se lamentaba de no haber podido tener hijos con su esposo; y aunque digan que el último que lo sabe es el cornudo, no pasó mucho tiempo sin que ambos hermanos tuvieran una gran disputa por ella. “Estaría bueno verla preñada y no saber de quién”, bramaba el esposo. No pudo decir más, de lo turbado que estaba, y al verlo tan alborotado se santiguaban los criados con toda la mano. Se quejaba ella de haber sufrido tanto mal sin haberlo merecido, pues mientras él estaba viajando por los piélagos de Neptuno, había sido ella señora de muy buena fama.

Iba la palabra de boca en boca, pues el mal del cornudo lo sabe todo el mundo, aunque él sea el último que se entera. Un aciago día se le ocurrió decirle a su marido: “Sería más natural que yo me hubiera casado con vuestro hermano Morelet, que es más joven y apuesto que vos, y vos con mi hermana, que es más vieja que yo”. Se lo decía en broma, pero él no lo tomó así y desde entonces la insultaba cuando se cruzaban por los corredores del castillo. Así, de aquella frase de Juana de Fayel resultaron grandísimos males, pues el marido celoso no reposa. Perdió ella el amor de su esposo y Morelet tuvo que dejar el castillo, ya que su hermano no quería ni verlo; así que estaba consternado, y más lo estaba la señora.

Sentía el caballero unos celos tan crueles que intentó hacer confesar a su mujer; como no lo consiguió, ante sus ojos echó al fuego todos sus vestidos y tocas de seda, y mantos de terciopelo con galones de oro; a ella le hizo mucho daño, además de por el destrozo, por las cosas que le decía. No se detuvo aquí el caballero, sino que ordenó que la llevaran a Béthencourt-Sur-Somme y la encerraran en un oscuro calabozo, donde le pasarían a diario de comer y beber. En cuanto a Morelet, no se atrevía a pisar los lugares que solía frecuentar su hermano, para no provocar su cólera; pues le había mandado decir que nunca tendría nada que hubiera sido suyo, y antes lo vendería todo por despecho. Supo que estaba empeñando o vendiendo lo que quedaba de su hacienda para desheredarlo, y lo que más sentía era el castillo y casa fuerte de sus antepasados, pues de allí procedía su baronía, y sin eso se quedaba en la calle.

Hasta tal punto llegó el odio del caballero, que habiendo tropezado ambos hermanos en un lugar llamado Val-Béthencourt, hicieron como si no se conocían. Se ha dicho que quien casa con mujer hermosa se descasa de su honra, pues la esposa y la espada no se han de prestar. Todos estos sinsabores hicieron que el caballero enfermara gravemente en Grainville, donde empezaba a notar los achaques de la ancianidad, la vejez y la muerte; y cuanto más viejo y

enfermo, estaba más celoso de ella. Se veía fatigado e inútil, y siendo el frío del castillo dañoso a sus carnes y nervios, sufría toses catarrales, dolores articulares y nefríticos y una laxitud general. No le faltaban ofuscaciones en la vista y torpeza de oídos, pues además era desgraciado por causa de las invasiones de las tropas inglesas que iban sitiando y demoliendo muchos castillos. Para colmo, en esos meses cayó enfermo su primo Robín de Bracamonte.

Cuando tomaron los ingleses Normandía, tuvo que sometérseles para conservar lo poco que tenía. Pasaba el tiempo encerrado en su castillo, protegido por una guardia inglesa, ya que su vejez y sus graves dolencias lo tenían sujeto a la cama durante muchas horas del día y meses del año, tantas eran las traiciones de sus achaques y los asaltos repentinos que su naturaleza sufría. Pues su cuerpo se iba torciendo hacia la tierra y había empezado a descubrir los costillares que los maledicientes llaman corcova.

Los años que siguieron a la invasión de los ingleses fueron espantosos y tristes por los robos y crímenes que hubo, de forma que a muchos se les abrió la sepultura. Solía aplacar el caballero el hambre con un trago, pues combatía el catarro con el jarro, ya que mala es la llaga que no sana con vino. Una tarde después de levantarse de la mesa se le empezaron a rebutir los hipocondrios con tristes humos de negras aflicciones; y para remediar su mal decidió echar la comida, es decir, echarse él y la comida sobre la cama. Por la mañana amaneció con una especie de delirio, perdida la memoria y el discernimiento por las angustias y dolores. Al verlo tan tendido y quebrantado cambiaron los médicos sus métodos de curación, quedando su rostro empapado en la sangre que escupían las sanguijuelas mordiendo alrededor. Nadie lo envidiaba ahora, sino más bien le tenían lástima, pero aunque estuviera medio cojo bien visitaba la bodega, y al menos el beber y el cagar seguía haciéndolo con reposo.

Debió una noche cenar salado y beber mucho, pues al día siguiente cayó muy enfermo en el castillo de Grainville; y como aún era viviente y tenía el juicio algo mejorado, quería antes de morirse confesar sus pecados, para que los gusanos no picaran en sus traiciones y mentiras. ¡Nunca se le presentaron sus delitos tan horribles, ni la eternidad tan dilatada! La fiebre cedía en días pares, pero solía repetir, y viéndose tan malo mandó llamar a sus amigos, y en especial a su hermano Morelet, que era su pariente más cercano y heredero, pues tenían intención de decirle algunas cosas. Varias veces preguntó dónde estaba y por qué no venía, hasta que viendo que no llegaba les entregó a sus amigos una copia de su testamento, añadiendo con un hilo de voz: “En cuanto a mi hermano, bien veo que nunca lo veré. Por eso os encargo le digáis que vaya a mi escribano que vive en París, y que le pida un cofrecillo que yo le confié con las escrituras de mis feudos de Grainville y Béthencourt”.

Dicen que contra la muerte no hay cosa fuerte; y habiendo pedido el orinal que estaba en la cabecera, estando orinando advirtió un dolorcillo que lo alborotó. Salieron los amigos y quedó el sacerdote;

y viéndose en la elección de salvarse o condenarse, confesó que lo habían corrompido la envidia y la malicia, lo que públicamente declaraba. “Al pobre atropellé con violencia y al rico hablé con veneración y respeto”, dijo con gran voz que todos oyeron. Como nunca es tarde para hacer el bien, mandó que devolvieran la libertad a su mujer; y como quien menos tiene hace más largo testamento, andaban los testigos dando vueltas, esperando a que terminase, diciendo: “Mando a Dios todopoderoso mi alma que crió, y mi cuerpo a la tierra, para que lo entierren en mi parroquia”

Recibió luego el Santo Sacramento con mucha piedad y gran devoción, y no tardó mucho en expirar, quedando más frío que la nariz de un perro. Entregó el alma en brazos de fray Pedro Boutier, su confesor y confidente, falleciendo a los sesenta y dos años de edad, aunque bastante avejentado; no hay que dudar que tuvo nuestro caballero el fin más ejemplar que podamos decir. Su hermano llegó cuando ya se moría y no podía decir palabra. Quedaba Morelet señor de Béthencourt y Grainville-La-Teinturière y, sobre todo, quedó barón de St. Martin-Le-Gaillard, que era lo que él quería.

Murió el señor de Béthencourt como el resto de los mortales y salió de este siglo al otro, Dios le perdonara sus malas acciones; pues han de morir el papa, el duque y hasta el prior de Guadalupe. Así, a los veinte años de haber regresado de las islas Canarias lo enterraron en Grainville ante el altar mayor de la iglesia; y como a nadie lo alaban hasta que se muere, todos lo decían de un carácter tan dulce como modesto y desinteresado, pues había buscado como buen cristiano la conversión de los salvajes.

Había dejado gobernando las islas a Maciot de Béthencourt, hijo de Morelet. El nuevo gobernador cometía muchos abusos con los naturales, pues los hacía esclavos y mantenía en su palacio un harén con las esclavas más hermosas y jóvenes. No contento con eso, casó con una princesa de las islas llamada Teguise. Pero el obispo de las Canarias se opuso a tanto desenfreno; llegaron tres carabelas de España y lo tomaron preso, llevándolo a Sevilla. He de decir, señoras y señores, que desde entonces han sufrido tantas vicisitudes las islas que sería largo de contar; en cuanto a Juana de Fayel, no sé si vive todavía, mas es lo cierto que no volvió a ver a su marido. He oído decir que cuando se vio libre ingresó en un convento, para vivir allí tranquila el resto de sus días”

***

Terminada la historia del conde de Nimes, llegó un hermano lego con el aviso de que se levantaran y fueran a comer, lo que hicieron todos muy gustosos. Después de descansar un rato bajaron a la huerta, pues lucía un hermoso sol en el cielo. Cuando estuvieron sentados sobre la verde hierba, dijo la señora Margarita. “Quisiera que la historia de esta tarde versara sobre alguna mujer, y han acudido a mi memoria unos tristes hechos ocurridos en la región de donde soy natural”. Todos

le dieron su beneplácito, y ella añadió: “Ciertamente, es una historia tan triste y extraña como la que más, y la recuerdo con todo detalle”. Ante estas palabras ellos le rogaron que empezara; se acomodó para hacerlo y dijo, mirando a las señoras: “Pero me habéis de prometer no llorar”. “Puesto que lo pedís -dijo la viuda-, podéis estar tranquila; yo prometo que no lloraré”. Entonces, ella comenzó:

Cómo Isabel la Canaria, sin darse a conocer, acompaña en su vuelta a Francia a Gadifer de La Salle; entra a servir en un castillo y se casa con un jorobado, y cómo al poco tiempo de su boda da a luz a un niño que es hijo de Juan de Béthencourt. Se inicia en las artes mágicas, por lo que es denunciada al tribunal de la Inquisición. Y de su trágico final.

"Cuando Isabel la Canaria viajó a Francia en el barco de Gadifer, no se dio a conocer a nadie; llegada a tierras francesas, lo poco que llevaba se consumió pronto y empezó a pedir por Dios en los caminos donde todos trampeaban, todos robaban y mendigaban. Caminaba de noche por los caminos y de día por los jarales, sin saber cómo remediarse ni de quién valerse, pues dicen que el miedo y la tristeza constituyen una afición melancólica; y aunque alivia la pena llorarla, era la suya sin consuelo y más amarga que la hiel. Seguía su ruta junto a peregrinos descalzos, juntándose en villas y ciudades con vagabundos que andaban entre la taberna y el burdel. Se mezclaba en los barios más negros y en las callejas más desoladas con otros mendigos y pordioseros que pedían limosna a los ociosos, y a algunos los agarraban los soldados de las puras carnes, según estaban de raídos.

Iba Isabel como una dolorosa y venían los piojos paciendo por la dehesa de su mísero cuerpo. No sabía qué hacer ni de qué parte echar, y la última moneda que tenía se la dio a otro más necesitado, un viejo siervo que le hizo un largo parlamento diciendo haber sido criado de un cierto señor; pero era ruin y le daba poco aguinaldo, así que lo había dejado para acudir al castillo de unos nobles muy ricos que vivían en el corazón de Normandía. Juntos pensaron dirigirse a París. Iban franciscanos y frailes jacobinos junto a prelados y ricos burgueses; llevaban éstos para el camino jubones abotonados y calzas abrigándoles las piernas, y usaban sus señoras terciopelos y sedas en sus vestidos y carrozas, con toldos de raso y damasco, pues sabido es que a ningún burgués le faltan las buenas telas y abrigos.

Era su compañero de casi setenta años de pobre, porque nació de padres lo mismo y se lo dejaron como herencia de por vida, por lo que nunca se vio abrochado ni cubierto de la cintura para arriba. Vivía de las limosnas del camino, buscando la protección de tabernas y mujeres de la vida, que eran pan de hoy y hambre para mañana. Juntos pasaron villas, aldeas y castillos, siempre preguntando por aquellos señores, porque las realidades habían sacado a Isabel de sus glorias pasadas, y había decidido ponerse a servir.

Se cruzaban con propietarios o plantadores de viñas, o comerciantes que iban a vender el ganado; de lejos veían las torres de un nuevo lugar, hallando tenderetes donde vendían alimentos y sacos de lana. Así llegaron a París, donde se asombraba Isabel de ver tan espaciosas calles empedradas de losas enormes, y de tantos voceadores como recorrían las plazas anunciando desde hora

temprana que ya estaba caliente el agua para los baños. Un hombre con una campanilla pedía oraciones para un fallecido, y los vendedores llamaban a las puertas ofreciendo arenques frescos o ahumados, carne fresca o salada, con salsa de ajos y legumbres para los ricos.

Otros vendían miel, huevos, pájaros y caza, y atronaban las calles los bandos del rey pidiendo voluntarios para una guerra que duraba ya tantos años. Los molineros ambulantes preguntaban a voz en grito si había algún grano que moler; lo mismo hacían los remendadores de zapatos y peroles, o los que vendían candelas de algodón y mechas de junco para lámparas. Llegaban a los portales los que compraban hierros viejos, y andaban por doquier los fabricantes de armaduras que pasaban sus fórmulas con mucho secreto de padres a hijos; se alzaba entre ellos la gritería de los pedigüeños, que se juntaba con las voces y risas de los escolares y ciegos del hospicio.

Miraba Isabel admirada las extraordinarias cosas de París, admirando la isleta sobre el río donde vivían el rey y el obispo, uno en su palacio y el otro en la catedral. Caminaron por calles tortuosas y pasajes estrechos, y saliendo a los muelles vieron bajo las ventanas de los ricos los medallones en piedra que pregonaban su nobleza; pues estaban construyendo por entonces casas con entramados de madera y puertas decoradas con relieves, muy juntas en el recinto amurallado.

Les dieron por las calles algunos mendrugos, que aunque eran pocos les parecieron muchos; y saliendo por fin de París tomaron el camino de Normandía, ella y su improvisado compañero. Iba delante un hombre con un capuchón agujereado, con los zapatos rotos y pisando la tierra los dedos de sus pies. Llevaba en un carro de basuras a un niño pequeño muy sucio y andrajoso, y caminaban a su lado otros dos de cuatro o cinco años, gritando de hambre. La madre, que andaba descalza corriendo la sangre por sus pies, suspiraba entretanto pidiéndoles que se callaran.

Dejaron atrás las murallas y puentes de París, y adelantándose Isabel con su compañero llegaron a una venta donde antes había un viejo molino de agua. Estando allí vinieron unos mercaderes de sal, junto a varios peregrinos que los convidaron a comer; lo hicieron ellos al galope por temor de que los pusieran en la calle antes de acabar, y se llevaron una jarra de miel y un saquillo de sal que les dieron. Tras varios días de camino divisaron el castillo, donde llegaron descalzos y tristes, cobijándose ambos en el hueco de una puerta antigua. Llamaron, y les abrió un criado que les indicó que esperasen; apareció luego diciendo que pasaran, pues necesitaban una sirvienta y un pastor de ovejas.

Halló Isabel el lugar descuidado, abierto de par en par y todo revuelto, por lo que tuvo que trabajar muy duro en barrer y limpiar. Anduvo desde el principio con gran puntualidad, pues era limpia y hacendosa; mas como vio que sus compañeros no le tenían mucha confianza, no despegó la boca acerca de su pasado, procurando sólo trabajar y dar gusto. Las horas que le sobraban cuando no sabía qué hacer, tenía las sartenes que se podían limpiar con la capa y los cazos

como espejos; no respondía nunca cuando la reñían, ni daba ocasión para ello. Era entre sus compañeras la primera en pelar aves y fregar, limpiar, barrer y soplar la lumbre; no estaba el ave acabada de pelar y ya había tomado el almirez y molía hierbas para salsas y guisados, o bajaba con una vela par mirar la casa y echar la aldaba de la puerta. Y, mientras de día cumplía con su oficio, soñaba por la noche en sus amores pasados.

Era su ama una señora anciana y bondadosa, que andaba por sus muchos años más torpe que una mano sin dedos, tropezándose como los murciélagos; pero era mirada con sus criados, por lo que ellos la servían con fidelidad. Estimaba mucho a Isabel, pues no hablaba nunca sin que le preguntaran, lo que era para ella la mejor cualidad que podía tener.

Enfermó la buena señora de una fiebre ardiente a la que siguieron temblores y delirio. Acabado el trabajo, se echaba a dormir Isabel a la suavidad de la lumbre junto a su ama; y cuando mejoró, como viera que faltaba alguna vez junto a su lecho, preguntaba siempre por ella. Fue poco a poco Isabel ganando crédito en el castillo, agradando a unos, contentando a los otros y sirviendo a todos. Un día la encontró su ama muy triste, con los ojos bajos y llorosos; le preguntó qué le pasaba y dijo ella que estaba deseando morirse. La consoló la anciana, pidiéndole que no dijera tales cosas, y le rogó que le contase qué tenía. Y como confiaba en ella, la hizo Isabel tesorera de su secreto; lo que ella agradeció, y hasta la hizo sentarse a su mesa.

Ocupaban los ancianos señores un torreón y dormía Isabel en la parte más alta, junto a los palomares y tejados, subiendo por una escalera empinada y oscura. La llave de su alcoba chirriaba en la cerradura y andaba ella entre plumas y cagadas de ave, hasta el rincón donde habían echado un colchón de paja y algunos viejos almohadones. Llevaba oculto entre su falda un puñado de tiernos guisantes franceses, y se los comía despacio, porque ya notaba el hijo en sus entrañas y tenía que comer para dos. En la mesa, cuando servían aquellas grandes tortas de hojaldre, ella recogía las sobras o tomaba de los platos de los invitados alguna tajada de jugoso jabalí. De noche soñaba con las islas, recordando las olas que enviaban a la playa ramillas partidas o un viejo tocón, y en su sueño le parecía verlo cubierto de diminutos mejillones, que formaban una masa áspera y oscura. La arena se cubría con la masa viscosa de las algas; cuando se retiraba la marea dejaba las playas alisadas, y encima aquella masa verde reventando humedad.

Durante muchos días aguardó en vano alguna noticia de Juan de Béthencourt, pues aunque no quería amarlo, deseaba que él la quisiera todavía. Le hubiera gustado recibir por medio de un correo una larga misiva con expresiones de arrepentimiento o amor, pero lo que un día había sido no volvería a ser. Llegaban viajeros al castillo de todos los puntos de Francia; para acogerlos se descorrían los grandes cerrojos y bajaban el puente levadizo. Salían y entraban las siervas con el cántaro a la cabeza, y llevando el agua a la cocina la volcaban en

lebrillos de loza cerca del hogar. Siempre a la misma hora acudía Isabel a la entrada del torreón; entonces el viejo señor del castillo se desprendía de la gorra y el capote de caza, dejando ambas piezas colgadas de una gran cornamenta de ciervo. Ella lo seguía hasta la sala, donde él se sentaba en un escabel; en silencio lo ayudaba a cambiar de calzado, y tomando las botas de caza que se habían manchado de barro las llevaba a secar y a lustrar.

Luego, cuando el sol se ponía y apenas se vislumbraban sus pálidos rayos por las desnudas ventanas de la gran cocina, contaba Isabel relatos de su país a los hijos de los siervos, que la escuchaban con ojos atónitos. Les refería con una dulce voz la historia de las islas que surgieron en tiempos muy remotos, donde los isleños adiestraban a sus niños lanzándoles piedras primero y luego puntas agudas como lanzas. Decía que crecían en aquellos lugares plantas muy raras y olorosas, y un fiero dragón guardaba un manzano que daba manzanas de oro; pero luego el dios Zeus, que era el padre de todos los dioses, montó en cólera con los habitantes de las islas que llamaban atlantes, hundiendo sus tierras en el mar, de forma que sólo quedaron las altas montañas plagadas de lobos marinos.

Todos los días llegaban al castillo vecinos con yuntas de bueyes, y para darles de comer se asaban grandes piezas que giraban al fuego, recogiendo la grasa en un recipiente, mientras majaba Isabel las especias en un gran mortero. Se levantaba muy temprano, y ayudaba a la señora a tejer calzas para su único nieto que servía de paje en la corte del rey en París. Un mensajero del castillo le llevaba cartas y paquetes, y un calzado especial hecho para el muchacho por el mejor zapatero del lugar. De tiempo en tiempo le enviaban frutos de la huerta, y un jabón hecho con sebo de animales y perfumado con esencia de pino.

Conocía Isabel todo lo que ocurría en el castillo, pues andaba como una sombra por los corredores, sorprendiendo sin proponérselo conversaciones y cuchicheos. Vio una mañana a una dama blanca y hermosa que se parecía a la señora, y supo que era su sobrina, la esposa francesa de Juan de Béthencourt. Se quedó tan sin sentido al saberlo que fue maravilla poder tenerse en pie, pero pronto se halló consolada, pensando que también la había abandonado él. Supo que se llamaba Juana de Fayel y pasó en el castillo una buena temporada, tejiendo bonitos tapices y probándose hermosos vestidos. Gustaba esta señora de hablar con los caballeros y escuchar a los trovadores, que distraían a las damas con juegos malabares, tocaban música y contaban cuentos, y luego en la cocina devoraban pollos y budines.

Un día cortaba Isabel las legumbres cerca del hogar, junto a una ventana que daba a la montaña. Desde allí podían verse los labradores con sus yuntas de bueyes, y las carretas que hacían su recorrido a los pueblos vecinos. De pronto oyó el ruido de la pólvora y vio a un soldado que disparaba su espingarda sobre un hombre, que se despeñó por la ladera. Cuando lo trajeron al castillo supo que era su

antiguo compañero de camino; tenía la rodilla deshecha y sangraba su rostro, empapado de sangre su cabello canoso. Lo entregaron al tribunal de la Inquisición, pues dijeron que lo habían sorprendido llevando a cabo hechizos infernales, y varias personas del pueblo fueron inculpadas con él.

Cuando a Isabel la enviaban al pueblo vecino a hacer algún recado, se demoraba en el camino pisando la hierba humedecida, pues estando libre se sentía feliz. Una vez en la aldea hallaba en una calleja el taller de carpintería, lleno de virutas rizadas que despedían un olor agradable a madera fresca. Tenía que tener cuidado para no tropezar con los tablones apilados, caer y que se malograse la criatura. De camino al taller del zapatero, que hacía zapatos y chapines para los señores, se detenía mirando a un bretón picado de viruelas que gritaba con voz cascada vendiendo emplastos de eucaliptos para el enfriamiento. Vendía también navajas de barbero y plumas de ave para escribir, o píldoras que él mismo fabricaba con hierbas y miel para curar el mal de ojo, mientras su concubina aguardaba con su negro cabello grasiento y un cansancio infinito en los ojos.

Aquel día se habían reunido muchos mercaderes en la plaza, donde representaban los autos de pasión. Estaba el mercadillo abarrotado de atún fresco, truchas asalmonadas y otros diferentes pescados. Habían llegado al lugar sastres y juboneros, y los titiriteros hacían sonar sus cascabeles para animar a los enanos y los monos. El barbero era a la vez cirujano y dentista; de sus emplastes nadie se moría, aunque nadie llegaba a sus manos con un dolor de muelas que no saliera con otro mayor. Se sospechaba que no era cristiano viejo, aunque él aseguraba descender del triunvirato romano.

Estaba ya muy fatigada y volvía al castillo con un par de chapines, cuando le salió al paso un jorobado. Era mohíno de cara, cargado de espaldas y de azotes en ellas; postrándose a sus pies le dijo que la amaba desde que la vio, y le pidió matrimonio, induciéndola a ello con muchas razones. Y aunque fuera mucho de éste al otro, aprovechando una ausencia de los señores abandonó Isabel el castillo para casarse con su pretendiente. Procuró tener paz con él, porque había cumplido lo que como cristiano no cumpliera el caballero Juan de Béthencourt, que fue casarse.

Cuando la vio el marido desnuda, como maternidad ni hurto no pueden ocultarse, le preguntó: “¿Qué es esto?” y la infeliz le dio a entender que no había ido virgen al matrimonio. El se quedó como estatua de piedra, oyendo con la boca abierta, pero como era hombre de estómago y aquel defecto ya lo presentía, le preguntó si había concebido a escote de muchos o si era hijo de un solo padre. Era su casa una choza mal levantada en un camino sin empedrar, con las paredes de madera y el tejado de bálago, donde criaba un cerdo y algunas gallinas. Cuando los hombres araban con bueyes ella escardaba y recogía el heno, pues se había casado sin el permiso de los señores y no podía dejar las tierras del castillo. En caso de huir los prenderían a los dos, a no ser que se unieran a las bandas de

vagabundos. Soñaba ella en escapar de las tierras de los señores y acogerse en alguna ciudad, pues si resistían un año en alguna de ellas, podían considerarse libres. Pero no tenía valor para hacerlo, y menos su marido, porque menos poner huevos, no le faltaba nada para ser gallina. Así que permanecieron en aquella casa de paja donde bastaba poca lumbre para levantar un incendio, comiendo unas sopas mal aderezadas y almorzando las sobras de la noche anterior.

De pronto llegó una borrasca que descuajó los olmos centenarios del bosque; cayeron murallas enteras por la fuerza del viento y tan limpiamente se troncharon que en el suelo yacían las piedras unas junto a otras guardando la posición inicial. Se hundieron tejados enteros; hasta parte del castillo de los señores se derrumbó, y el agua de la lluvia entraba dentro del torreón. Aquella misma noche se puso de parto Isabel, y él se vio antes de fecha padre de un pequeño. Quedó el cornudo muy corrido y los vecinos aún más, porque no sospechaban nada, y llamando al hijo bastardo decían honestamente que la madre era prostituta. Mas con el niño se olvidó Isabel de sus penas, loca de contenta porque era hermosísimo; y hasta se olvidó del marido, sin que osara él poner las manos en ella. Dormía él con los perros para que no ladraran; se acostaba ella con el alba cosiendo pañales para el recién nacido, y tenía las manos rojas de tanto lavar en el río.

Pero de la noche a la mañana el niño enfermó, y ella tuvo que revivir las angustias de otro tiempo, cuando perdió a su primer hijo en las islas. El pequeño gemía y lloriqueaba mientras ella observaba su pálida carita, el pelillo pegado a la frente por el sudor, la nariz afilada y los grandes ojos mirando al vacío. Tenía los bracillos y las piernas flacos, y el vientre tenso y redondo; y aunque mamaba todavía, no bien había tragado la leche cuando la vomitaba, y se quedaba flojo y jadeante como un muñeco de serrín que se hubiera quedado vacío.

Llegados los días asfixiantes de agosto el niño iba de mal en peor, y mirándolo el enano, dijo: “Tu hijo no pasará de esta noche”. Entonces tomó Isabel la decisión de visitar a la bruja que vivía en un claro del bosque; pues según decían tenía poderes contra la peste y las dislocaciones de los huesos, y con bebedizos curaba toda clase de males. Ocupaba una choza a la orilla del río; allí se dirigió Isabel, y cuando iba a alargar la mano para hacer sonar la campanilla, como por ensalmo se abrió la puerta y apareció ante ella la vieja, que se llamaba Cunegunda. La siguió a un cuchitril lleno de bebedizos mágicos y redomas con filtros amorosos, marcados con signos cabalísticos. Le habían ponderado a esta mujer, que hacía sobrevirgos y curaba las penas de amor con una medicina de drogas astringentes. Las mujeres infecundas la consultaban por su sucesión y las solteras por sus bodas; las aborrecidas por sus maridos le pedían remedios para reconciliarse con él, y habían pasado por allí algunas desesperadas a punto de quitarse la vida. Decían que había recibido del diablo un libro escrito en hebreo, conteniendo la sabiduría del rey Salomón; tenía amistad con gatos y murciélagos, y criaba en su cabaña un mono, además de otros

repugnantes animales como ratones, arañas y babosas.

Aseguraban que se le aparecía Satanás y la saludaba con ventosidades pestilentes, protegiéndola de los inquisidores. Se dijo que usaba la fórmula de Cipriano el mago para hacer diablillos, dándoles de comer limaduras de hierro dentro de un canuto de boj. Aquella mujer le hizo concebir esperanzas sobre la salud de su hijo. “Vuelve a casa -le dijo-, y le das esta pócima, porque tu niño está aojado”. Le leyó un encantamiento caldeo para curar las penas ocultas, conjuró su mala suerte por el nombre supremo escrito en el corazón de la luna, y era su voz tan mágica y terrible que llenó a Isabel de escalofríos. Ella le ofreció unas monedas y la anciana no quiso cogerlas; además, al despedirse le dio una medalla de plomo de las que cosen los peregrinos en sus ropas, con la Virgen y el Niño que llevaba en la mano una manzana y una flor. Salió Isabel bordeando la orilla del río, y caminando llegó a su casa cuando iba a amanecer. Le dio al niño moribundo la pócima y se echó en el camastro con él. Aquella mañana se levantó temprano; mirando al pequeño vio que había sanado y agitaba al aire sus manitas, pidiendo alimento.

Desde entonces, la vida de Isabel cambió. Algunos difuntos que estaban en el purgatorio se le aparecían en sueños reclamando oraciones, y tenía visiones de demonios que desde el infierno le traían mensajes de algún condenado. Otras veces veía sus islas como si las tuviera delante, y se sentía transportada hasta los acantilados rocosos, donde brillaban las espumas con fosforescencias misteriosas. Sentía en su cuerpo el latir de la tierra y el frescor de la brisa entre las palmeras gigantes, y temblaba con su perfume embriagador.

Por aquellos días habían llegado al pueblo los romaníes, que llevaban las orejas perforadas con grandes aros de plata maciza; eran sus mujeres las más negras y feas que se pueda imaginar, con los cabellos como crin de caballo y todas cubiertas de andrajos. Llevaban con ellas a unas viejas que leían las manos, poniendo discordia en los matrimonios, ya que decían a la esposa que su marido la engañaba, y a ellos que sus mujeres les ponían los cuernos. A todo esto se estaba volviendo el jorobado más mohíno que nunca; lo acometieron dolores en distinto lugar, que el más fuerte amortiguaba al otro, y así de noche su enfermedad crecía, no siendo su cama más que una estera vieja en un suelo lleno de hoyos.

Llamó Isabel a una gitana para que intentara curar al enfermo; pero él empeoraba más y más, se iba secando y consumiendo con dolores fríos que eran señal de muerte. Y habiéndolo sangrado la gitana fue peor el remedio que la enfermedad, pues la convulsión fue mortal. No osó el pobre paciente ni mover el labio para quejarse; tuvo que ausentarse Isabel y a su vuelta lo encontró cadáver. Salió la gitana gritando hacia el adarve, y llegó a la iglesia, a cuya puerta habían acampado los suyos. De esta forma la boda tuvo final en mortuorio; todos en el pueblo lo sintieron, pues era tan honrado el muerto que sólo robaba las voluntades. Le cavaron una humilde fosa, y el mismo día supo Isabel que también el señor y la señora del castillo

habían muerto con pocas horas de diferencia.

Por entonces llegó a sus oídos que mosén Gadifer de La Salle había entrado en religión, y que acudiría al funeral por los ancianos en la parroquia del pueblo. Aquella mañana la torre de la iglesia brillaba al sol del amanecer, cuando ella avanzó por el pasillo central buscándolo con la mirada entre los otros religiosos. Lo vio junto al altar: era su cabello canoso y el cuerpo se le había vuelto más robusto. Le besó la mano y él no la conoció; le pidió perdón por sus pecados, y él le dio la absolución.

En aquellos días la llamaron por primera vez a declarar en el palacio del obispo, acusada de brujería. Es verdad que tenía varios amuletos como recuerdo de las islas, y criaba plantas con propiedades mágicas que le había dado la hechicera del río. Una vecina pensó que era bruja y hubo denuncia en el tribunal de la Inquisición, por lo que la llamaron a palacio. Quiso su mala suerte que fuera el juez un hombre de unos treinta años, docto en teología y en deshonestidades; tenía el religioso una figura tan grave y pavorosa que ponía en los acusados un miedo tan grande como si hubiera levantado el demonio una polvareda de azufre.

Habían llamado también a un escolar entre brujo y astrólogo, con perspectivas de hechicero, que vivía muy contento en las mazmorras porque le daban la comida y el entierro. Todos los verdugos habían probado la mano en él, porque decían que salía por las buhardas como si lo disparasen con un tiro de artillería; y fueron tales las acusaciones, que el escolar subió en el asno hacia el suplicio sin poner siquiera el pie en el estribo. Aguardaba Isabel su turno, y se sentó lo mejor que pudo por no poder tenerse en pie. Luego empezó a temblar, pues estaban sus jueces tan pálidos, inmóviles y mudos que parecían estatuas; y los otros acusados de tal forma que no meneaban pie ni mano, llevando todos dos pares de grillos y una cadena. Al quitárselos salían pegados los andrajos; ellos pedían perdón por sus errores y los pecados cometidos, y caminaban luego arrastrando los pies hasta las empedradas callejas, con una vela apagada en la mano y el capirote infamante a la cabeza.

Fue a visitarla un confesor; ella le contó sus cuitas y le rogó que las traspasara a un tal mosén Gadifer de La Salle que no hacía mucho tomara los hábitos, pues él la conocía de antiguo. Prometió él que la ayudaría, pero no lo juró; se confesó ella, y se desvelaba pensando en qué habría pecado contra la Santa Inquisición, pues no le parecía que hubiera cometido pecado mortal, ya que había ayunado y cumplido los domingos con la Iglesia. Pero eran los brujos muy perseguidos por aquellos lugares, rompían las gentes sus puertas y ventanas, despojaban sus casas y se llevaban sus pertenencias.

Era el actual obispo el hombre más codicioso del mundo, y no le importaba dónde y cómo tomar, sino tomar. Llamaron como testigo a un bravucón, mozo de cocina en el castillo de los señores, que debía estar fregando y era peor que el rejalgar; y, siendo un puerco encenagado, quería ensuciar a todo el mundo. Conocía a Isabel y

hablaba de ella peor que del demonio, pues juraba que usaba para sus filtros mágicos el corazón y el hígado de ciertos animales venenosos. Dijo que había suministrado un cocimiento a su hijo para curar su dolencia, y en cambio había envenenado al marido. Añadió que llevaba Isabel cosida por dentro al ruedo del vestido una tira de cuero, con conchas y calcedonias; y cuando le preguntaron si era cierto, ella tuvo que contestar que sí.

Se cerró la noche y la encerraron, pues hacía el inquisidor hablar en su contra a las piedras. Había pasado como gato por brasas sobre las virtudes de Isabel, y en cambio consideraba su pecado venial como blasfemia, su pensamiento castigaba como delito, todas las circunstancias la acusaban y ninguna la favorecía. Ella se turbó tanto viendo que rogar no la aprovechaba, que no se atrevía a despegar la boca. “Ruego por Dios que no me den tormento, pues soy una débil mujer”. “Has hecho mal, espera otro tanto”, le contestó él, y estas palabras pusieron en ella un miedo tan helado que quedó sin sentido.

En toda la noche no pudo reposar, viniéndole mil pensamientos y cavilaciones. De esta forma padeció hasta el siguiente día, y allí hubiera acabado su vida si no fuera por el recuerdo de su hijo. Le notificaron la sentencia; tuvo que admitirla y le raparon la cabeza, de forma que sentían las gentes espanto viendo su figura. Cuando salió la desdichada, unos la maldecían por judía, otros la tachaban de hereje y todos apartaban su rostro de ella, como de mujer maldita. Ella imploraba a grandes voces que avisaran a mosén Gadifer, que saldría en su defensa, todo con las manos levantadas y las rodillas en el suelo. La hicieron sentar en un banquillo cojo; para reponer fuerzas le dieron una hogaza más negra que el carbón y le comunicaron que sería quemada al amanecer del día siguiente, ya que la Iglesia había decretado su muerte.

Le hallaron una pequeña bolsa de cuero que recogió en Valtarajal; dentro había una sortija que su antigua señora le había regalado, y la medalla de la bruja, que según ellos usaba para sus encantamientos satánicos. A las hogueras de la Inquisición solía acudir todo el pueblo; golpeaban cacerolas y alborotaban frente a los escalones de la iglesia, aguardando a que quemaran a alguna bruja. El inquisidor indicó que debía ser azotada antes de morir, y después de haberse desahogado con voces y quejas, no le quedó a la desgraciada oración de las que sabía que no rezase. Comenzó a llamar a mosén Gadifer con voz dolorosa y triste, diciendo: “¡Cuánto me equivoqué, y de qué forma estoy pagando mi culpa!” Y le decía a su verdugo, al que llamaban Capeluche: “Señor, os perdono, porque no sabéis lo que hacéis”. A una compañera le cortaron ambas manos y en una silla le dieron garrote, dejándola ahogada. Comenzaron todos los condenados a proclamar su desventura y en los calabozos empezaron a oirse lamentos, que fueron alaridos después.

Hasta la hora de la muerte se mantuvo Isabel en pie, sirviendo de burla a los muchachos, de risa al pueblo y de escarnio a todos. La ataron a una estaca, junto a una horca donde el aire

meneaba a un fraile renegado; apoyaron alrededor una gran cantidad de gavillas secas y les prendieron fuego. Así fue Isabel la Canaria juzgada y quemada, y la podía ver el inquisidor desde su puesto si quería. Cuenta en su crónica un tal Froissard que le gritó ella: “Señor, soy inocente, se me hace morir sin razón”.

En cuanto a mosén Gadifer no remedió nada, pues según dicen le llegó tarde la noticia. A aquella hora estaba atendiendo a los fieles que se confesaban cada día. Cuando le dijeron que había muerto, se consoló pensando que al fin quiso Dios llevarse al cielo lo que era suyo, y no era cosa de llorar por quien estaba pisando rayos de luz, manojos de estrellas y racimos de luceros. Dicen que recogió al hijo de Isabel, y luego las aguas volvieron a sus cauces; pues aunque en un momento pensó que no podría olvidarla, bien que la olvidó. Y hablaba a sus fieles de la brujería como de una fuerza desatada del averno, acudiendo a su imaginación aquellas mujeres desgreñadas de puños crispados, que según dicen se reúnen de noche en el sabbath.

***

Después de oír este triste relato, no hubo señora en la reunión que no tuviera los ojos llenos de lágrimas por la penosa muerte de Isabel. “He aquí, amigos míos, la historia que me pedisteis que contara, y veo en los ojos de todos que sentís por ella una gran piedad”. “Sí que nos la habéis guardado buena para ser la última del día -dijo el caballero llamado Lancelote-, y sea lo que fuere lo que hizo esa pobre mujer, no encuentro que hubiera motivo para hacer con ella lo que hicieron. Pero ved que están dando el último toque de vísperas, y me parece conveniente que todos vayamos a rezar”.

Durante la cena sólo hablaron de Isabel la Canaria, hasta que se retiró cada uno. Por la mañana, todos se dieron tanta prisa en vestirse que nadie se hizo esperar. Oyeron misa y recibieron los santos sacramentos, y salieron al claustro, prometiéndose que aquella jornada sería tan completa como las anteriores. Dijo el caballero Tristán: “No es posible oír casos más extraños que los que se han expuesto aquí. Pienso que hoy le toca la primacía al prior venido de París, pues apenas ha despegado la boca hasta ahora. Pero le rogaría que no nos haga empezar el día con el corazón encogido de pena, ni con lágrimas en los ojos”. Él se hizo primero de rogar, pero luego aseguró: “Yo también tengo algo que decir al respecto; y en cuanto me oigáis, creeréis que no hay pasión más fuerte que el amor, que hace emprender cosas imposibles. Aunque mi historia no sea larga, voy a empezar pronto, usando la verdad que todos hemos jurado”. Y así comenzó:

Cómo Gadifer de La Salle, despechado, vuelve a Francia, y tras vagar de un lado a otro decide entrar en religión, donde es muy bien acogido y encumbrado; de cómo conoce la muerte de Isabel la Canaria y recibe en el convento a un joven novicio.

Tenía Gadifer los cuarenta cumplidos cuando llegó de vuelta a París, no se sabe si voluntario o despedido; en cuanto a su ruta por mar, la pasó tan mareado que daba sustento a los peces del mar, y al tiempo ahorraba raciones a los de la nave. Rendido, inválido y sin sueldo se hallaba, y acosado por la necesidad llevaba las carnes comidas y hasta cenadas de sarna y piojos. Además, no tardaría en llegar el proceloso invierno, coronando los montes de escarchados turbantes. Sólo le tocaba ya morirse a oscuras, ser un difunto escondido y un muerto del montón, hacinado entre los demás que se desvanecían en los pudrideros. Llevaba el semblante ceniciento, aterido y ofuscado por el pelambre de su barba; así volvió a su patria, recibiéndolo en ella muy pocos con contento, muchos con desazón y casi todos con indiferencia, pues le echaban encima sus recuerdos e incapacidades. Además de todo esto, en una aldea de Bretaña agarró un garrotillo que dio con sus huevos, con perdón, en tierra.

Le faltó el dinero, añadiéndose una enfermedad a otra, por lo que se metió en un carro cargado de monjes y mujeres de buen vivir. De camino vendimiaban las viñas ajenas y cogían las gallinas huérfanas; pero como sus anteriores servicios lo hacían uno de los más destacados caballeros de Francia, decían de él: “Hombre de armas parece, aunque venido a menos”. Dicen que París sana a unos y enferma a otros, y a todos deja sin blanca; pero como es ciudad llena de gentes de todas partes, allí trató de dirigirse por si hallaba a su único hijo, a quien no veía desde niño.

Supo por entonces que a Juan de Béthencourt lo habían arrojado los vientos contra el cabo Bojador, y entrando en el país se había apoderado de muchos africanos; pero luego sus galeras fueron dispersadas y muertos muchos de sus hombres, con lo que tuvo el disgusto Gadifer de conocer la muerte de Aníbal, el hijo natural a quien apenas había conocido. Supo también que estaban empezando a menguar los árboles en las islas, pues se usaba mucha madera para hacer fuertes y casas; todo lo entristeció, pues había aprendido a amar aquellas tierras y a sus habitantes con ellas.

¿No consideráis qué turbado, qué afligido, qué triste se hallaba sin saber con qué socorrerse, sin rincón donde abrigarse? No sabía qué sería de él; anduvo montaraz y padeció, bendito sea Dios, unas horribles hambres, tanto que alguna vez lo desmayaba la flaqueza. Tenía por enemigo declarado al sol que descubría sus remiendos; marchaban con él pobres y mancos con cáncer y lepra, y hasta un criminal perseguido que se había fugado, y querían ponerlo en la picota. Llegaba la noche oscura y se acogían a una posada, donde

se apiñaban las camas, en las que se iban malmetiendo personas de ambos sexos; cada cual se iba desnudando y haciendo sus menesteres indispensables con el mayor recato, decencia y silencio que podían. A veces descansaba pegado a la pared, dando pesadumbre a los ladrillos, y se hallaba por la mañana muy molido el cuerpo de la cama de losas donde había dormido. Lo hacía enroscado, como lamprea empanada, y era su manta media sotanilla que le llegaba a las rodillas y no más.

Después de diferentes recaídas vino a parar en una tisis incipiente. En los distintos hospitales lo embutían ya de bebidas, ya de lavatorios, ya de emplastos y los diferentes martirios con que acometen a sus enfermos miserables; por lo que la mayor parte de las noches las pasaba sin dormir, dando vuelcos por la cama. ¿Qué sería entonces de él? Recorrió muchas ciudades juntando males con desventuras, pues se hallaba todavía sin caballo ni yegua y caminaba de noche a oscuras por lugares apartados del camino real, tomando traviesas, trochas y sendas. A los que hallaba contaba las desgracias que había tenido, y en ello trataban para alivio de caminantes. En el costal y la talega llevaba Gadifer con algunos papeles la comida que le daban; se ponía en invierno de lodo y de polvo en el verano, y estaba tan roto y despedazado que el freno de la razón le faltaba, y las costillas le sonaban en el cuerpo como trebejos de ajedrez. Pasó enfermedades que le dejaron secuelas en los huesos; padeció de fracturas soldadas con mejor o peor fortuna, sufriendo operaciones a los que pocos pacientes hubieran sobrevivido.

Había en los caminos mucha gente de sotana, tanto que superaban a los laicos; cuando lo recogieron de esta forma, unos frailes lo creyeron muerto, pues lo hallaron más tieso que una estaca. Iba tan lleno de remiendos unos cosidos a los otros, que tenía en algunos tres telas y, aún así, llevaba más agujeros que una grillera. Andaba tan roto, tan despedazado, tan miserable que iba en piernas, descalzo y con el sayo del revés, lo de dentro afuera, siendo sus zapatos unas chancletas muy viejas y rotas, de forma que los religiosos lo socorrieron con lo que pudieron.

Iban ellos cayéndose de hambre, y, ¡mirad quién era su huésped! Porque también los frailes comían poco, en invierno dormían sin cobija, con lo que no pocos morían en los hospitales. Andaban algunos muy sucios, rotos y viejos, y viéndolos los piojos tan despedazados les daban tan mala vida que les sacaban los ojos a tenazadas. No obstante, le dieron ayuda a Gadifer y quedó él muy agradecido, tanto de la limosna como de la buena voluntad. Le preguntaron por las cosas de España, por su padre, si le quedó hacienda; y aunque actualmente valiera menos que una arista, para celebrar el encuentro bebieron con él dos litros de vino sin principio ni postre, aunque era el caballero templado en el beber y no lo hacía sin mucha necesidad ni demasiado. Quedaron admirados con la aventura de Canarias y lo vieron tan devoto, virtuoso y hábil, que decidieron llevarlo consigo.

Era la carreta muy incómoda, sin suspensión ninguna, de las que usaban los Cruzados; llevaban los frailes rosarios de cuentas cuadradas, y con el caballero estuvieron visitando las tumbas de los Plantagenet y de sus esposas francesas, que tenían forma de lechos funerarios con sábanas talladas en piedra. Visitaron púlpitos y fuentes bautismales, y por fin llegaron al lugar de su peregrinación, que era venerar el cráneo de san Luis encerrado en una estatua de oro con piedras preciosas. En cuanto a Gadifer, optó por quedarse con sus compañeros "sine die", por aquello que dicen, que hay tres cosas que hacen medrar al hombre: el comercio, la iglesia y la casa del rey.

Empezó a predicar en las aldeas y ciudades. Eran algunos de los castillos que pasaban guaridas de bandidos, pues muchos caballeros se habían convertido en bandoleros que asolaban conventos y abadías, tomando a los caminantes presos y exigiendo rescate a cambio de la vida, sobre todo si eran judíos o mercaderes. Se fue acreditando Gadifer como defensor de los débiles, servía muy bien a sus compañeros y nunca perdía ocasión de rezar el rosario entero con otras devociones, pues lo primero cada mañana era oír su misa y luego se ocupaba de sus obligaciones en el convento. Con todo, alguna vez soñaba todavía con Isabel la Canaria, lo que atribuyó a las secuelas dejadas por las enfermedades y la fiebre.

Algunos caballeros y prelados estaban por entonces metidos en desafíos, otros huídos, otros en galeras y otros ahorcados, y no digamos del clero corriente; mientras, la Iglesia aumentaba en riquezas y posesiones temporales. Encontraban ellos los pueblos llenos de bribones y gentes que sabían de engaños, charlatanerías y encantamientos. Husmeaban las callejas perros y otros animales, recogiendo los pájaros los desperdicios y basuras. Vieron un saltimbanqui con un tambor pintado de oro que llevaba colgados ricos aderezos, y acercándose Gadifer por ver de qué se trataba, casi topó con un anciano con los cabellos largos hasta las espaldas y la barba hasta la cintura, que iba vestido del hábito de san Francisco. Traía el buen fraile al cuello un rosario tan grande que era más ligero llevar un haz de leña a cuestas; y en cuanto a su hábito era milagroso, pues no se sabía de qué color era.

Se unió a Gadifer, y él le estuvo contando, no lo que había pecado, sino lo que había padecido. Le relató la traición por la que había pasado, prosiguiendo luego la historia de sus males, que aún le quedaba mucho por vomitar. Le dijo haber confiado en vano en un caballero, y cómo sintiéndose demasiado débil contra las insinuaciones de la carne había entrado en religión, lo que lo dejó más recobrado, menos melancólico y con señales de buena convalecencia. Al final le dijo su nombre, y el fraile se santiguó con toda la mano. Últimamente, dijo, había confesado a varios condenados por la Inquisición, y por él supo mosén Gadifer que Isabel la Canaria había sido llevada al tribunal.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, y se culpaba a sí mismo y a su mala fortuna, prometiéndose que al día siguiente lo enmendaría. Amaneció domingo, él madrugó y dio en los calabozos de

la Inquisición. Era el lugar un edificio gótico de ladrillos con pináculos y estrechas ventanas, y acudía mucha gente a la capilla para admirar las hermosas figuras yacentes sobre los sarcófagos. Hizo la señal concertada, que era dar ciertos golpes con una piedra en el portón; apareció el guardián que le hizo una reverencia, y él le dijo que estaba tristísimo por lo que había sucedido, pues era Isabel la Canaria virtuosa además de discreta. Sacando de la faltriquera una bolsilla con monedas hizo que jugaba con ella, con lo que el otro se amansó tanto que se le podía amasar como cera, dándole palabra de dejarlo entrar a primera hora del día siguiente, pues en domingo estaban prohibidas las visitas.

Volvió Gadifer al convento impaciente y cobarde, y lleno de sustos, confusiones y esperanzas. Pasó el resto del día con un terrible dolor en las sienes, y viendo los otros su rostro demacrado, le preguntaron si le había dado algún accidente. Al día siguiente se levantó con la aurora, y entrando en el lugar se vio en presencia del juez. Él, viendo su elevación y que apenas pestañeaba, le preguntó qué quería. Hizo Gadifer tan extensa perorata que apabulló al inquisidor, diciendo que era Isabel inocente, y además no era francesa y estaba por encima de ellos por su nacimiento, por lo que no tenían jurisdicción sobre ella.

Extrajo el inquisidor de su faltriquera un pañuelo impoluto, deshizo sus pliegues sin prisa y con la mano derecha lo pasó por la frente, mientras que con la izquierda se apoyaba en un brazo del sillón. Supo entonces Gadifer que la sentencia se había ejecutado ya, y enmudeció quedando como muerto, pues la infausta noticia le arrancó todas las señales de viviente. Supo que la habían quemado la semana anterior, y quedó tan suspenso como triste, cubriéndosele el rostro con un sudor frío, y el cuerpo de un mortal desmayo.

Cuando sus compañeros lo vieron de aquella manera acudieron a socorrerlo, y oyendo lo ocurrido se quedaron tan espantados como si les hubiera sucedido a ellos. Lucharon en él la vida y la muerte por dos días, teniéndolo privado de sentido y enajenado de potencias, inmóvil y sin uso de su lengua. Quedó todo de lágrimas bañado; la memoria se le arruinó en tal grado que en más de dos meses no pudo recitar el padrenuestro en latín ni en francés, y estaba tan fatigado que un día al amanecer le dieron todos los sacramentos. Pero no llegó a morir, y aunque algunas temporadas lo acometía el dolor de cabeza con la furia antigua, se bandeaba para atender a sus sermones y a la correspondencia. Quiso visitar el lugar de la ejecución, una plazuela de casas viejas y desvencijados aleros. Y dicen que escarbando en las cenizas halló una mano de Isabel que el fuego no había tocado, y la besó una y otra vez, guardándola como reliquia.

Más tarde se ausentó de Francia y visitó los Santos Lugares, sufriendo grandes peligros en tierras de turcos. Cuando llegó la primavera, el día cinco de abril le imprimieron en el alma el carácter sacerdotal, ordenándolo un obispo que era protector de letras y artes, y que llevaba en la cabeza una mitra que era toda de plata. Se vistió con hábito nuevo y esclavina, bordón y calabaza de buen tamaño, y

salió hacia Roma de peregrino, con un criado y una mula que sus hermanos le proporcionaron. Anduvo en la ciudad comprando santos y bujías de cera, le ofrecieron raras especias y sedas orientales, pero a él sólo le importaba retirarse de los engreimientos de la soberbia.

Después de haber visitado todas las porterías de los monasterios se acogió a uno, y empezó la nueva vida de maestro enseñando con quietud, cariño y seriedad a una buena porción de gentes que se arrimaron a su cátedra los primeros cursos. Se relacionó con las Órdenes Hospitalarias que seguían el sendero de la caridad y la pobreza de espíritu, y lo mismo la más humilde choza que la más encumbrada abadía le abrían sus puertas, pues había convertido la caballería en sacerdocio y su condición de caballero en sacramento.

Contribuyó al esplendor de varias bibliotecas monacales, y recorrió muchos monasterios en busca de libros para la devoción y estudio de sus discípulos. Estuvo ayudando a los caballeros de san Juan a curar heridos en uno de sus hospitales; lo condecoraron en Borgoña con la orden del Toisón de Oro que fundara Felipe el Bueno, y con la jarretera en Inglaterra, con una pensión de por vida.

Había comenzado a escribir unas memorias acerca de los viajes que hizo a las islas. Lo veneraban en todos los pueblos vecinos, y arrastraba su edad sin fatiga ni desazón. Y con todo temía las inquisitorias de la iglesia, pues andaban con mucha frecuencia sobre los teólogos tanto el hisopo como los exorcismos, y acababan no pocos condenados al brasero. Por aquel tiempo sorprendieron a uno de los monjes en pecado sodomítico, y fue pasto de las llamas. Y otro que dijo: “Yo lo jodí por el culo”, con perdón de las damas presentes, también fue quemado. Había algunos compañeros que decían que el alma moría con el cuerpo, y aunque otros no lo afirmaban ni negaban, también se hacía inquisición en ellos. Le echaron a un fraile agua hirviendo en la cabeza para borrar su carácter sagrado; lo ajusticiaron luego y lo cubrieron con un paño negro, llevándolo a la iglesia donde le rezaron las preces de difuntos. De esta forma, todos sus parientes quedaban incapacitados para ser caballeros y para recibir el sacerdocio.

Tomaba mosén Gadifer la palabra en catedrales y monasterios, y enseñaba a los novicios a hablar en latín y a dominar las disciplinas del trivium y el cuadrivium; se estaba convirtiendo en uno de los mayores humanistas de Francia, y habiendo formado a muchos monjes terminó por asentarse en una abadía a las afueras de París. Se había fundado el monasterio en lo más alto de un valle, próximo a un elevado monte que en tiempos de Roma estuvo dedicado a los dioses. Según el uso de la época, estaba su claustro adornado con monos inmundos, fieros leones y centauros monstruosos. Había en sus capiteles caballos labrados con cola de serpiente y peces con cabeza de perro, bestias cornudas despedazando a caballeros y monstruos que devoraban seres humanos. Y hasta había demonios haciéndose caricias obscenas, o que hacían el amor con sus recientes condenados.

En la biblioteca había pergaminos en lengua caldea o latina,

y guardaban de la codicia de los príncipes un díptico de la escuela francesa representando la adoración de los magos. Se conservaban en una hermosa arqueta un libro de horas, varios esmaltes sobre oro y un lindo peine que perteneció a Margarita de Flandes. En la torre del ala sur, los monjes hacían caligrafía o miniaban los pergaminos, copiando textos venidos de la abadía de Citaux, que tenían tres siglos de antigüedad; o redactaban actas en latín con sus sencillos instrumentos de escritura.

Se apilaban los mamotretos en el suelo con sus páginas amarillentas, junto a los viejos cantorales con letras doradas en los lomos. Y había entre ellos novelas de caballerías que llegaron de quién sabe dónde, quizá en los cestos de libros que solía comprar mosén Gadifer en sus viajes. Solía deleitarse con las obras de los grandes filósofos, con las históricas de griegos y romanos y las biografías de los santos varones. Llevaba escrito mucho de lo sucedido en las islas Canarias; dejaba correr su mano sobre el pergamino, armada de la pluma de ave, y de tiempo en tiempo volvía a manejar con gran mimo los viejos legajos de páginas amarillentas, llenas de escrituras anticuadas.

He aquí que, un día de verano, oye que llaman a la puerta de su celda y se presenta ante él un mozuelo, pidiendo entrar como novicio. Él le pidió larga cuenta de su vida, le preguntó quién era y quién lo enviaba allí, dándole el nombre de mosén Gadifer de La Salle. Y al saber su historia, y que era hijo de Isabel, no dudó en tomarlo bajo su protección, cuidado y custodia, haciéndolo, además de pupilo, hijo espiritual. Permanecían ambos en la gran biblioteca, cuando todos los demás novicios se habían acostado; allí el muchacho contrastaba las historias que su madre le contó con las que le narraba Gadifer, y éste pudo comprobar que lo sabía todo acerca de las islas Canarias, de sus islotes y sus arrecifes.

Mientras, la campana de la torre desgranaba sus horas, las antorchas se habían apagado y estaba el monasterio silencioso; el río devolvía la imagen de la luna, el hombre reposaba en su sillón frailero y el muchacho se había quedado dormido a sus pies, apoyado el rostro en sus rodillas. Entonces él se acordaba de Aníbal, el hijo natural al que no había podido o querido proteger. Tras los anchos muros los ratoncillos no osaban salir a mordisquear los manuscritos, pues dos personas velaban todavía, aunque con las luces apagadas; el hermano cillerero se asomaba con su larga barba, diciendo, con el permiso de su reverencia que se fueran a acostar, que había que madrugar para rezar las horas, y entonces iban a estar molidos.

En la gran biblioteca pasó su juventud el muchacho, estudiando las leyes divinas y humanas. Desde primera hora del día hasta cerca de la hora cuarta trabajaba en las labores del monasterio, y luego se ocupaba de la lección. Ayunaba en secreto, y perdió el sentido del gusto, pues comía tan sólo por la obligación de mantenerse vivo. Se impuso a sí mismo flagelaciones y abstinencia, y pasaba sus ratos libres en el coro. En el refectorio hacían todos confesión pública

de sus faltas y recibían su castigo. Él era vivo por naturaleza, y estuvo inventando tretas para librarse de la concupiscencia y someter el cuerpo al espíritu. Llevó por un tiempo camisa de crin y un cinturón de pinchos, tanto que la sangre le corría, hasta que su preceptor le obligó a deshacerse de ellas.

Se hizo confeccionar en secreto una correa apretada con más de cien puntas de latón finamente lijadas, con lo que los clavos penetraban en sus partes hasta la altura del ombligo. Ni por las noches se libraba de ella, y cuando el calor apretaba en verano, chirriaba los dientes y se retorcía en el suelo, igual que un gusano al que pincharan con agujas. Tantos insectos corrían por él como si yaciera sobre un hormiguero, y le picaban y mordían impidiéndole el sueño. Para evitar los tocamientos íntimos, se mandó hacer unos guantes guarnecidos de púas, de forma que si quería aliviarse de las picaduras, se hacía arañazos tan profundos como los de un oso. Al final sus carnes supuraban, y como sus venas se habían arruinado con el tiempo, tuvo una visión del Señor que le prohibía continuar así, y le mandó que arrojara estos instrumentos al río que bañaba el monasterio.

Recibió las Órdenes, y cuando murió el monje titular de la biblioteca lo encargaron a él de tan honroso puesto, siendo el responsable de redactar los documentos con las vicisitudes del convento. Descubrió extraños legajos grabados con signos geométricos, con letra tan delicada y fina que parecían trazados por manos de mujer. Halló un manuscrito decorado con figuras esquemáticas de hombres que convivían con cabras y caballos, y jinetes que montaban extraños cuadrúpedos; trataba el documento de guerreros que llevaban a cabo valientes hazañas y demonios que andaban por bosques antiquísimos.

Con todo, nunca pudo olvidar el día en que vio a su madre por última vez, cuando la llevaban entre otras mujeres vestidas de amarillo con altos capirotes; pues ni los estudios ni los años habían podido apartar esta imagen de su mente. Iba sentada en la carreta con una cruz de madera en las manos y vestida con el hábito de las hechiceras; así la llevaron al cadalso donde la desnudaron y quemaron con otras siete brujas, en un poste más alto que ninguno. Y aunque le parecía distinguirla en la penumbra de su celda, era tan fugaz aquella sombra que daba en pensar que se trataba de figuraciones.

Por entonces, murió el verdugo de Isabel al que llamaban Capeluche. Acababan de ejecutar a unas mujeres en la calle, y en esta faena estuvo más encarnizado que nunca, pues entre las que había degollado se hallaba una mujer inocente y encinta. Por esto lo arrestaron a él y lo llevaron a ejecutar, y antes de morir mostró a su sucesor cómo se cortaban las cabezas, colocando la suya bajo la cuchilla. Ocurrió a finales de un mes de agosto en que nadie pudo dormir por el calor, y hubo además una epidemia de bubas que causó una gran mortandad.

En cuanto al inquisidor, también fue ahorcado por voluntad de Dios; lo hicieron cuartos y colgaron sus miembros en una de las

puertas de París, pusieron el tronco en un saco y echaron la cabeza de comida a los cerdos. Su rostro no parecía el mismo, era la cara de la muerte, tenía la mandíbula desencajada y los cabellos cuajados de sangre negra y seca. Las manos flacas estaban crispadas como garras de ave, y nadie pudo sacar de su dedo la sortija de agua marina que le había quitado de su bolsa a Isabel.

A Gadifer quisieron darle el cargo de abad, teniendo en cuenta la santidad de su vida y su sabiduría; reunidos los monjes, por decisión común lo designaron Padre de todos. Pero él, por humildad, no quiso aceptar este cargo y escogió uno inferior, aunque sustituía al abad en sus ausencias. Muchos varones religiosos de aquella región tomaron el hábito de los franciscanos. Él fundó monasterios nuevos, polemizó con los herejes y fue alma de sínodos y concilios. El rey enriqueció aquella casa de manera espléndida, dándole vasos de plata y una hermosa capilla, que hizo adornar con dos valiosos evangeliarios de parte de la reina. Ella por su parte regaló un misal decorado con plata y marfil y un altar maravilloso cubierto de oro y plata, que llevaba en su centro una piedra de ónice. Además, donó personalmente a mosén Gadifer dos cruces votivas, que la menor pesaba cuatro libras de oro fino; mas se negó el fraile a tomarlas y se las entregó al monasterio, cuyo refectorio estaba siempre lleno de huéspedes y peregrinos.

Supo que Juan de Béthencourt había viajado a Francia, y en su tierra estuvo reclutando gentes que se prestaran a seguirlo. Le dijeron que muchos isleños habían muerto, y los que quedaban se ocupaban en cuidar los rebaños franceses; y había sido tal el destrozo de árboles, que el rey de España tuvo que dictar órdenes para que nadie los cortara sin licencia. Pero supo que sus compañeros franceses guardaban con respeto su memoria, sobre todo por haber hecho levantar la iglesia de Nuestra Señora de Betancuria, que alzaron los propios isleños con mucha alegría, llevando a hombros las piedras y maderos.

Más tarde, llegó a sus oídos que Juan de Béthencourt había abandonado para siempre las islas, dejando en ellas a su sobrino Maciot. Le dijeron que al morir había legado a Morelet todas sus posesiones; que había creído éste consolarse con la copiosa hacienda que iba a recoger, pero sus esperanzas fueron vanas, pues halló vendidos sus territorios y demolidos sus castillos en Normandía. En cuanto a las islas Canarias, su hijo Maciot las había cedido por tres veces a diferentes compradores. También supo que habían sepultado a su antiguo compañero en la iglesia mayor de su pueblo, ante el altar mayor; y que había en el suelo una losa sin inscripción alguna, pues si alguna vez la tuvo, la habían borrado los pasos de los fieles hasta que las letras se perdieron.

Fue Isabel la Canaria su ángel guardián durante el ocaso de su vida, guiándolo con unas palabras tan quedas que sólo él percibía. Ahora ella estaba en paz, su espíritu vagaba sobre las aguas de sus islas y las rocas iluminadas por la luna. Mientras, las grandes langostas

movían con pereza sus antenas y las estrellas de mar apenas se movían; pasaban anguilas de cuerpo interminable y negro, y extraños caballos de mar casi transparentes se balanceaban sujetos al extremo de sus colas. Su alma flotaba en noches de paisajes misteriosos, entre arrecifes de coral donde encallaron barcos antiguos, y playas que mostraban el tesoro resplandeciente de sus arenas.

***

"Ciertamente -dijo suspirando la señora viuda-, nos habéis contado una historia hermosa como la que más; pues nunca oí de un caballero que fuera tan cabal y con más dotes que el tal Gadifer de La Salle". La señora Marta comentó: "Siento que el señor Gadifer no colgara los hábitos y fuera a buscar a Isabel antes de su desgracia. Creo que hubieran formado un matrimonio de lo más perfecto". Entonces, inflamados todos por la misma piedad se fueron a oír la misa mayor, y después de comer, hablando todavía de la última historia, se retiró cada uno a su aposento. Llegó la hora de reunirse de nuevo sobre el tapiz de hierba de la huerta, donde encontraron los caballeros a las señoras, que habían llegado primero. Cuando estuvieron todos reunidos preguntaron quién seguiría, pues era el turno de alguna mujer, y dijo el mercader en sedas: "Le otorgamos la palabra a la señora viuda, porque sospecho que conoce algo referente al final de esta historia; pues siempre se ha dicho, con perdón, que más sabe el diablo por viejo que por diablo". "Bien -repuso ella-, es verdad que sé algo, y os contaré gustosa el relato que me hizo un sacerdote, que además de ser glotón y murmurador, era tan ignorante que apenas sabía decir la misa". Dijo enojado fray Francisco: "Si hubierais frecuentado tanto la iglesia como la cotillería, no usaríais ese lenguaje acerca de los religiosos". "Perdonad -dijo ella-. Ruego que me escuchéis con atención y, como hemos jurado todos decir la verdad, yo así lo cumpliré. Pero vayamos al grano, como dicen".

Se relata la historia de la dama Juana de Fayel, que llegó a ser la esposa de Juan de Béthencourt y amante de su hermano Morelet, y de las vicisitudes que en su vida hubo.

"Era Juana la hija menor de los señores del castillo de Fayel. Salió muy distinta a sus antepasados y era muy linda, aunque con demasiada picardía, atrevida y llena de caprichos. Por cualquier niñería que hiciera todos la regalaban; así, cuando en una ocasión quiso destrabarle la bragueta a un oficial, rió su gracia el señor de Fayel, y entre bromas decidieron todos llevarla consigo a la partida de caza del día siguiente. Pero, aún así, estaban ella y su hermana más guardadas que sábado de judío, y sus padres no les permitían trato ni conversación con la gente del pueblo.

Cuando Juana cumplió los seis años, su hermana María ya tenía once. Solía llegar por el castillo un lindo paje llamado Morelet, acompañando a un señor que llevaba un escudo resplandeciente Era el doncel hermoso, con unos largos bucles rubios, y procedía del cercano castillo de Grainville donde había vivido con su abuelo y su hermano mayor. Pero andaba sujeto a una enfermedad que en ese tiempo se llamaba falta de plata, dolor incomparable, pues su padre había muerto antes de que él naciera, y al no ser más que un segundón tenía que servir al caballero.

Era el castillo de Fayel una fortaleza construida a la manera del castillo de Ricardo Corazón de León. Tenían sus muros más de siete varas de espesor; estaba el torreón principal dividido en tres pisos, con una hermosa escalera en espiral, y al lado una gran talla representando al fundador, el bisabuelo de Juana, atacando a un león. En una sala hacían las señoras sus juegos y labores; estaba la capilla en el centro del patio, y mientras las damas conversaban, solía acudir Juana a la huerta que rodeaba la muralla, para hacer guirnaldas de rosas. Arriba, en las almenas y barbacanas, escondidos en pasadizos y claraboyas hacían guardia los soldados, por si alguien osaba atacar el castillo.

Su bisabuelo supo mucho, y hasta que murió en las Cruzadas no le faltó qué gastar. En cuanto a su padre, fue bueno porque no le dejaron ser malo y era hombre ceñudo de semblante y parco en palabras. De pequeña estatura, tenía la nariz aguileña, y siendo un poco lujurioso entretenía a las doncellas con toques y a las viudas con murmuraciones. Desde que fueron muy pequeñas, llevaba a sus hijas a caballo hasta un hermoso monasterio, donde la bisabuela pasaba la vejez. Era la anciana una institución en la familia, pues había sobrevivido a cinco guerras y enterrado a tres generaciones.

Era por entonces un adefesio la anciana señora, pero con tantas ganas de vivir que conservaba a mano una caja de aseo que su esposo le envió con un mensajero desde Jerusalén, llena de pomos con unturas y aceites que usaban las moras para embellecerse. Tenía

en su celda sillas tapizadas con tazadas sedas orientales, y pebeteros chinos, miniaturas de esmalte y animalillos de cristal. Se llamaba doña Ginebra, y en sus visitas mostraba a las bisnietas arcones llenos de vestidos antiguos, junto con las cartas selladas que su esposo Raimundo le mandaba desde la Cruzada. Hablaba un elegante francés que había aprendido en la escuela de Strafford, pues el francés de París no lo conocía.

En aquel monasterio recibió Juana cumplida educación cuando tuvo la edad, bajo la vigilancia de la anciana; ella la enseñaba a adoptar en la mesa actitudes corteses, a no meter los dedos en la salsa y a llevar con delicadeza los alimentos a la boca, no derramando nada. Y cuando bebía no quedaba rastro de grasa en los bordes de la copa, pues se limpiaba los labios cada vez que comía un bocado. Era el capellán mayor un monje agradable como seis, y era mendicante y señor muy importante, que a más de una doncella había hecho contraer matrimonio a su costa.

En los días de fiesta sacaban las monjas del arcón, donde estaban guardados oliendo a alcanfor, gallardetes y colgaduras que prendían de las torrecillas, y eran tiras largas y estrechas con los colores de Francia. Solía contarles la bisabuela historias terribles, de una secta de moros que llamaban los asesinos; eran fanáticos de Mahoma que fumaban hachís, y enloquecidos mataban a muchos cristianos en Persia y Turquía. Recordaba aún cómo Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto de Francia se habían unido a los cruzados para defender las murallas de Jerusalén. Para terminar les mostraba a las niñas sus tesoros, que eran marfiles y azabaches, trípticos guardados en estuches y el báculo del obispo Turpín; sobre todo ello apreciaba la espada de un infiel, con el puño de oro y piedras preciosas, que le trajo su esposo de regalo el año del cólera.

Les contaba que fue su bisabuelo muy aficionado a los torneos, y se había batido contra los borgoñones del conde de Chalons. Por entonces, hubo una terrible peste negra que trajeron los genoveses; por la corrupción de su aliento se infectaban unos a otros, y nacía en la pierna o el brazo una pústula en forma de lenteja. Contaba la anciana que causaba la muerte a todo el que tocaba sus cosas; y si un hijo era atacado del mal, hasta el padre huía de su lado, pues hasta los perros morían si se quedaban en casa con él. No hallaban los enfermos sacerdotes ni jueces para confesar los pecados o hacer testamento; y aunque estaban abiertas las casas, llenas de tesoros y alhajas, nadie se atrevía a entrar en ellas a robar. Dijeron los médicos del papa que provenía el mal del pecado, y propalaron que los judíos habían envenenado los pozos.

En el castillo de sus antepasados, Juana escuchaba al amanecer el relincho de las caballerías y el chocar de las armas en el patio. Seguía visitando a su padre el joven Morelet, que había entrado al servicio de un príncipe extranjero y estaba en España luchando contra el moro. Llevaba armadura de mallas y saltaba al caballo sin tomar los estribos, lleno de agilidad y gracia; tenía cabellos hermosos

y muy bien cuidados, no era muy grueso ni muy flaco, fuerte como un toro y vivo como la llama. Y, cubierto como estaba enteramente de bordados, parecía un hermoso prado esmaltado de florecillas amarillas y blancas, sin dejar nunca de tararear y de silbar.

Tenía Juana fama de ser muy liberal y franca, agradable y graciosa, aunque decían otros que era demasiado liviana y sin seso. Salía sola por los alrededores del castillo, pasando ante los calabozos donde desfallecían los prisioneros de su padre, encerrados en jaulas de hierro. Ella lo ignoraba, pues al estar los muros bien cegados no se oían sus gritos y lamentos. A veces, sentada en un escabel en el mirador del castillo, miraba a los soldados que desde galerías y torreones defendían las puertas, los fosos y el puente levadizo. Pero cuando observaba a los donceles en el patio de armas, suspiraba tras los cortinajes de ricos tejidos orientales.

Llegaban peregrinos que iban a Roma o a Santiago, o a visitar al papa en Aviñón, pues debían algunos presentar al inquisidor certificados de haber cumplido su promesa. Por ellos supo que una cruzada de cincuenta mil niños había salido para Jerusalén, y después de muchas penalidades no habían vuelto más que un millar. A veces Juana se encerraba en su alcoba a leer antiguos romances: era su preferido el que hablaba de un antiguo señor de Fayel, que había obligado a su esposa a comer el corazón de su amante, un señor dueño de un castillo vecino.

Era su hermana María alta y muy graciosa de rostro, con el cabello abundante de un rubio oscuro que peinaba en dos trenzas. Era alegre y reía a menudo, y cuando no lo hacía su cara adoptaba una atrayente serenidad. Un día supo Juana que María iba a contraer matrimonio; cuando le dijeron quién sería el marido se pasó la noche delirando con altísima fiebre, pues se trataba de Morelet de Béthencourt. Muchas de sus amigas ya se habían casado, pues siendo ricas herederas, el propio rey se había encargado de sus bodas. Sus amigos habían sido armados caballeros y ceñían la espada, mostrando ante sus damas su destreza y valor, cubiertos de ricos atavíos. Todas las jóvenes hacían gala de sus conquistas, y Juana no podía presumir de ninguna.

Ella se propuso un plan para lograr lo que quería: vestía las modas más extravagantes y en los torneos lucía joyas riquísimas que pertenecieron a su bisabuela. Cantaba canciones y romances absurdos y saludaba correctamente a los caballeros, aunque sin dejarse tocar por ninguno. Para ello usaba alfileres en la ropa, a fin de que manos ajenas no hallaran acceso a su cuerpo sin pincharse. Pero al mismo tiempo descubría la garganta y las piernas, y hasta los costados, que apenas dejaba nada por lucir; y para hacerse notar juraba como un carretero, contaba historias picantes y hasta se daba al vino con cierta asiduidad. “Esto de mi casamiento es cosa de cuento, cuanto más se trata más se desbarata”, se quejaba, y a los padres y a la bisabuela les parecía justa y honrada petición la de tomar esposo.

Por entonces conoció en un torneo al hermano de Morelet,

llamado Juan de Béthencourt; aunque algunos años mayor era hombre alegre y no aparentaba más de veinticinco. Era a caballo digno de ver; lo decían buen soldado, hombre agudo en su conversación y buen danzarín en las justas, y amante tan apasionado que dormía menos que un ruiseñor. Al parecer, enseñaba francés en la corte a las damas inglesas, y jugaba con ellas a los dados, al tric-trac y al ajedrez. El apellido Béthencourt tenía por antepasados al propio Roldán y a su primo Reinaldos; había sido su padre amigo de Beltrán Du Guesclin, siendo él el heredero de su estirpe, por encima de Morelet. También le dijeron que tenía el caballero un extraño capricho, y era que no soportaba el canto de las ranas, por lo que había ordenado a sus criados que las eliminaran en los alrededores de su castillo.

A aquel torneo acudieron más de cien damas y ninguna llevaba la misma ropa dos días seguidos; iban algunas tan descotadas que mostraban los pezones, y pintadas las caras con aceites y perfumes. Era Juana blanca de cara, manos y garganta; colorada en labios y mejillas y esbelta de talle. Usaba un peinado alto y complicado, con grandes orejeras a ambos lados de las sienes; su sombrero imitaba las cofias puntiagudas que usaban las damas de Borgoña, con velos prendidos, y llevaba en la mano un ramillete de narcisos.

Para salir de caza llevaba el pelo suelto por la espalda y una pequeña daga en el cinturón; cabalgaba en un caballo blanco y vestía un brial de rica argentería. Durante aquellos días la acompañó Juan de Béthencourt y pasaron mucho tiempo en los bosques con los halcones y los perros. Ella empezó a favorecer al caballero en lo lícito, y entre ruegos y halagos procuraba él darle algunas puntadas en falso; la madre le echó en cara aquella confianza, pero ella le dijo: “Señora, por suerte todavía están sin estrenar mis agujeros, aunque la intención del caballero es casarse”.

Concertaron las bodas de las dos damas de Fayel con los dos hermanos. Ellas tenían sus guardarropas abarrotados de vestidos y mantos, tocas y sombreros, y briales guarnecidos de perlas y zafiros. La bisabuela le regaló a Juana una vajilla que perteneció a Luis de Anjou, con todas sus piezas esmaltadas, y a María la famosa cruz de Lotario, que tenía en el centro un camafeo representando al emperador Augusto. Habían mandado los padres colocar a la entrada del castillo un pendón de damasco carmesí con sus armas bordadas en oro, pues recibirían la visita del rey. La señora de Fayel adornó la capilla con rosas blancas y mandó almidonar los manteles, hasta que los encajes raspaban de tiesos; pusieron cordones trabados a los reclinatorios, para que sólo los reyes se sentaran allí.

Iba Juana hermosísima, toda de terciopelo forrado de martas cibelinas y en la cabeza una pequeña corona con muchos diamantes y rubíes; en cuanto a María, no traía sino sus hermosos cabellos trigueños derramados por las espaldas, y un joyel en la frente con diamantes de mucho resplandor. Era ya hora de comer, subieron y almorzaron espléndidamente. Las ropas de los servidores eran de brocado blanco y negro; llevaba el padre de ambas un bastón de oro

macizo, y en el puño de esmalte las armas de Fayel. Las damas competían en lujo en sus cofias, caperuzas y guirnaldas, así como en guantes y zapatos, todas muy bien peinadas y tocadas. Duraron las fiestas ocho días y habían hecho los reyes hermosos regalos, entre los que sobresalía un palio de damasco verde bordado en oro con que los novios se cubrieron durante el oficio religioso.

Pensaba Juan de Béthencourt hallar en su matrimonio un plantel de todos los bienes, como en el cuerno de la abundancia. Es cierto que en la noche de bodas fueron todos toques y nunca llegaban a cabes, por lo cual se veía poseído de una vergüenza venerable, pues antes hacía el amor con cualquier dama y ahora no podía hacerlo con su mujer. Así que Juana no pudo concebir, no como su hermana, que pronto le dio un heredero varón a Morelet, a quien llamaron Maciot de Béthencourt.

Por esos días había aparecido en París un curioso mal que los doctores llamaron tosferina: por un capricho del Señor, un aire corrompido produjo una tos tan irritante que ya no se cantaba en las misas mayores. De tanto toser muchos caballeros rompían sus órganos generadores para toda la vida, y mujeres encintas que estaban lejanas a parir daban a luz a fuerza de toser. Por eso cantaban los niños por la tarde, cuando volvían de comprar la mostaza y el vino: “Vuestro coño, señora, tiene tos, tiene tos”.

Al mismo tiempo apareció la Jaquería en los campos de Francia. Se estaban muriendo los campesinos de hambre, así que se unieron en grupos numerosos y, sin tener jefe, iban armados de cuchillos y palos. Cuando llegaban a un castillo ataban al señor a un poste y violaban ante él a su esposa y sus hijas; luego mataban a los niños pequeños, quemándolos a todos junto con el castillo. Eran miles en todo el país, por lo que muchos nobles habían abandonado el campo para refugiarse en la ciudad.

Cierto día aparecieron en el camino de Grainville tres extranjeros, que hallando a un hombre lo apalearon, causándole llagas enormes y dejándolo medio muerto. A continuación se refugiaron en el castillo de Juan de Béthencourt. No podía Juana explicarse la gran amistad que su esposo tenía con ellos, pues les dio dinero y refugio, y hasta los proveyó de armadura y caballo. Al conocerse el hecho le fue impuesta una multa de mil quinientas libras; y era tan alta la cantidad que correspondía a dos años de rentas de los feudos de Grainville y Béthencourt.

El caballero pidió siete mil libras a su primo Robín de Bracamonte, a cambio de sus tierras; y sin el permiso de su esposa malvendió parte del feudo de Fayel, pues con amenazas la obligó a firmar un papel. Poco después se atrevió a tomar presos a dos clérigos, para pedir rescate; el obispo de Ruán se quejó de ello ante el rey, y aunque Béthencourt ocupaba una alta posición en la corte, era tal el desastre de sus arcas que tuvo que abandonar Normandía a uña de caballo. La esposa le pidió de rodillas que no la abandonara, pero de nada le valió; pronto supo que había salido su marido del puerto de la

Rochela con otros caballeros normandos, mostrando a las claras que no tenía intención de volver.

Un día, Morelet le dijo: “Cuñada, me tenéis tan enamorado que no puedo mear ni comer. Como comprenderéis, puede sobrevenirme una enfermedad y, ¿qué pensaría entonces vuestra hermana?”. Él no fue nada perezoso, le metió las manos en los pechos tocándole las tetas y todo lo que pudo, y logró a la noche siguiente correr por todo el prado a su gusto. Pasaban el tiempo en estos coloquios amorosos, pues si él le alzaba la falda del brial ella le alzaba la camisa, haciendo al mismo tiempo muchos aspavientos y gemidos.

Iban y venían las lenguas, pues era el caballero Morelet más porfiado que una mosca y, antes de ir a casa con su esposa, hacía amistad muy estrecha con su doble cuñada. Como este negocio llegara a oídos de su mujer, ella lo puso como a un sajón, diciendo que se aprovechaba de su hermana menor sin ningún escrúpulo, pues se hallaba sola y sin marido. Pero Juana no podía descansar en toda la noche pensando cuándo volvería el cuñado, y cuando llegaba le tomaba más medidas que un sastre. Acabada la tarea diaria se subían los dos a la cama, quedándose en ella como nacieron del vientre de su madre. Cerraban las puertas y hacían crujir las tarimas, porque la aguja señalaba entre las diez y las once, y estaba tan larga y fuerte como dos pares de demonios. Sabía él buscarle los lugares ocultos y cazar todos los ratones de la ratonera, de forma que a ella no le quedó nada por desear.

Pasado el tiempo volvió Juan de Béthencourt; llegado al castillo encontró en él a su señora, y aunque su hermosura no estaba perdida, la tenían los años un poco gastada. No hay que decir el recibimiento que todos le hicieron, pero aguardaba en vano noticias de su hermano Morelet, que en cuanto supo que venía se había escabullido al castillo del duque de Borgoña. Recibió allí su recado y no pudo por menos que venir a su presencia; llegó sin color en el rostro, poseído del miedo y lleno de una horrorosa cobardía. Estaba tan trémulo y pajizo, tan arrebatado como si se le hubiera aparecido alguna cosa sobrenatural; pero pasado el primer susto se quedó Morelet en la casa unos días, para divertirse un poco con la señora Béthencourt. Una noche el esposo los encontró en la cama, espulgando ella los jarrones de su leche, extendidos como capa española. La dama quiso hacer creer a su marido que soñaba, pero llamó el señor del castillo a los criados principales para que la verdad se supiera.

Desde entonces le perdió el esposo toda buena voluntad y no cruzó palabra cariñosa con ella. Había allí un rico mobiliario que le pertenecía a Juana; él no la dejó tocar nada y se quedó con sus aparadores, bufetes, taburetes y bancos, además de candelabros y candiles. Y daba tales voces que podían oirlo en toda Normandía, mientras que a ella con las suyas de milagro no la oyó toda Francia. Se quejaba de que nunca la había complacido como varón, y que la había abandonado, dejándola sola y sin dinero durante muchos años.

Guardó él celosamente todas las piezas de vajilla y el

servicio de mesa, así como varios collares, ajorcas y relicarios que la pertenecían, y un colgante de oro con muchas esmeraldas, perlas y rubíes. Y entró en tales celos, como aquí se ha dicho, que los vestidos más hermosos los tiró al fuego en su presencia, aunque había algunos de brocados y sedas muy ricas. Es cierto que la hizo encerrar en prisión totalmente incomunicada, en el castillo de Béthencourt-sur-Somme, donde le pasaban a diario la comida y la bebida; y aunque rompía los aires pidiendo compasión, él no se la otorgaba.

También el señor Morelet se vio obligado a abandonar la casa, pues su hermano no quería verlo más en la vida. "¡Hijo de cien cabrones y cien mil putas!", le gritaba al menor, sin pensar que eran hermanos de padre y madre, hijos ambos de Juan III Béthencourt y de su esposa María de Bracamonte. Llegó a aborrecer los juegos y danzas, y ni siquiera soportaba el ajedrez, que había sido su favorito.

Un día, ella hizo llamar a su cuñado, quien vino al castillo de Béthencourt donde estaba encerrada, de lo que quedó muy sorprendido. Ella le dijo: "Ay, cuñado, padezco mucho por vuestra causa; ruego pongáis remedio a mi situación, y hagáis lo posible por sacarme de aquí". Y aunque él le contestó que haría lo posible por liberarla, luego no pudo o no quiso hacerlo, por miedo a su hermano.

Sucedió que un día cayó muy enfermo Juan de Béthencourt y vio que se moría, por lo que envió a buscar a Morelet, pues según dijo tenía sobre su conciencia la injusticia que con él había cometido, ya que la culpa de todo la tenía la ligereza de su esposa. Cuando el hermano llegó, él ya agonizaba y no podía hablar; al entrar en su aposento lo encontró con los pies para arriba como libros de coro, pues acababa de expirar. Se murió de berrenchín, como los gorriones, dejando a una señora que en opinión de todos había sido casada, y quedaba ahora viuda.

Volvió Juana al castillo de Grainville; de cuando en cuando llegaba Morelet a acostarse con ella y se palpaban, besaban y galanteaban sin sobresalto de celos ni temor de semejantes borrascas. Mantuvieron, bendito sea Dios, la vida sin especial congoja, y en todo el tiempo conservó la señora resto de lo que fue, como las ruinas de Roma. En cuanto a Morelet, tenía el pellejo liso y tieso de tanto comer, y le sonaba el vientre como un pandero, pues se hallaba siempre muy bien servido de manjares, tanto en días de carne como de pescado. Con el producto de las tierras vivieron una larga y descansada vejez, y de tiempo en tiempo iba a visitar a la bisabuela de Juana, que vivía aún como momia. Pues tenía siete vidas como los gatos la caduca señora, y algunos la decían de mil años, tantos parecía que tenía.

Debajo del hábito llevaba todavía una túnica de piedras finas que valía una ciudad, y leía sin lentes en su libro de horas con cubierta de marfil. Le dieron unas calenturas de comer almendrucos majados, porque enteros no tenía dientes para poderlos masticar, ni muelas tampoco. Y perdió el juicio que tenía que perder, preguntando a grandes voces cómo el diablo podía ser cornudo, si nunca se casó. Hasta que la sacó de este mundo un cólico convulsivo, llamándola Dios

a un lugar más apropiado para su edad y devoción.

Sepan vuesas mercedes que nadie pleitea mejor que los frailes ni negocia mejor que las monjas; discutieron tanto entre ellos por la herencia de un talismán de Carlomagno y las tapas de un evangeliario de oro macizo, que hace pocos meses he oído que todavía estaban discutiendo".

***

Todos escuchaban divertidos el relato de la señora viuda, cuando ella carraspeó diciendo: "Ved, amigos míos, que llevo demasiado tiempo hablando, y no soy tan joven como para derrochar fuerzas. Con lo que he dicho, podéis ver la desproporcionada venganza que tomó el caballero Béthencourt con su pobre esposa". "Bien -dijo la señora Margarita-, cuanto más avanzamos en la historia, más motivos damos a estos caballeros para que corten la tela a nuestra espalda". Entonces opinó fray Pedro: "Habéis pintado a una dama demasiado ligera, y a un esposo muy tonto". Añadió la señora viuda que el señor de Béthencourt era merecedor de mil muertes, y que hubiera sido muy honrado el que acabara con él. "Si tanto odiáis a ese caballero -intervino el conde de Nimes-, pienso que tendréis algún motivo secreto". La dama viuda, muy alterada, dijo: "Un hombre de bien no puede encerrar a una dama". Y a pesar de que estaba relatando la historia como ocurrida a otra persona, no pudo evitar añadir: "¡Nunca mujer alguna sintió el despecho que yo sentí al verme despojada de mis vestidos y enseres!"

Entonces, hasta los que habían oído la historia sin reír soltaron la carcajada; y el funcionario dijo, conteniendo la risa: "Creo que sois la más inocente de las mujeres, pues divertís a los demás a costa de vuestro honor. ¿No es cierto que sois aquella Juana de Fayel que estuvo casada con Juan de Béthencourt?". La infeliz intentó como pudo deshacer lo dicho y reparar su gran resbalón, pero su honor había volado tan lejos sobre las torres de Roncesvalles, que no vio forma de repararlo. Fray Pedro le dijo: "Reconozco que vuestra narración es divertida, pero no es ejemplo que las damas deban seguir". "Confieso -declaró ella muy corrida-, que soy Juana de Fayel; pero, según creo, hay alguien más en esta reunión que oculta su verdadero nombre".

Todos la miraron extrañados, y el prior venido de París inició discretamente la retirada, diciendo: "Me disculpo con estas damas y señores, porque hay algo urgente que tengo que hacer en mi celda". "Aguardad -dijo la viuda-, y decidnos por qué habéis mantenido vuestro nombre oculto, sino porque sois el propio Gadifer de La Salle". Entonces, ante el asombro de todos, el joven fray Francisco se levantó, diciendo:

"Cierto que nuestro digno prior es el caballero Gadifer de La Salle, que abandonó el mundo y sus vanidades para entrar en religión. Pero no oculta su verdadero nombre por malicia, sino porque yo se lo rogué cuando se empezaron a contar estas historias". "Callad -dijo el prior-, y no sigáis, por vuestro bien". "He pecado -dijo fray Francisco-, pues al pedirle que no declararse su nombre fue por mejor guardar el

mío. Es lo cierto que fue mi nacimiento bastardo y mi madre quemada por hechicera, por lo que nunca debí tomar los hábitos, sopena de ser condenado yo también a la hoguera. Fue ella Isabel la Canaria, que me tuvo de Juan de Béthencourt. A su muerte, después de muchas vicisitudes que serían largas de contar, acudí a mosén Gadifer de la Salle, que se hizo solidario de mi secreto con peligro de su propia vida. Como a hijo me recibió, y me admitió en su Orden contra el mandato de la Inquisición. Hace años que no lo veía, y cuando aquí nos encontramos decidimos ambos mantener nuestro secreto. Pero ahora me pongo en vuestras manos, pues siendo hijo de una mujer condenada por bruja no puedo mantener mi sacerdocio, y los inquisidores me tendrán por sacrílego y perjuro".

Se había hecho un gran silencio y de nuevo había lágrimas en los ojos de las señoras. La viuda Juana de Fayel parecía consternada por las consecuencias de su indiscreción, y fue ella quien tomó la palabra, diciendo: "Señores, no creí que mis torpes razones pudieran tener tal alcance; y por Santiago Apóstol cuya tumba espero visitar, que no era mi intención privar al mundo cristiano de la gran sabiduría y virtud de este joven religioso. Y os pido a todos que nos perdonemos unos a otros, para alcanzar el perdón del Señor". Todos estaban conmovidos, y aunque el conde de Nimes dudó un poco, luego dijo: "Juro por mi honor que nadie conocerá de mis labios este gran secreto". Los demás también lo juraron, pues estaban de acuerdo en observar antes el espíritu de la ley que su letra, como mandan los evangelios.

Prometió el joven fraile que llevaría siempre una vida de pobreza y castidad que fuera ejemplo para todos, y derramó lágrimas por tener tan buenos compañeros, pensando que el Apóstol había tocado sus corazones. Así terminó la jornada felizmente, y para alegrar los espíritus contó la viuda de Juan de Béthencourt varias malas pasadas que las mujeres habían hecho a los hombres, y los hombres a las mujeres. Una vez en la iglesia nadie olvidó en sus oraciones a Isabel la Canaria, y el resto del tiempo transcurrió muy agradablemente para todos, estando muy bien atendidos por los canónigos y monjes. Y cuando amaneció pudieron tomar los que quisieron el camino de Santiago, pues había escampado, y estaban reparadas las vías que llevaban al sepulcro del Apóstol.

FIN

RELACIÓN DE PERSONAJES DE ESTA HISTORIA

Juan de Béthencourt (1360-1422).- Caballero normando perteneciente a una noble familia; en 1402 embarcó con otro caballero llamado Gadifer de La Salle y fue a conquistar las islas Canarias para el rey Enrique III de Castilla. Traicionó a su compañero Gadifer haciéndose nombrar por el rey castellano como rey de las Canarias, y al final volvió a Normandía, donde murió a los 62 años. Algunos lo han descrito como un honrado caballero, y otros lo tachan de egoísta y cruel.

Morelet de Béthencourt.- Hermano del anterior y tres años menor que él. Las crónicas lo dicen amante de la esposa de su hermano, que al mismo tiempo era hermana de su mujer, María de Fayel.

Maciot de Béthencourt.-Hijo de Morelet y de María de Fayel, sobrino de Juan de Béthencourt, marchó de muy joven con su tío a las islas Canarias, donde él lo dejó como gobernador de las islas. Maciot desposó a una princesa isleña llamada Teguise, y cometió grandes traiciones contra los naturales y contra el rey de Castilla.

Robín de Bracamonte.- Caballero francés que fue embajador de su país ante el rey Enrique III de Castilla, al que puso en contacto con su primo Juan de Béthencourt. Le compró a éste sus posesiones en Normandía, a fin de que el conquistador pudiera recabar dinero para su expedición a las islas Canarias.

Juana de Fayel.- Esposa de Juan de Béthencourt, era mucho más joven que él, y muy hermosa. Las crónicas aseguran que fue amante de su cuñado Morelet. Fue encerrada en prisión por su marido, que la liberó poco antes de morir en 1422.

María de Fayel.- Recatada señora hermana de la anterior y mayor que ella, que contrajo matrimonio con Morelet de Béthencourt. De ellos nació el segundo gobernador de las Canarias, Maciot de Béthencourt.

Princesa Achinech.- Supuesta princesa guanche, que casó con su hermano el príncipe real y tuvo un hijo, que murió. Fue apresada por unos piratas españoles que la vendieron como esclava en Sevilla, siendo allí bautizada como Isabel.

Isabel la Canaria.- Nativa canaria que acompañó a Juan de Béthencourt en concepto de intérprete, siendo arrojada al mar por el traidor Bertín de Berneval y salvada por los leales a Gadifer. Las crónicas pierden aquí su rastro.

Gadifer de La Salle.- Caballero normando que acompañó a Juan de Béthencourt en la conquista de las Canarias. Pasó muchas vicisitudes en las islas, siendo traicionado por Bertín de Berneval y luego por su propio compañero Béthencourt. Fue en realidad el principal conquistador de las Canarias, pero ante la injusticia cometida contra él las abandonó para siempre, volviendo a Normandía, donde los historiadores pierden su rastro.

Aníbal.- Joven aventurero que decían hijo natural de Gadifer de La Salle. Murió en Canarias luchando contra los isleños sublevados.

Bertín de Berneval.- Caballero francés que, habiendo acompañado primero a Béthencourt en sus dudosas correrías por Francia, embarcó luego con él hacia las Canarias. Aprovechando su ausencia se apoderó del fuerte Rubicón, entregando a varias mujeres francesas a los piratas españoles, y arrojando al mar a Isabel la Canaria. Huyó hacia España, abandonando a su suerte a los que lo habían secundado en su traición.

CRONOLOGÍA GENERAL

1096. -Primera Cruzada.
1150. -Principios de la Universidad de París.
1163. -Principio de las obras de Nuestra Señora de París.
1167. -Universidad de Oxford.
1209. -Reglas de los franciscanos, por S. Francisco de Asís.
1212. -Victoria de los cristianos en las Navas de Tolosa.
1215. -Fundación de la Universidad de Salamanca.
1250. -Moda de los sombreros en Francia.
1252. -Comienza el apogeo de la Inquisición en Europa.
1266. -Summa Theologica de Santo Tomás de Aquino.
1270. -Muere san Luis, rey de Francia, en la Cruzada.
Hacen prisionero a Ricardo Corazón de León.
1280. -Se termina la catedral de León.
1285. -Felipe IV “el Hermoso” de Francia.
1290. -Se inventan las gafas.
1309. -El Papa en Aviñón.
1310. -Supresión de los Templarios.
1321. -“Libro de buen amor” del Arcipreste de Hita.
1337. -Comienza en Francia la guerra de los Cien Años.
1346. -Acuñación del florín de oro en Aragón.
1348. -Invasión en Europa de la famosa “peste negra”.
1350. -Boccaccio publica el “Decamerón”.
1363. -“Rimado de palacio”, del canciller López de Ayala.
1364. -Las tropas de Carlos II son derrotadas en Cocherel.
1366. -Entran en Castilla Enrique de Trastamara y Beltrán Duguesclin.
1370. -Reina en Francia Carlos V “El Loco”.
1380. -Reina en Francia Carlos VI (hasta 1422).
1381. -Obediencia de Castilla al Papa de Aviñón.
1392. -“Danza de la muerte”.
1400. -Aparece la letra de cambio.
Libro de Horas del duque de Bérry.
1402. -Conquista de las islas Canarias por Juan de Béthencourt y Gadifer de La Salle, para el rey Enrique III de Castilla.

DATOS CRONOLÓGICOS DE ESTA HISTORIA

1357. Nace Robín de Braquemont
1360. Nace Juan de Béthencourt
1364. Nace Morelet de Béthencourt póstumamente.
1365. Nace Gadifer de La Salle
1380. Nace Juana de Fayel
1385. Conoce de niña a Morelet
Juan de Béthencourt, chambelán del rey Carlos VI.
1390. Correrías delictivas de J. de Béthencourt.
1395. J. de Béthencourt conoce a Juana de Fayel (ella 15 años, él 35)
1400. Ambos se casan (ella con 20 años)

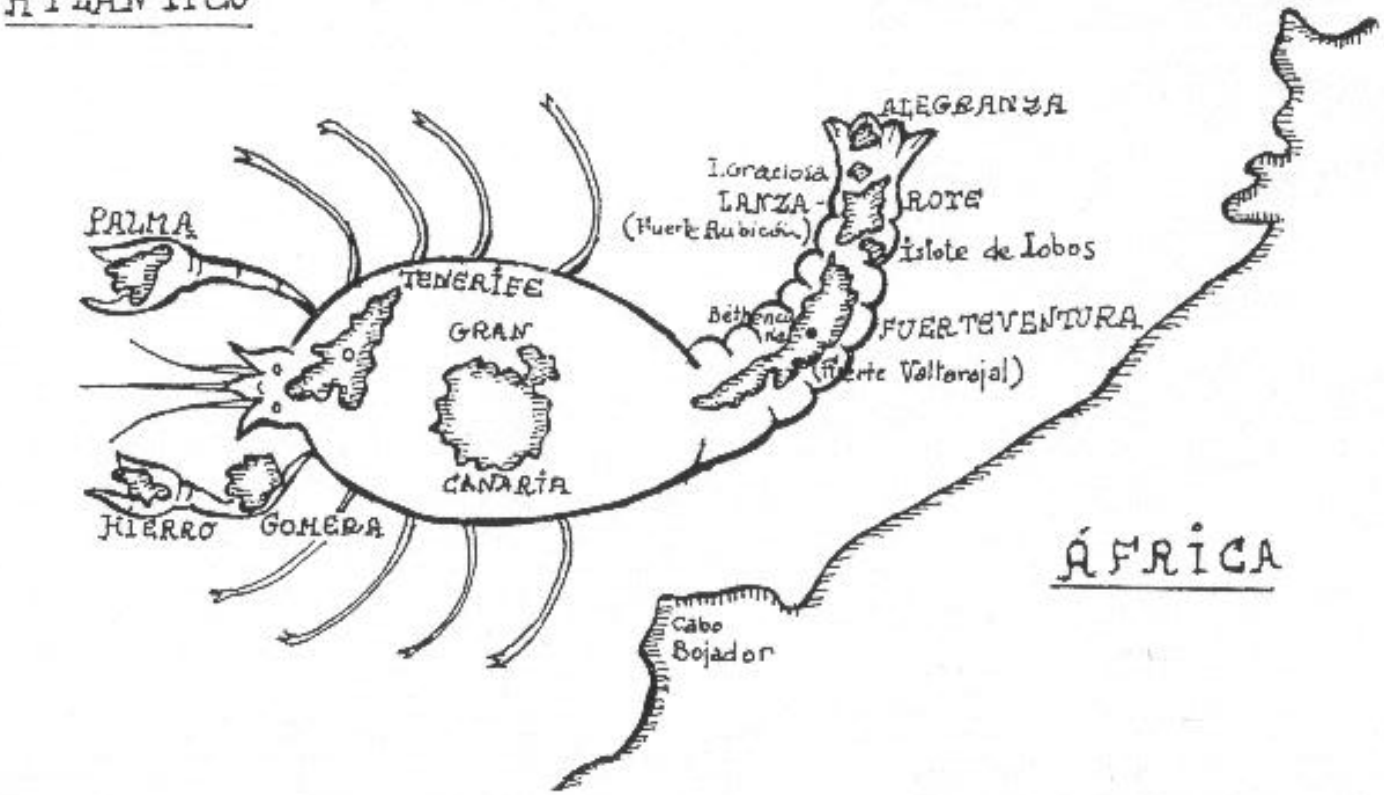
***

1402. Béthencourt embarca para las islas
Edifican el fuerte Rubicón.
Vuelve a España Juan de Béthencourt
1403. Rebelión de Bertín de Berneval
1404. Vuelve a las islas J. de Béth. Cohabita con Isabel la Canaria
1405. Gadifer y Béthencourt van a España
1412. Nace Juana de Arco en Domrémy.
1414. Vuelve J. de Béthencourt definitivamente a Francia
Juana de Fayel y Morelet cometen adulterio.
Juan de Béthencourt encierra a su esposa en un castillo
1422. Muere Juan de Béthencourt (62 años)
1424. Maciot de Béthencourt cede las islas al rey de Portugal
1430. Proceso de Juana de Arco.
Varios peregrinos se reúnen en la abadía de Roncesvalles.
1480. Pasan las islas Canarias definitivamente a la corona de Castilla

RELACIÓN DE PEREGRINOS

Fray Francisco. -Monje franciscano joven, hombre sabio y gran predicador.
Fray Pedro. -Viejo franciscano que había sido llamado a predicar en una aldea de los Pirineos, y siendo más charlatán que docto se entretenía en contar cuentos.
Conde de Nimes. -Señor de rancio abolengo que había fundado a sus expensas un hospital.
Un prior de París, cuyo nombre silenciaremos por ser demasiado conocido.
Micer Jacobo. -Hombre casado, que viaja con su esposa y criadas.
Madama Sofía. -Esposa del anterior.
Una señora llamada Margarita, que llegó a Roncesvalles medio muerta de cansancio.
Una viuda llamada Juana, de mucha experiencia, y que cuenta la historia de la esposa de Juan de Béthencourt.
Un funcionario llamado micer Luis, amigo y compañero de peregrinación de...
Un mercader en sedas a quien decían micer Macario, ambos ciudadanos de condición media.
Dos caballeros peregrinos, llamados **micer Lancelote y micer Tristán,**
Dos señoras llamadas **Marta y María**, que habían escapado de un grave peligro para su honra.
Un caballero que estaba al servicio del rey de Francia en Dijon, y que era de edad avanzada.

Islas Canarias



Finalista Premio Nadal
Finalista premio Ateneo de Sevilla

KNOSSOS